

Alberto Panelo

**te regalo una
SONRISA**



ALBERTO PANELO

Te regalo una sonrisa



BajaLibros.com

ISBN: 978-987-603-111-0

Composición y armado: Mónica B. Oliveira

Corrección: Federico Soria

Diseño de tapa: Cintia Martínez Delgado

© 2013 Alberto Panelo

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro, o su almacenamiento en un sistema informático, su transmisión por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, registro u otros medios sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

*A Carmen, mi mujer.
Mis hijos, Sofía, Rocío, Soledad, Agustín, Guadalupe y Nicolás.
Y nietos, Catalina, Tomás, Jerónimo, Justo, Delfina, Franco,
Tobías, Sofía, Julia y Felipe*

PRESENTACIÓN

El público era verdaderamente escaso, por eso los organizadores trataron de disimular los enormes huecos poniendo macetas con plantas sobre las sillas, dos percheros de pie con un sobretodo cada uno, semejando personas o quizás periodistas literarios tomando notas, trajeron del salón de al lado (La Asamblea de los Santos Dudosos de Jehová) tres o cuatro señoras con la promesa de masas y tortas, sentaron bien en el medio a dos motoqueros desconcertados que habían traído correspondencia, que con sus camperas de cuero y cascos todavía puestos parecían dos astronautas en un jardín botánico, llamaron al canillita de mitad de cuadra (un tipo macanudo) que dejó a su mujer en el puesto de diarios y de esa forma reunieron las diez personas necesarias para no caer en la depresión más absoluta.

El escenario estaba bien preparado. Una mesa larga, larguísima, de frente al público, semejaba la mesa de la última Cena de Jesús, pero sin los Apóstoles. Sólo dos personas sonreían a los reflectores como si estuvieran siendo filmadas. El editor le dijo al escritor: —seguí sonriendo, no podemos ver el público con esta luz tan potente, pero seguro que hay mucha gente.

Y como por arte de magia el salón se oscureció y sólo un pequeño “spot” iluminaba el rostro y parte del cuerpo del escritor. Estaba muy nervioso. Lo habían traído casi por la fuerza desde allá, de sus montañas, y el hombre andaba medio perdido. ¿Escribía bien? Pero claro que sabía escribir, lo hacía con una naturalidad desafiante, nunca meditaba una oración o un concepto, simplemente arañaba con sus lápices los papeles en blanco y ellos, quejosos, escupían a borbotones sus secretos, dejaban ver de pronto lo evidente, lo inesperado. Una a una las letras se unían sin confusión y el mensaje era clarísimo: estaba hablando un corazón.

Silencio total. Silencio incómodo. Tardó más de un minuto en arrancar el motor de sus palabras. Querían escucharlo. Comenzó a balbucear poniendo nervioso al editor que carraspeaba. Otro silencio. Lo estaba haciendo mal. No era él. Así que suspiró dos veces controlando su mente, sonrió al enorme público invisible y muy lentamente empezó a contar un cuento inventado en ese instante. Fueron tres horas para muchos, tres minutos para otros, nadie tomó el tiempo. El reloj se perdió entre las sonrisas y todos olvidaron por un rato sus angustias y pesares. Cuando las luces se encendieron el salón estaba repleto de peatones curiosos que escucharon un poco desde afuera y entraron confundidos. Después de unos instantes mudos, el público se puso de pie, gritó y aplaudió y los motoqueros lanzaron al aire sus cascos alborozados y uno de ellos cayó sobre la cabeza del canillita, desmayándolo. El editor gritaba muy entusiasmado y el pastor de la Asamblea contigua lagrimeaba un poquito abrazado a un perchero naturalmente impertérrito. La asistente puso una marcha triunfal nupcial a todo volumen a modo de colofón y dos granaderos a caballo, perfectamente uniformados que pasaban por allí al azar, taconearon sus botas y presentaron armas en señal de respeto por el cuento. Unas señoras se acercaron a pedirle un autógrafo al escritor y él sólo firmaba “El Cuentero” repartiendo besos y risas...

LOS OFERENTES

Oferente: del latín offerentis.

Quien presenta un don para que otro lo acepte.
Quien ofrece con celo y diligencia para convencer o
persuadir a otro, un corazón, un sacrificio,
su propia vida.

GRAN DICCIONARIO HISPANO. MADRID, 1898.

La habitación estaba pintada de un gris macizo y contundente, como si fuese necesario acentuar con algo extra su carácter claramente hospitalario. La luz difusa, tenue y uniforme, era el escenario adecuado para el brillo de los numeritos de colores que lucían en los tres aparatos colocados detrás de la cabeza de Marcial. Cambiaban con la respiración o vaya uno a saber por qué. Iban del 12 al 68 en un caso (los de color amarillo) y los azules, de un bello diseño, danzaban frenéticos sobre un gráfico de líneas rectas y curvas. Los blancos, sólidos y respetables, eran números decimales, casi abstractos, sugerentes de la importancia de lo pequeño que medían.

Marcial, medio dormido, era custodiado por aquellos casi silenciosos guardianes que informaban, segundo a segundo, el segundo anterior de su existencia, como si eso tuviera una importancia sublime.

Movió un poco su nalga derecha dormida. Fue un alivio apoyar parte del peso de su cuerpo en la izquierda, sin embargo, ese pequeño esfuerzo le hizo recordar, a fuerza de dolor, el tajo enorme en el centro de su pecho.

Un suave zumbido del sensor numérico amarillo le hizo entornar sus ojos cerrados. Chasqueó su lengua tres veces buscando algo de fluido y un suspiro profundo le alivió un poco la presión en su tórax.

“Otro médico”, pensó. “¡Otro más!, ¿cuántos son?..., son millones. Son una plaga blanca. Y a éste, ¿qué bicho le picó? Qué raro. Este médico no se mueve. No me toca. Sólo me mira. ¿Sabrá que yo también lo veo? Mejor abro bien mis ojos”.

Mejor no nos abras, Marcial. Si estamos fenómeno así. ¿Qué tenemos que ver que no hayamos visto ya? ¿Acaso tenemos que darle más información a tu cerebro, más de lo que hemos hecho en todos estos años?, ¿tendremos que conmovier por enésima vez al pobre corazón tijereteado?, ¿tendremos que llamar otra vez a gritos a las lágrimas?, ¿tendremos que reflejar nuevamente la belleza de tu alma a otras personas?, ¿no fue suficiente bondad desparramada? No nos abras Marcial, que ya hemos dado mucho más de lo que hemos recibido. Ya es bastante Marcial. Hemos cumplido.

Marcial abrió con firmeza sus ojos insurrectos y lo vio con más claridad. Aquél no era un médico. Definitivamente no lo era.

Ese hombre regordete, sentado en la silla de acero inoxidable un poco más allá del límite de su cama, se movía nervioso. Aun en la semipenumbra se lo veía transpirado. Era obvio que tenía calor pero aun así no había desabotonado su saco gris ni aflojado su corbata de color incierto. Viéndolo mejor era todo gris. Pantalones arrugados, medias un poco caídas y la camisa que suplicaba un lavado a fondo. O dos. Un gris total, uniforme, monótono. Definitivamente un gris... bancario.

Jugueteaba con la manija de su flaco portafolios, que sin dudas había visto mejores años, y lo observaba a través de sus enormes anteojos empañados que semejabán periscopios sucios de sal marina.

Al verse descubierto por los ojos de Marcial, sonrió tímido. Sacando un pañuelo de color y tamaño indescriptibles del bolsillo derecho de su saco, lo pasó por su calvicie y lo regresó, húmedo, a su lugar.

Sus labios, enormemente carnosos, se entreabrieron, dejando ver claramente dos dientes incisivos de color amarillo profundo. Un amarillo colonial. El resto de su dentadura huía entre las sombras bucales.

La nariz, muy pequeña, era obviamente un raro y generoso regalo natural compensatorio. Sus dimensiones le obligaban, por fuerza de la gravedad, a empujar constantemente hacia arriba los pesados anteojos. Con cada operación el sujeto agregaba algo más de humedad a los cristales, humedad que a su vez distribuía uniformemente de tanto en tanto con el único pañuelo multifuncional.

—Buenas noches, Marcial.

—Buenas, —respondió el enfermo.

El dolor se hacía muy intenso al menor esfuerzo y sus ojos, resignados, trataban de enfocar claramente al personaje. Hacían lo que podían, pobres.

—Disculpe que lo moleste en este momento delicado. Me presento: soy contador de Sumas y Saldos.

—Ajá.

—Sumas y Saldos es una sección de Altas y Bajas.

—Ah.

—Sí. Vengo por un temita de saldos...

Marcial acomodó con dolor su cuerpo otra vez y un incipiente malhumor comenzó a invadirlo.

—Vea señor. Mi obra social me cubre todos los gastos. De todos modos, si hay algún problema de dinero mi hermano viene a las siete y media y arregla con él.

—No se trata de dinero. No me expliqué bien. Permítame.

—Pero señor...

—Contador.

—Bueno, contador. ¿Tiene que ser ahora? No me siento muy bien.

—Me temo que sí, Marcial. Disculpe. Le explico. Le prometo que seré breve. —Ahora el contador gris se puso serio. Acomodó el portafolio en su regazo y extrajo una carpeta de color marrón mientras decía: —La verdad que lo comprendo, Marcial. Créame que tener que venir así, a última hora, sin previo aviso, a molestarlo, me pone incómodo. Me da acidez. ¿Me permite? —Sacó dos pastillas blancas del bolsillo izquierdo y las empezó a chupar ruidosamente. Abrió la carpeta y dijo—: Es su carpeta.

—Ajá.

—4 de abril de 1978. Ocho años a la madre.

—¿Y eso qué es?

—Es un asiento contable. Un crédito, Marcial. Le leo: Bar y Restaurante “Los gomías”, frente al Hospital Fiorito, 10:37, el cliente escribe en servilleta de 8 x 8 cm, de papel blanco, con logotipo de “Café 5 Hispanos”, lo siguiente: Dios mío, dale a mi madre tantos años como puedas y quítalos de mi vida. ¿Recuerda eso, Marcial?

Una lágrima y luego otra se abrieron paso a los empujones entre tanto medicamento y aceptaron de un bello recuerdo los ojos de Marcial.

—Sí. Claro que me acuerdo.

—Un hermoso gesto. Y bien correspondido, por cierto. Su mamá vivió otros ocho años con una intensa felicidad. Dice acá:...”con una inusual felicidad, rodeada de sus hijos y nietos”.

—Es cierto. ¿Ustedes hicieron eso?

—¿Sumas y Saldos? No. Eso se maneja desde *arriba*. Usted sabe. Nosotros sólo registramos los años. Llevamos las cuentas nada más. Bueno, le sigo leyendo: 7 de marzo de 1987; el accidente de auto de su sobrino Carlos.

¡Pero qué afición por el café, Marcial! Otra servilleta, esta vez de Café La Morenita. Seis años y tres meses. Fueron aprobados. Muy generoso de su parte, Marcial.

—Gracias.

—De nada. Fíjese qué curioso, aquí aparece, en el expediente, la primera nota de advertencia del Departamento de Altas y Bajas. Le leo: “...visto el expediente..., el otorgamiento de nuevos créditos quedará supeditado al patrimonio vital del cliente...tá, tá, tá...”.

—¿Y eso qué es?

—Nada, una pequeña advertencia a mi jefe de Sumas y Saldos. Sigo leyendo: “9 de enero de 2001”. Año bravo ése, ¿no?

—¡Qué le parece!

—Sí. Bueno, su hermano, el que viene a las siete y media. Le detectaron leucemia. Pronóstico: tres meses, máximo. Usted se las ingenió para escribir, yendo al hospital, en el colectivo 130 con desvío por Munro, a la altura del 550 de la Avenida Mitre, mano a provincia, al dorso del boleto, con bolígrafo marca Bic de color azul: “Mi Señor, no me lo quites, quita de mí lo que desees y dáselo”.

—Sí. Yo lo escribí.

—Y su hermano vive, Marcial. Le fue otorgado.

—¿Por qué tanta anotación de lo escrito, contador?

—Excelente pregunta, Marcial. Verá, sólo registramos los créditos que hayan sido solicitados por escrito. Son documentos. Hay una diferencia infinita, si me permite la expresión, entre un simple deseo y un documento escrito. Es un acto de valentía escribir lo que uno piensa. En el fondo de su corazón todo ser humano sabe que puede ser cierto que se le otorgue y que se le quite si firma un papelito, y ahí el instinto de supervivencia y el egoísmo generalmente se imponen. Por eso lo suyo, Marcial, merece el mayor de mis respetos, pero...

—Pero, ¿qué?

—Vea, mi amigo. Tenemos un problemita técnico contable. Fíjese en este gráfico: ocho años a su mamá, seis años a su sobrino, nueve años a su hermano con crédito abierto todavía y con una enfermedad terminal, por lo que se computa doble... son... treinta y dos añitos, Marcial. Y usted tiene sesenta y uno, eso nos da un promedio estimable de noventa y tres años y a usted justo le da este ataque al corazón. ¡No nos cobramos nunca más los treinta y dos años otorgados! Por eso el jefe de Altas y Bajas le dio la orden a mi jefe de Sumas y Saldos para que embargue de inmediato.

—¿Qué cosa?!

—Un embarguito, Marcial. Un embargo, digamos..., corporal. Totalmente indoloro, le aseguro. Usted es un flor de tipo. Por eso me mandaron a explicarle cómo son las cosas. Si fuera por mí le doy un crédito en descubierto, pero de patrimonio andamos muy flojitos, Marcial. Sesenta y uno y semejante operación..., es una carpeta que en Créditos no me la aprueban ni locos.

Marcial comenzó a comprender. Marcial empezó a palidecer. No es que le tuviera miedo a la muerte. Nada de eso. Era un hombre religioso. Lo que le molestaba era tener una muerte, como decirlo, administrativa. No es que soñara con una muerte heroica, pero esto era realmente la antítesis. Francamente deprimente.

Ambos hombres se miraron fijamente y el contador comenzó a pararse cuando el sonido de llamada de un estridente teléfono celular les hizo pegar un respingo a ambos. El contador sacó de su bolsillo interno del

saco un aparato blanco enorme, con antena, que cubrió toda su cara al atenderlo. El vidrio de parte de sus anteojos enfocaba a Marcial como un monóculo. Conectó nervioso el interruptor del aparato y una voz metálica se escuchó por el parlante, aunque no se entendía bien lo que decía, lo hacía a los gritos. Gritos de furia. Gritos estentóreos.

—Sí, jefe —dijo el contador—. Sí, aquí con el cliente..., no señor..., sí señor..., hace tres días que no tengo señal, jefe..., Nepal..., no, ahí no hay antenas, jefe. Sí señor, lo del Lama quedó saldado, quédese tranquilo..., pero no jefe, de allá me vine para acá..., me quedé sin batería señor..., y sí, cuando tuve energía no tenía crédito, es que Finanzas... Sí, lo escucho. Sí señor. ¿Cómo dice? ¡A la pucha! Disculpe jefe. Y... sí. Ya estaba por embargar. Ajá. Sí, comprendo. Bueno jefe, yo veo. Sí, yo le transmito. Hasta luego. Sí señor, tranquilo. Adiós. Adiós.

Marcial tenía la boca seca y hacía como cinco minutos que no parpadeaba, mirando al hombre gris que estaba más sudoroso que nunca.

—¡Pero vea cómo son las cosas, Marcial! Me llamó mi jefe.

—Ya me di cuenta.

—Sí. Un equivoco. Un malentendido. Un error. Es inútil, me voy de la oficina tres días y mire lo que hacen.

—¿Qué hacen? —dijo Marcial con voz de moribundo.

—Meten la pata. Eso hacen. Le pido disculpas, Marcial. Y mi jefe también, aunque no lo conozca.

—Ni quiero.

—Me imagino. Bueno, le explico. Hace dos días se registró un asiento nuevo en su ficha, que por supuesto no me informaron. La verdad es que me conmueve la forma en que lo quieren, Marcial. No es común. Lo envidio sanamente. Sus dos sobrinos, su cuñada, el panadero de la esquina de la calle Malabia, el portero de su casa, su antigua novia Marta y su propio hermano, el de las siete y media, documentaron crédito a su favor por un total de 29 años, que mi jefe, por el disgusto que le ocasionamos, ha extendido a 39. Por lo tanto, sumados a sus 61 nos da justo 100. Vivirá hasta los cien años, Marcial. Así que vaya sacándose esos tubitos que tiene insertados, se me viste con su ropa habitual y vaya a tomar un buen desayuno. ¡Ah!, y olvídense del dolor del pecho. ¡A disfrutar la vida, Marcial! Y le advierto que si sigue siendo tan buena persona regalando vida y recibiendo créditos puede convertirse en inmortal. ¡Chau Marcial!

EL DIBUJADOR

Pocas lo saben con certeza. Muy pocas. Aunque casi todas lo intuyen. Existe.

Y así fue desde siempre.

Vive no tan lejos. Sólo un poco más acá del infinito, como quien dice, a diez pasos o doce de ese límite. Girando entonces con precaución a tu derecha, a fin de no convertirte en una nada escandalosa, verás enseguida una casona iluminada por la luz de mil estrellas o mil soles, da lo mismo.

Allí es.

Es el lugar donde llegan todas las cartas, todos los anhelos, esperanzas y súplicas maternas. Es el gran depósito de alientos. El arcón gigantesco de deseos. El océano de todas las lágrimas felices.

Es el punto inicial de tu existencia. Vaya uno a saber (yo no lo sé) qué extraña magia impulsa hasta su casa a los millones de pedidos de todas las futuras mamás de este planeta. Cada una de ellas imagina, durante nueve meses, la carita de su hijo por nacer. Porque, digámoslo con franqueza, todas lo quieren bello o bella. Y no es tan simple, pues cómo dar esos ojos de Vía Láctea a los niños afganos, o esa tez nocturna, aún de noche, a los bebés africanos; cómo decorar con tinte níveo a los dientes de los pequeños de Zanzíbar o de rojo tan rojo a los pómulos del Tíbet. Cómo lograr la inocencia en las pecas irlandesas o el perfecto y rotundo blanco eslavo. Cómo encantar la sonrisa y endulzar las miradas de todos los niños de este mundo. Cómo conformar a todas las madres. Cómo poner una pequeña porción de Dios en cada rostro. Suena imposible pero no lo es.

Para eso está El Dibujador.

Estará esperando tu carta, y cuando llegue tu pedido, entrecerrando los ojos, esbozará con una carbonilla una bella carita y la pintará con la yema de sus dedos mojados en colores brotados de su aliento.

Él sabrá interpretar todos tus deseos. Le escribirás cuando llegue el momento. Tu corazón, mi pequeña, sabrá cuándo.

LA MAR

“...toda prosa puede (y debe) tener poesía...”.
¿Nadie va a decir Amén?
Juan Forn

— **E**l mar gotea y me soba las bocamangas y la barbota...

— ¡Corten!, ¡Corten carajo! ¡Roberto!, te lo dije cien veces: GATEA, a ver repetí, ga-te-a, dale.

— Ga -te -a.

— ¿Ves?, ¿ves que no es difícil?. Otra cosa, escuchá, el mar no te moja la barbota, no es de barba de afeitar la frase, es “barbota frases”, entonces Roberto, escuchame bien, después de la palabra bocamangas, que esa te sale fenómeno, respirás un segundo, parás un instante y te mandás: barbota frases. ¿Te parece difícil?

— Sí.

— Bueno, pero hacé un esfuerzo Roberto. No solamente sos el galán de la tira, vos sos un tipo bastante inteligente, al menos eso me dijeron los de Producción. Mirá, probemos otra vez, acordate todo lo que te dije.

— ¡Rodando!

— *El mar ga-te-a y me soba...*

— ¡Corten! Roberto, ¿me estás jodiendo?, no es el tate-ti, es gatea, gatea, a ver , decí gatea.

— Gatea.

— ¿Viste, viste que te sale bien? Vamos de nuevo ¡Rodando!

— *La mar gatea y me soba las bocamangas, barbota frases.*

— Roberto, Robertito, vos no escribiste el texto, vos no sos el autor, aquí, mirá bien, dice **el** mar, no **la** mar.

— Pero queda mas poético...

— Robertito, querido, haceme el favor, no seas creativo, yo sé que vos podés. Vamos a hacer una cosa, nos tomamos veinte minutos, te tomás una gaseosa y comés un sándwich de los que trajo Clara, la iluminadora, que están bárbaros y me vas repasando estas tres líneas. Son tres líneas Roberto, nada más. Andá a comer, andá.

— ¡Raúl!

— ¿Si jefe?

— Ché Raúl, ¿éste es el único galán disponible?, es imposible trabajar así.

— Otro hay, pero es distinto el *cachet* y estamos muy ajustados con el presupuesto. Además tendríamos que empezar todo de nuevo, imposible jefe. Téngale un poco de paciencia a Roberto, es un poco bruto pero la cara le da perfecto para Sandokán.

— Sí, fenómeno, pero este es un actor de cuarta, casi descartable, no se acuerda de nada, ché.

— Bueno, jefe, acá dice que estudió en la Escuela Oficial de Actores Argentinos de Santa Teresita, Provincia de Buenos Aires y que se graduó como “Actor Lejano” el año pasado.

— ¿Qué es eso?

— Que estudió a distancia. Hizo toda la carrera no presencial.

— Fantástico. ¿Alguna otra buena noticia?

— Es una hojita cortita el *curriculum*, muy cortita, termina diciendo que participó en un Taller Literario en San Martín de los Andes, en un barrio Del Arenal o algo así, en una Biblioteca Pública y que tiene una gran facilidad para improvisar. Sólo eso.

— Estamos en el horno, Raúl. Santa Teresita y San Martín de los Andes, me falta San Cono para que me ayude la suerte en esta película. Improvisar, increíble, estos de producción son increíbles. Me mandan un payador y yo necesito un actor. ¡Bueno, vamos! Que sea lo que Dios quiera.

— Roberto: ¿estás listo?, te digo las tres oraciones y hacé lo que puedas: *El mar gatea y me soba las bocamangas, barbota frases. Retira la espuma y la apacigua para dejarme ver el fondo. El agua sabe algo.* ¿Lo memorizaste Robertito querido, te animás?

— Si.

— Bueno, dale campeón. ¡Tres, dos, uno, rodando!

— El mar gatea y me soba las bocamangas, barbota frases...

que van y vienen con cada ola.

me traen la sal y me la ofrendan con caracolas,

y escandalizan esos colores con que acaricia mi dos talones.

Son las palabras que no se dicen, hundidas todas en lo profundo,

son los secretos mejor guardados,

los sentimientos que precipitan tan lentamente,

que tardan años en calar hondo,

son los amores abandonados,

los días lejanos,

cartas escritas que caen de un barco, pues son furtivas, de amor prohibido,

poemas de fuego que incendian fuegos arrojados desde algún muelle.

La mar no puede con tanto y tanto.

El agua sabe que yo la escucho, que yo la entiendo,
que siento en sus gotas y en sus espumas lo que me dice, lo que me llora.

Y la apaciguo con mis silencios,

y en mis arenas beso su sal,

me empapa el rostro,

juego con ella, y al fin se rinde y habla despacio, como una amante,

de sus desvelos atesorados por tantos años,

de tanto tiempo.

La mar me implora que yo la ame pues soy la playa donde ella encalla,

yo soy su aire,

el que le falta,

yo soy la tierra, soy su llanura, soy su montaña.

La mar lo sabe,

me muestra el fondo con sus tesoros,

y en esta tarde tan delicada,

solos los dos,

los dos tan solos,

mi mar estalla.

RADIO LA VEGA PLANA

¡Hola, hola, hola! Vamos, que son las ocho de la mañana y desde aquí, la pecera de Radio La Vega Plana, los despierta “el Neme”. La verdad, si me preguntan, no tengo ni idea de qué les voy a decir hoy, pero estoy seguro que algo les diré, algo cierto o inventado, no lo sé. Desde este cubículo de vidrio a prueba de ruidos, que me aísla del mundo, que nos deja solos y en silencio a ustedes y a mí, puedo escuchar la nieve cayendo sobre el techo. Estoy sentado frente a un micrófono enorme donde me parece que están todos ustedes escondidos haciendo morisquetas. Debo decir las cosas que sé que les encantan y la verdad es que no sé por dónde comenzar. Dame tres comerciales cortitos, Miguel, y no se me muevan que empezaremos a andar juntos esta mañana blanca en San Martín de los Andes, donde casi termina el territorio nacional en el oeste, donde termina la realidad y comienzan los sueños, los mejores sueños, los del alma.

Pero qué cuernos me ocurre esta mañana. Soy un profesional, no debo acordarme de ella ahora. La cosa “ya fue”, listo.

Créanme si les digo que esto no es tan fácil como piensan. Uno no tiene mil cuentos para contar y si los tuviera hay veces que no dan ganas de hablar, ni de sonreír, ni de mirar el sol que ahora mismo, en este preciso instante, se me ríe a carcajadas oculto por esta intensa nevada, como se deben estar riendo aquellos animales que siempre ríen por sus bocazas enormes, hablo de los cocodrilos y de los hipopótamos. La verdad es que para ellos es imposible estar serios y hay cosas que les están absolutamente prohibidas, como por ejemplo ir a un velorio, o escuchar misa, o estar en clase escuchando seriamente a una maestra. Para decirles la verdad, y como no me pueden ver, les cuento, tengo la sonrisa falsa de un cocodrilo sin dientes y los ojitos confusos de un hipopótamo nadando con una orca y todo lo que estoy diciendo es por la imagen que me devuelve el vidrio espejado que no miente. Si hasta me veo como un búfalo, con cuernos redondeados y macizos, entre las nubes de polvo que levanta mi manada. Dame cuatro cortitos, Miguel. Ya seguimos.

Yo debo estar loco.

Ustedes creen que por vivir entre estas hermosas montañas están seguros, protegidos, inmunes. Están convencidos, igual que yo hasta hace pocas noches, que sólo el viento podía pasar por la barrera infranqueable de nuestra hermosa tierra. Si hasta vemos lo que ocurre por la tele como algo lejano, que no nos toca, que los tiros no llegan tan lejos y las mentiras dejan sus jirones atados a los postes y piedras de tantos kilómetros, desnudándolas de tal modo que nos llega sólo la verdad de cada cosa y cada frase, somos como espectadores en un circo romano y nuestras gradas están en la montaña cubierta de nieve, inalcanzables, lejanas. Todo lo nuestro está a buen resguardo, nuestros hijos, nuestros bienes, nuestros amores. Todo eso creía yo a pie juntillas, como todos, pero el África se coló por no sé donde en mi cabaña y me ha dejado sonriendo como un tonto cocodrilo, lleno de dientes postizos para morder a nadie. Una tandita y volvemos. Vamos con cinco, Miguel.

No sé si pensarán como yo, pero a mí estos comerciales se me hacen cortísimos. De todos modos no crean todo lo que se dice de la pasta dental, no es tan eficaz. A mí no me parece que el blanco de los dientes seduzca tanto. En mi caso no resultó para nada y eso que los tengo blanquísimos de tanto lavarlos con las promociones que nos mandan a la radio. No, no sirve.

¿Pero quién invitó a ese tipo a mi casa? Yo no soy ningún amargo, lo saben bien, siempre trato de tener una actitud positiva hacia las personas, pero ya me llamó la atención que el sujeto apareciera esa noche vestido de cazador africano, con botas altas, pantalones especiales llenos de bolsillos, camisa suelta y muy abierta dejando ver un colgante con dos colmillos de algo africano, obviamente, un cinto con balas puntiagudas cruzado en bandolera y ese sombrero de alas anchas con huesitos pinchados como adornos en la cinta de colores que lo circundaba. Encima, el miserable estaba todo quemado por el sol del Kilimanjaro (según dijo) y, para rematar, una escopeta enorme doblada en dos partes, como entregada, dormitaba sobre su antebrazo izquierdo e insinuaba, sin proponérselo, claro, el estado en que quedaban sus víctimas, (animales o humanas) y, en especial, mujeres. ¿Que quién trajo ese folletín a mi cabaña nevada, a ese dibujo animado ecuatorial, a ese espécimen casi de plástico?, ¿y quién va a ser?, mi novia. Y me mintió descaradamente con el asunto de su participación en la Convención Mundial Pro Vida de Animales Silvestres. Ya averigüé todo. No hubo ninguna convención. Lo conoció en el casino, donde ella sirve los tragos cada noche. Y encima el tipo, entre pizza y pizza y sin soltar su escopeta, habló de los animales africanos uno por uno, del pelaje, de la fuerza del instinto sexual de los leones, habló de tamaños imposibles, de cuernos, pezuñas, venenos y qué sé yo cuántas cosas más, hasta que me fui a dormir, no sin antes cepillarme bien los dientes de hipopótamo que ahora tengo, y los dejé charlando en la cocina. O sea, esa fue la última vez que vi a mi novia. Dos avisitos cortitos y vuelvo, les prometo.

Es decir, las montañas no te protegen de nada que provenga del desierto del Kalahari. Enseguida supe que el androide selvático era guía de cazadores millonarios, los paseaba por distintos lugares del mundo cazando todo tipo de animales y él cobraba una comisión por pieza muerta. O sea: una delicadeza de persona. Y justo

vino para acá ese mascarón de proa de barco caribeño, a San Martín de los Andes, con su *troupe* de tiradores, y claro, mi novia nívea, protegida por los eternos bosques y montañas, tan pura como el aire de un quirófano, se descongeló, adquirió la temperatura de una termocupla en una estufa de gas, se volvió loca y desapareció de los lugares que solía frecuentar. Les cuento todo esto porque hoy recibí su primera carta. Sí. Me mandó una carta y se las voy a leer, no me importa lo que piensen, yo se las leo. Antes un avisito del dentífrico insoportable ese y volvemos.

Dice así: “Tercer recodo del río Zambeze, un poquito más arriba del Ecuador, África Nororiental, 29-7-12. Querido Nemesio: ¿Cómo estás?, ¿andan bien la estufa y el termotanque? ¿Hace mucho frío? ¿Cómo te va en la radio?

”Acá hace calor, mucho calor, y el olor a hierba es exquisito. A la hierba de la pradera me refiero. Los animales andan como Pancho por su casa. Johann dice que hay que tener cuidado con los leones porque o te comen o te violan. Me encantan los leones.

”El calor es tan intenso que a veces nos bañamos desnudos cuatro veces por día en una ducha improvisada detrás de la carpa, porque el río es peligroso. Yo sé, Nemesio, que las comparaciones son odiosas pero estoy re-feliz con este cambio tan, pero tan grande.

”¡Estoy aprendiendo los nombres de los animales en inglés!; por ejemplo ñu se dice ñu y león se dice laion. Más no sé, pero Johann dice que aprendo rapidísimo, porque soy bilingüe por naturaleza. ¿No te encanta?

”No olvides darle de comer a la perra, ipobre!, no sé, por ahí le encantaría vivir acá con los otros animalitos, onda salvaje, ¿viste?

”Estoy segura de que algún día volveré por San Martín... a buscar mis cosas. Seguro que ahí nos vemos. Si no, no importa. Yo sé comprender, te perdono.

”De mi mayor consideración: tu pajarita, Samantha”.

¿Y?, ¿qué me cuentan? ¿Andamos bien por casa?, porque les digo una cosa: el mundo está plagado de cazadores africanos. Pero no se desanimen, he pensado mucho esto que voy a decirles. El secreto para que ningún cazador entre en tu cocina es que vos te conviertas en cazador un día, con botas, escopeta y todo lo demás, y luego seas un jeque árabe un tiempo, con turbante blanquísimo y barba candado, un sacerdote pecador (eso no sé que lleva), un boxeador indonesio flaquito y peleador, un pintor extravagante que tiña de azul los puentes, con melena larga y sacón de corderoy, un instructor de esquí alpino, astronauta, peluquero de damas, camarero nocturno de un transatlántico italiano y lo que se te vaya ocurriendo. Todo para una única mujer: la tuya. No te me duermas hermano, que el frío no te cale los huesos, ponele leña a la estufa noche y día, inventá cualquier cosa, hablale hasta por los codos, no tengas la sonrisa falsa de un cocodrilo, ni los ojos bobos y traicioneros de un hipopótamo. A reír compañero, a reír con ganas, jugando con tu mujer a las escondidas o a la mancha venenosa en tu camastro *king size* que compraste con descuento y no lo has amortizado con el uso apropiado, vamos gente, que nieva fuerte allá afuera y el África, el África está acá nomás.

Y así nos fuimos por hoy, gracias por acompañarme. Soy “el Neme”, transmitiendo desde Radio La Vega Plana.

CHINOS

Kapi se llamaba, a secas, sólo Kapi, el herrero. Una vez le espí su documento de identidad y el apellido estaba plagado de consonantes después del “Kapi”. Parecía una broma. Lo que no fue una broma es el martillazo que se dio en el dedo pulgar con la maza de tres kilos. La verdad es que no existe un mejor lugar en la tierra que San Martín de los Andes en pleno invierno, a las siete de la mañana y con once grados bajo cero para aplastarse un dedo de ese modo.

El dolor le llegó de a poco hasta que la aguja del manómetro que mide los niveles de la angustia giró tres veces en sentido horario (un verdadero absurdo) rompió su eje, atravesó el vidrio pequeño sin cesar de girar destrozando a su paso toda estabilidad emocional y se clavó por fin en el mismo dedo machacado, pero desde adentro, claro.

El eco de las maldiciones fue rebotando del cerro a la montaña y se hundió por fin en el lago Lácar a una profundidad considerable. Aun así brotaban burbujitas del lugar del naufragio del dolor que, en la superficie, reventaban una a una con una palabrota en idioma polaco.

Porque el herrero era polaco, casi olvido decirlo.

Y cada grito lograba la misma triangulación terminando en puteaditas burbujeantes, esféricamente esclavas, mucho más allá de su vista y de la mía.

—¡Ay, Ay, Ay! ¡Y la reput...! ¡Chinos de mierda! ¡Cómo odio a los chinos! (otro grito, repleto de insultos en polaco).

—Perdón Kapi, ¿qué tienen que ver los chinos?

—¿No se da cuenta?, inos quieren eliminar, quieren quedarse con todo el planeta! ¿Acaso no ve la nieve, no siente el frío que hace? Esta vez se quedó afónico y ya no hubo más burbujeo lacustre.

Por suerte había nevado mucho y el polaco iba metiendo su pulgar aquí y allá derritiendo cada hoyo para aliviar la hinchazón. Una introducción no devolvió la sensación esperada porque su perro, que siempre usaba ese lugar como baño privado, le regaló a Kapi un sólido envoltorio para su dedo. Fue algo verdaderamente inoportuno.

Es curioso como una persona casi muda puede volver a gritar y aturdir de ese modo a todo un barrio.

Seguro que alguien llamó a los bomberos, porque el espiral sonoro de la sirena del cuartel cercano fue acompañando, como una orquesta, las imprecaciones del polaco hasta que, en un final wagneriano, los topes máximos de ambas voces se unieron en una extraña nota cacofónica, totalmente fuera de la escala musical.

Cuando llegó la ambulancia del hospital zonal, recientemente estrenada, Kapi, totalmente fuera de sí, la agarró a patadas con sus enormes botines con punta de acero. Los enfermeros huyeron en el vehículo, ahora con una puerta colgante en lugar de corrediza y varias incrustaciones demenciales en la carrocería y en las gomas.

Obviamente que si hubiese estado en alpargatas no lo habría hecho, porque Kapi no era tonto. No señor. Nada de eso. Podía ser loco, un demente, lo que ustedes quieran pero era la persona más finamente intuitiva que hubiese conocido.

Después que los bomberos lo sujetaron envolviéndolo con las mangueras y que su señora nos alcanzó unos mates y tortas fritas, Kapi se fue calmando de a poco.

La aguja del dolor volvió al relojito original y el perro aguantó estoicamente sus ganas para más tarde, mirando de reojo a su patrón y a la maza tirada.

—Los chinos nos van a matar a todos, dijo más tranquilo.

—Kapi, yo te comprendo. Yo sé lo que sentís. A lo mejor la culpa es mía por traerte el camión a arreglar con este frío que nubla la vista y hace que los hierros se resbalen por la helada. Yo tendría que haber venido en otro momento, la culpa es mía Kapi, no de los chinos. Dejate de joder con los chinos.

Estábamos adentro del galpón de sus arreglos, un yunque frío, unicornio en silencio; la máquina eléctrica de soldar los valores y principios, los tubos de carburo y de oxígeno para la soldadura autógena de los detalles de la vida; el carcaj de acero con electrodos, flechas frías como las verdades; una morsa enorme y gastada de tantos esfuerzos detenida en el tiempo; el panel ladeado con enchufes de corriente trifásica, los cables gruesos, los cables finos, las eslingas de acero, las palancas y sargentos, cadenas pesadas de buques perdidos colgadas de ganchos, el delantal y los guantes de cuero, la máscara protectora con visor violeta, casi como el disfraz de robot de un niño, el tablón de seis pulgadas con cuatro patas escondidas en las sombras, el rayo de luz solar tan perfecto reemplazando el nudo saltado desde siempre de la tabla de pino, su quirófano de ideas; el humo de esa pava negra con mango de alambre envuelto en papel madera de una bolsa de harina, el piso de tierra, el mate galleta, la yerba en un frasco con una cuchara oscura y el humo escapante de aquella estufa estafalaria, su taller de los inventos, de sus juegos, el perfecto escondite para todas sus locuras. El hogar de nuestras charlas y las risas. Lo estoy viendo.

—Es un plan que tienen jefe, un plan maestro. Desde hace más o menos mil años lo vienen ejecutando con una precisión milimétrica, se lo digo porque yo manejo muy bien el calibre para trabajos delicados. Yo pensé mucho en esto y descubrí su plan, chinos zaparrastrosos. Mire (tomó un papel y un lápiz de carpintero), mire jefe, este es el mundo, se lo dibujo redondo para que lo entienda bien, ahora, trazo al medio la línea del

Ecuador, así, y me queda la China acá arriba, a la izquierda ¿vé? y la Argentina acá abajo, bien abajo, del otro lado casi ¿lo va viendo?, bueno y acá le dibujo el eje de la tierra, medio inclinadito, tiene que estar así, no más que eso y ese es el plan, nos van a matar a todos creando un cambio climático fenomenal que va a alterar la naturaleza de tal modo que resultarán imposibles las cosechas y sin granos no hay animales, no hay leche, no hay carne, no hay agua porque ya no lloverá más, nada de nada. Nos vamos a tener que comer los fierros de este galpón jefe.

—No digas...

—Sí. Los tipos, los chinos digo, desde hace mil años se vienen multiplicando como hormigas, ya son como mil seiscientos millones, jefe, eso no es casualidad, es un plan.

—Un plan...

—Sí don Alberto, no me mire así, no estoy loco, mire el mapa que le dibujé, mire bien. Ahora, ponga en este punto de acá, o sea en China, mil seiscientos millones de personas, es decir en un punto de la esfera ¿vé?, bueno, ese peso enorme de tantos y tantos cuerpos de seres humanos y lo que se desprende de ellos diariamente multiplicado por la cantidad de años que viven (porque encima son lonjevros los tipos), todo eso crea una anomalía, la rotación de la tierra alrededor de su eje se ve alterada y comienza un movimiento excéntrico, loco, que a su vez crea un cambio climático severo ¿me sigue?

—Sí, te sigo Kapi, ¿te duele mucho el dedo?

—Sí, pero ahora estoy hablando de otra cosa, no se me distraiga. Como le digo por eso se están derritiendo los polos y las lluvias del Monzón son cada vez mas copiosas en la India y el exceso de peso hídrico en los mares hace que las placas tectónicas se vean obligadas a adaptarse y se muevan creando tsunamis, terremotos, explosión de volcanes. Por eso nos cayeron las cenizas del volcán Puyehue y el Caviahue está que mirame y no me toques y no le cuento nada si se despierta el Lanín, jefe, ahí sí que se arma el desparramo. Por eso se inundan en Buenos Aires, en los campos hay sequías, se varan las ballenas confundidas en las playas y se aprobó la ley del matrimonio igualitario, o sea, casi un fin del mundo jefe.

—Bueno Kapi...

—No jefe. Nada de bueno. Ellos esperan eso para que todos desaparezcamos y entonces izás! ocupan todo el planeta. Por supuesto que muchos chinos también van a morir pero por eso se multiplican así, para que queden algunos vivitos y coleando y entonces esos se adueñan de todo, se vuelven a dispersar por todos lados, equilibran el eje de la tierra, vuelven las cosechas, todo verde, todo bien y listo. ¡Somos todos chinos! ¡Ah, pero a mi no me joden!, yo tengo lista la escopeta y me compré como doscientos cartuchos. Que vengan nomás que los agarro a tiros y a patadas.

—Como a la ambulancia...

—Eso fue un accidente jefe. Ahora disculpe que me está llamando la patrona para almorzar. Mañana vuelva y seguimos con el arreglo de su camión y hágame caso, cómprese una escopeta.

Kapi se fue despacio para el fondo del lote, allá tenía su casa de madera pintada de rojo. De paso le pegó un patadón al perro y lo insultó en polaco. Es notable lo bien que combinan las consonantes y los aullidos en una mañana fría acá en el sur, bien lejos de los chinos.

La prestigiosa publicación científica Geophysical Research Letters de la Universidad de Texas publica semanalmente informes de satélites de la Nasa que miden el cambio producido de dos centímetros en el eje de rotación de la Tierra. Informan que el eje se está desplazando hacia el Este a un ritmo sin precedentes y que ya afecta severamente el polo Norte y Groenlandia produciendo un derretimiento abrupto de sus hielos lo que afecta las mareas de agua marina haciéndolas más pesadas por el exceso de agua dulce en ellas lo que a su vez provoca un severísimo “desbalance” ambiental global. La causa más probable del cambio en el eje terráqueo es el efecto físico de una fuerte concentración de masa en un punto específico del planeta. Concretamente, estos dos centímetros de distorsión en el eje planetario fueron provocados por la construcción de la represa mas grande del mundo: “Las tres Gargantas” situada sobre el curso del río Yangsté en la región de Hubei, en China.

ROBADOR

Lo voy a contar como lo escuché. Sin agregarle nada, que ya demasiadas cosas tiene como para que uno ande inflando la historia. Además, no soy ningún mentiroso, aunque ustedes se rían por lo bajo. Apenas algunos cuentos que les conté y ya están dudando de todo.

Ahora no. Ahora escuchen.

La forma de llegar al infierno no es solamente muriéndose. No señor. Hay caminos laterales, atajos, cañadones que te llevan derechito a la nada absoluta, que es algo así como el cero absoluto, donde nada puede ser más frío.

Marito había recorrido los laterales y los atajos en los últimos años. Ya andaba por el cañadón final que, encima, era en plano inclinado.

Marito había llegado a ser contador del Banco Nación del pueblo. Era un tipo vivísimo para los números y las planillas. Se daba cuenta enseguida dónde estaba el error que impedía el cierre diario de caja de todo el banco. Y ojo, que hasta que las columnas del debe y del haber no eran idénticas nadie se iba a su casa. El gerente era estricto con eso. Ni un centavo de diferencia, y ahí se lucía Marito. Pero vieran qué capacidad tenía el tipo para encontrar el numerito perdido, el decimal descarriado. Ojo, que no existían computadoras. Todo con máquinas manuales de tira y a revisar papel por papel. Marito hacía que todo el personal pudiera irse a su casa a tiempo para la hora del mate. Un mago el Marito este.

Y así llegó a contador y empezó a ganar más plata. No mucho. Un poco nomás, pero lo suficiente como para poder pagarse algún vicio. Qué se iba a imaginar Marito que ahí estaba la entrada al primer lateral.

Yo digo que la gente lleva adentro un gusano dormido. Un gusano enorme que generalmente no se despierta pero que cuando lo hace, agarrate. No les voy a dar ejemplos, no sea cosa que les guste y el gusano les empiece a bostezar.

El caso es que a Marito le dio por el alcohol. Pero no así nomás, social digamos, no, le dio con todo. Se emborrachaban él y el gusano de lo lindo, y lo peor es que competían para ver quién quedaba más herido. Cuando el gusano se dormía, Marito aprovechaba para ir al banco, bien maceradito por supuesto, y hacía su trabajo. Digan que tenía una cabeza excepcional y eso lo mantuvo por un tiempo. Pero el alcohol es bravo. La mujer le cambió la cerradura de la casa, los hijos no le dirigían la palabra, todos lo miraban con tristeza y el gerente del banco lo echó a patadas cuando le vomitó encima de su escritorio. Ni las fotos de los nietos se salvaron debajo del vidrio. Un asco.

Tomátelas, Marito. Y no vuelvas más.

Encima, ni un peso tenía. Porque eso sí, era honesto hasta el tuétano. Ni un centavo faltó nunca en sus rendiciones. Veintiséis años contando millones de pesos, viendo pasar la plata. Pensándolo bien, capaz que eso le despertó el gusano.

Y el cuerpo le pedía alcohol. Le exigía litros y litros el gusano sediento ese. Como plata no tenía, empezó a comprar alcohol fino. Rendía más. Al gusano le gustó.

Marito tomó por el lateral del cero absoluto, vestido con las galas del linyera, y con el gusano salieron a caminar por las vías de un tren que seguro llevaba a algún lugar al que él no quería llegar jamás.

Trago a trago, pisando sólo en los durmientes, como jugando rayuela, Marito volvió a sentirse niño y el gusano, gusanito.

Y qué importaban los fríos, el sueño, el sudor, la barba, las babas. Venga un trago. Los mocos, una muela, dos dientes perdidos y un ojo que ya no veía. Venga otro trago.

No dormía. Se desmayaba y rodaba por el terraplén. Despertaba a cualquier hora y seguía tomando y caminando.

Así pasó el tiempo. Qué sé yo cuánto tiempo. La cuestión es que las vías lo llevaron a un pueblo muy bonito y ordenado. Increíble. Uno juraría que no puede haber pueblos así en medio de cañadones en plano inclinado. Pero parece que así son las cosas, nomás. Es como que Dios te tira un garfio a último momento y siempre te agarra. Lo que pasa es que algunos, vaya uno a saber por qué, se quitan el garfio voluntariamente y siguen cuesta abajo.

Y bueno. Marito entró de noche al pueblo, se fue derechito a la plaza, se acostó en un banco de madera que le resultó comodísimo y se tapó con unos papeles de diario que encontró en el basurero. Le dijo buenas noches al gusano, le convidó dos tragos y lo durmió. Marito quedó despierto un rato más. Era su momento. Había aprendido que por unos minutos, cada noche, volvía a ser él mismo. Solo. Sin compañías de insectos exigentes. Y ensayaba, en una carrera contra reloj antes de la inconsciencia, algún pensamiento hermoso. Casi siempre tenía éxito. Yo creo que esto lo conservó con vida.

El policía que hacía la ronda de madrugada lo tocó suavemente con la punta del bastón en la rodilla.

—Buen día, don.

—Buen día.

—Acá no se puede estar. Tiene que circular. ¿Usted puede caminar?

—Sí. Ya me voy.

Las amas de casa limpiaban con lampazo las veredas y las dejaban brillantes, compitiendo entre sí. El empleado municipal barría las hojas de los plátanos caídas en la calle y las ventanas se abrían y de los interiores de las casas brotaban los niños con guardapolvos blancos. Un camión con fardos de alfalfa, un autito con tres maestras y una moto con un mecánico era lo que alcanzaba a ver con el ojo sano.

Todo era bello. Esa belleza le encantaba y lo hería al mismo tiempo, como a un vampiro la luz del sol. Había aprendido a ignorar la bondad, a disimular la compasión, a esconder el amor. No se amaba en lo más mínimo y mucho menos cuando alguna vidriera reflejaba su imagen. Le causaba espanto ese fantasma negro que veía, arrastrando un gusano enorme, sonriente y sediento.

Estaba llegando, poco a poco, a la conclusión inevitable de quien, voluntariamente, ha transitado los atajos, ha trotado el lateral y desemboca en el cañadón resbaladizo. No puedo. Nunca podré.

¿Saben lo que es un robador? Se los digo. Es un anzuelo, de cualquier tamaño, con tres puntas. No con una, con tres. Y se usa para peces grandes o como elemento de arrastre para enganchar cosas. Cualquier cosa. Lo usan los marinos para rescatar objetos del mar, los escaladores para dar el siguiente paso cuesta arriba y Dios para rescatar a sus hijos extraviados.

Y así, de la nada, en aquel pueblo, en esa calle, un robador (vaya uno a saber de qué tamaño), como digo, un anzuelo gigante de tres puntas, pendulante y veloz, lo atravesó dos veces, de ida y de vuelta y desapareció.

Marito ni cuenta se dio. El gusano sí, porque se revolvió sobre sí mismo. Vaya a saberse qué sintió el gusano, porque uno no le va a andar preguntando a un gusano las cosas, si no quedás como un loco. Además todo el mundo sabe que los gusanos no hablan.

El dedo ennegrecido de Marito tocó aquel timbre de bronce bien lustrado sin saber por qué lo hacía y el *ring* se escuchó chillón y con eco al fondo del pasillo de esa casa sólida y antigua.

Nadie vino a atenderlo. Volvió a tocar. Nada. Algo lo impulsó a empujar la puerta entreabierta y dio el primer paso hacia adentro. El gusano se agarraba como podía al marco de la puerta tratando de impedir que Marito siguiera hacia adentro, pero Marito sacó fuerzas y de un tirón entró completamente. Los ganchitos del gusano quedaron como adornitos pegados en toda la entrada.

Con pasos lentos y diciendo en voz bastante alta “buenas...” cada tanto, llegó al final del pasillo y abrió una puerta de hierro adornada con un vitraux que representaba a San Jorge atravesando con su lanza a un dragón. Una luminosa salita pequeña inundada de olor a cera, un piso de madera crujiente y lustrosa, un perchero y un espejo enorme recibieron a los visitantes. El gusano se escondió como pudo detrás de Marito, para no verse reflejado en ese espejo implacable. Aun así sobresalía gran parte de su barriga inflada y casi toda la cola. Marito se vio a sí mismo como jamás lo había querido hacer. Llegó a una conclusión. Él era más feo, pero muchísimo más feo que el asqueroso gusano.

Escuchó una voz que llegaba a través de una puerta de madera al lado del perchero.

—¡Buen día!

Empujó suavemente la puerta y el ojo sobreviviente enfocó cinco o seis personas sentadas que giraron la cabeza para mirarlo. Un señor de pie, en el centro de ellas, le sonreía y le repitió, con un tono más suave:

—Buenos días amigo, bienvenido. No me diga nada. No hace falta. Acá Don Pedro y Santiaguito lo van a ayudar con la ropa que lleva puesta. Si no le molesta, lo van a llevar a comer bien en la cocina del fondo y luego a bañarse y afeitarse. Le van a atender sus heridas y lo llevarán a una cama limpia en un cuarto silencioso. Esta es desde ahora su casa y nosotros sus amigos, compañeros y hermanos.

Marito comenzó a llorar sin querer. No podía parar de llorar. Lo estaban amando. El gusano se retorció de rabia y desesperación. Se le escapaba el esclavo. Pedro y Santiaguito, haciendo mucha fuerza, separaron al gusano de Marito y lo tiraron al sol, en el medio del patio con baldosas calientes. ¡Cómo se retorció ese gusano pidiendo alcohol fino! Y así murió, deshidratado, como quien dice.

Y Marito quedó en aquella casa mucho, mucho tiempo. De a poco comenzó a ver con el otro ojo y a comprender. Aprendió a amarse y así pudo amar a los demás. Y fue uno más de los hermanos y compañeros, y fue a otros pueblos, con otros hermanos, y aprendió a matar gusanos asquerosos, y lo invitaron a ciudades con edificios altísimos y gusanos enormes. Y se enamoró de la bondad y descubrió la belleza en la fealdad y, con el tiempo, por sus extraordinarias dotes, fue elegido como *Robador*, que es el título máximo entre los integrantes de Recuperados Anónimos.

Y así fue. Sí señor.

EXTRAÑOS

Otra vez el monte, de nuevo la selva, los monos, los gritos, las risas. De vuelta al rincón de mi cerebro impregnado de luz y clorofila y juventud escandalizadora.

Ya me di por vencido hace rato, Misiones me ha ganado. Y allá voy; sin ningún esfuerzo los veo llegar.

Estábamos cada cual en sus asuntos aquella madrugada, López afilaba la cadena de su motosierra “Stihl 070”, de espada larga, con una lima redonda de buena calidad; Carlos, el capataz, hacía lo propio con tres machetes de diferentes tamaños, usando limas planas importadas que se trajo de contrabando del Paraguay, cruzando en bote el Paraná de noche; Ignacia (la mujer de Carlos) preparaba el reviro y mandiocas para ir llevando en el monte; yo bombeaba el tractor porque había chupado aire y no quería arrancar, el desgraciado; Martín Insúa Paredes le quitaba con delicadeza a Esteban Insúa Paredes los apósitos colocados la noche anterior sobre las picaduras de la mosca *ura*, y en cada pedacito de tela pegamentosa lucía adherido un huevito de la peluda depositante. Luego cambiarían los roles y un hermano haría lo mismo con el otro. Ismael, el loco Ismael, peinaba una y mil veces su confundida cabellera, lo hacía con la parsimonia de un guerrero espartano antes de la batalla final en Las Termópilas. Homero le hubiera ofrecido aceites de haberlo conocido. ¿Y qué me falta?, el perro flaco y cazador, la víbora ñacaniná atada por una soguita larga al *guatambú* para que se coma los ratones, las arañas y a las otras víboras, así la Ignacia está tranquila con su bebé. Y el pico multicolor del tucán que nos comimos la noche anterior, secándose al lado del fuego.

¡Y arrancó por fin la *puerqueza* de tractor arruinado! y Carlos puso en marcha el “Jeep Ika”, que también tenía sus mañas, y Martín hizo andar el camión “Bedford” y lo subió al hermano en la cabina. La topadora nos esperaba, en silencio allá lejos, sudorosa de gasoil en la planchada, al final del camino *camionable*, un tirón de casi una hora.

Y ya nos íbamos de entre medio del humo de escapes de motores, cadenas y eslingas de acero de todo tipo, ganchos de tumba, malacates y palancas fabricadas con madera del árbol *espina de corona*, duro y flexible como no hay otro, inyecciones antiofídicas fresquitas de toda la noche sumergidas en el manantial, cigarrillos, la comida frugal preparada por Ignacia y dos tamboras con agua fresca.

Y se aparecieron de pronto, a pata, medio corriendo y trotando por el camino de acceso al campamento. Como de la nada, tan humeantes de sudor como los remolinos algodonosos de vapor que exhalaba el arroyo hacia el cielo cada madrugada. Eran cinco o seis, no lo recuerdo muy bien, y la verdad no importa, pues de quien no puedo olvidarme es de ella. Una delgadísima mujer con ropas someras y oscuras, sin nada a la vista apropiado para la selva, pues el fusil que colgaba de su hombro no se compara con un buen cuchillo, machete y lima en el monte (¿acaso no lo sabía?); ni agua no llevaba. Los hombres apuntaron nerviosos con sus armas a toda mi gente y yo, que los conocía, les grité que no tomaran hachas ni machetes. Carlos lo repitió en guaraní para que no quedaran dudas.

—Gringo, nos das comida y agua fresca, nos vamos y acá no pasó nada, ¿me entendiste?

No hay nada que hacerle, un hombre jamás se niega ante una mujer hermosa, transpirada y armada. No señor. Y creo que Carlos debe haber sentido lo mismo que yo porque se apresuró a darles todo lo que Ignacia nos había preparado y el agua fresquita de las tamboras. Vi de reojo cómo Ignacia, con su bebé en brazos, echaba rayos en guaraní sobre la líder del grupo.

Comieron como perros hambrientos, y a veces se atragantaban y tosían, pero seguían comiendo. Los mirábamos en silencio. López, apoyado en la goma trasera del tractor, guió su mano al casco amarillo en busca de un cigarrillo, mala idea, al instante lo encañonaron entre dos, y temblando y masticando a un tiempo le gritaron que se tire al piso. El bravo López hizo como que no entendió y despacito sacó un paquete de tabaco y papel para armar del interior de su casco y comenzó a liar un cigarro muy despacio, desafiante, como si el día tuviese cincuenta y seis horas y un año ochocientos noventa y cuatro días.

—¡Bacha, Pato, no jodan con ese tipo! Coman que ya nos vamos —dijo la flaca.

Se comieron todo y Carlos trajo un poco más de mandioca en un plato grande, de acero inoxidable, de adentro de su rancho. La Ignacia lo atravesó de lado a lado con una simple mirada y cuando la flaca le dijo: “Gracias”, explotó y se mandó un rosario en guaraní de un minuto de duración y de inequívoca interpretación.

—Me parece que a vos te van a patear el cerebro hoy —le dijo la flaca, cómplice, a Carlos.

Después de comerse todo se atiborraron con agua. Uno eructó fuerte y la flaca le gritó que era un guarango. Increíble. Se ve que eran de ciudad o algo así. Otro sacó una brújula y con la flaca y otro más se reunieron a hablar en voz baja. Me preguntaron por el camino más angosto, el camino viejo que llevaba al Noreste. Les dije que era un camino abandonado, que ya había sido trabajado y que terminaba en un barranco y desde allí era puro monte sin explorar hasta, después de muchos días de marcha, llegar a las selvas del Moconá, más densas y peligrosas aún, plagadas de animales venenosos y de leyendas mortales.

—Y más allá, gringo, ¿qué hay?

Le conté de los saltos del Moconá y que si podían pasarlos llegaban al Brasil.

Me miró fijo, con miedo, sabía que yo no le mentía. Creí suponer en su mirada algo distinto y le devolví con la mía el idéntico confuso sentimiento.

Y se fueron por el camino viejo con sus armas y sudores. La flaca, última del grupo, hizo un tímido saludo a todos nosotros. Carlos no se animó a contestar. Yo sí.

Y el tiempo pasó con su barca de vela, lento y rotundo, remolcando en sus redes, en un amasijo, cada una de las cosas que junta la vida, hasta la más pequeña. Pero el tiempo, cada tanto, muda sus redes tan llenas por otras vacías y es el momento en que algún pececito aprovecha y escapa de nuevo a la mar, sonriente y gozoso.

El XXII° Encuentro del Sindicato Mundial de Camioneros se celebraría en San Salvador de Bahía, Brasil, los primeros cinco días del mes de noviembre de 2010. Fui designado como uno de los integrantes de la delegación argentina en representación de los compañeros “Montañeros y Esteparios zona Patagonia Norte”, una especie de premio consuelo para los extrañísimos especímenes que trabajamos por allá. Tan lejos.

Nos juntamos todos en el Aeropuerto de Ezeiza; lucíamos orgullosos los bolsos enormes con el logotipo multicolor del sindicato y la credencial plastificada que acreditaba nuestro buen nombre y honor. No se admitían delegados con causas penales pendientes pero se aceptaban los que hubieren cumplido pena de prisión efectiva o prescripción de expedientes. Muy justo porque tenemos nuestras cositas y en el fondo somos gente de bien. Creo.

El avión era casi todo nuestro y a los compañeros les dio sed el despegue, de tal modo que las azafatas iban y venían con botellitas de whisky, hielo y más botellitas hasta que una mano traviesa le dio una nalgada a la rubia más alta. Listo. Se suspendió el servicio de *catering*. Al rato la nave rugía por fuera y roncaba por dentro.

Bahía nos recibió con sus soles abiertos. Yo me sentía como una trucha en un baño termal. El aire acondicionado del micro que nos llevaba al hotel no funcionaba, de tal modo que los compañeros comenzaron a derretirse y los olores fueron tan intensos como la música del chofer y la velocidad que imprimía a su máquina. Un ambiente francamente poco delicado.

El resto del día fue para recuperarse. Es que uno no puede saltar tantos paralelos y meridianos de golpe y menos con alcohol en abundancia. Algo no funciona en esa ecuación.

El primer día del Encuentro fue interesante. Los camioneros hindúes se quejaron de que su sueldo básico servía sólo para dos días de subsistencia y los de Papúa bregaban por el mismo básico de la India (inexplicable). Los amigos del Norte pedían a gritos la legalización de estupefacientes y los suecos y noruegos confesaron sentirse aburridos. Y así fue pasando el tiempo hasta las cinco de la tarde. Todos se volvieron al hotel. Yo me propuse recorrer un poco la ciudad. Pregunté en la conserjería del hotel adónde ir y un tipo fenómeno, todo vestido de verde, me dijo que vagara a mi antojo por los alrededores porque estábamos en pleno *Pelourinho*, el casco histórico de la ciudad, y todo me iba a encantar. Tomé mi máquina de fotos, me puse un sombrero de paja prestado, con una cinta verde que decía *Hotel da Praia Branca*, y salí a caminar.

¿Cómo se puede describir la hermosura?, ¿qué palabras se utilizan para explicar la belleza? Sonidos de tamboriles y colores musicales, olor a agua y calor; piedra en los adoquines del piso de las calles y madera antigua en pasamanos y pórticos, verde pastel bien a la vista en el frente de una casa, ocre, rojos, blancos en las otras, azul es la de allá, ¡pero qué azul!, ¿y ésta?, es amarilla a rabiarse y marrones son los marcos de sus puertas y ventanas y todos, todos los tejados son color rubor, y mirando donde mires se te cuele el celeste del mar al fondo de la calle, allá abajo, entre torres de iglesias y conventos. Mosaicos casi arábigos, perfectos, recubriendo fachadas, mezclados con aromas de cervezas y café. Y dieron las seis y las campanas escondidas en las sombras de las torres sonaron todas juntas, al vuelo en varios tonos, como una bandada de palomas asustadas.

En una callecita en pendiente, tan bella como todas, después de una curva bien cerrada, una placa de mármol azulada te indica la casa donde el ídolo máximo bahiano, Jorge Amado, vivió y murió. Sus obras son bellas y crudas como pocas y de todas, los extranjeros, y me incluyo, recordamos *Doña Flor...* La verdad no me salía el nombre del primer marido de esa novela, ese hombre amante de la vida hasta el hartazgo, ese bohemio incorregible, jugador, escandaloso, embaucador, lisonjero, lleno de amigos de juergas y de lances amorosos, ese tipo irresistible para todas las mujeres, incansable amante, el hijo más perfecto de Bahía. El amor eterno de Doña Flor. No pude recordar su nombre, pero ya lo haría.

Y bajaban los soles lentamente, como todas las tardes en Bahía, y unas luces se prendieron de repente. En el pasillo oscuro que hincaba bien profundo una casona pintada como pocas, se encendieron tres bombillas en hilera, sugiriendo iluminar más que alumbrar, y un cartel de madera con letras blancas resultaba irresistible: *Cerveja fría*. Caminé lentamente en ese túnel. Desembocaba en un salón muy amplio repleto de música bahiana y mesones pintados con colores estridentes. Un solo olor predominaba: cerveza helada. Los ventanales gigantescos y abiertos del local llevaban de la mano al balcón con mesitas redondas de hierro y tres sillas cada una. Las barandas estaban trabajadas con réplicas de flores y unas ensortijadas enredaderas servían de techo, como nuestras parras, pero mucho más frondosas y perfumadas. La vista desde allí era ofensivamente bella, los tejados, algunas calles, el mar al fondo y todos los sonidos de una fiesta, pues esta ciudad es una fiesta permanente. Me senté y me dije a mí mismo que no sólo hay truchas en el mundo, también hay peces de aguas caldas, y la verdad no está tan mal, nada mal.

A la muchacha que vino le pedí una cerveza grande bien helada. La trajo enfundada en un estuche de telgopor para que no se calentara. Ingenioso, pensé, así deberían conservarse algunos sentimientos en la vida, sólo que se necesitarían fundas enormes y por millones. Si pudiese conseguir convencer a inversores y vender la idea por la tele: *Llame ya, una funda para el amor de veinte años y otra para el amor de veinticinco años, con un manual de uso y limpieza por sólo..., y si llama ahora le regalamos una funda especial para el amor de más de treinta años, con soportes de acero inoxidable importado, que lo mantendrá incólume para siempre, si Dios quiere.* Bueno, en estos pensamientos andaba cuando miré distraído a la barra, allá, en las penumbras interiores de ese mágico bar y quedé helado, tanto o más que mi cerveza.

Tomé mi vaso, me levanté despacio y avancé como un león mirando fijo, sin siquiera pestañear, sin hacer ruido, midiendo cada paso. Me puse contra el viento para que no llegara mi olor hasta mi presa y una enorme melena imaginaria me creció de pronto junto con colmillos imposibles. Era ella frotando con un trapo la barra de metal, moviendo todo el cuerpo para mí. La mujer de todas mis noches estos años, mi fantasía, mi duda existencial, la diosa del camión de mis angustias, el punto atrás inexistente en una frase, la mujer sin otro nombre más que *flaca*. ¡Qué mujer! Bendito sea.

Claro que el tiempo había pasado para ambos, claro que sí. Treinta y tres años no son pocos y menos si uno los cuenta uno por uno, pero yo no estaba allí para contar y pegué el salto. Vestida de negro brevemente, sin sostén y con calzas confundidas con su piel, sólo por sus ojos verdes uno sabía que no era una hembra de jaguar agazapada. Cuando estaba en el aire, en cámara lenta, con la enorme boca abierta, sonó el disparo:

—Hola gringo lindo.

Y que choquen astros y planetas, que se derrita el universo, que exploten los volcanes todos juntos, se me subió toda la sangre a la cabeza, me enamoré, listo, no me estorben, yo no existo, que alguien avise al sindicato, que me borren de la guía, renuncio al documento nacional de Identidad, no voto nunca más, ya está, y encima me cambié la ideología, ahora soy de ella y ella es mía.

Y salimos de la mano de aquel sitio, riendo, correteando como niños. Parecíamos una propaganda de perfumes importados de París en color sepia. Volvimos a tener los veintisiete que dejamos en el monte, escapamos de las redes como peces de colores en la barrera de coral, nos encontramos uno al otro sin conocernos, hicimos realidad la fantasía. Le confesé que recordaba cómo olía, las gotas de agua resbalando en su mentón hasta su pecho, sus ojos tan fieros como ahora, su pelo atado con un hilo desteñido, su voz con miedo. Ella me dijo que nunca pudo olvidar el olor a gasoil que yo exudaba, ni mi sonrisa (yo no me acordaba haber reído), ni el color de las cadenas que sostenía y otras cosas más que resulta imprudente comentar. No nos preguntamos nada más. No importaba. Los dos sabíamos que el momento era fugaz, que era un escape momentáneo, que el tiempo volvería con sus redes nuevas desplegadas y decidimos nadar juntos mar adentro, hasta el final.

Posdata: Este único medio comunicar. Stop. Huracanes y trombas marinas en Bahía. Stop. Y tornados. Stop. Teléfonos y celulares caídos. Stop. Imposible volver en cinco días. Stop. Quizás doce. Stop. Mejor veinte. Stop. Aburrido leyendo todo el día a Jorge Amado. Stop. Besos a todos. Stop. *Badinho*.

MOSQUITO REY

Soy el penúltimo del fondo, el del pelo teñido de cobrizo, las uñas barnizadas por una manicura de la obra social que me conoce de hace años, con la traba de corbata que cumple treinta años este febrero, el de anteojos con marco dorado “egipcio” que no es igual al resto de dorados, no, no, no, este es algo platinado, y con una cadenita violácea lo sostengo de mi cuello, la envidia total del pequeño rincón enmarcado en paredes grises y mostradores marmolados, que está, como ya saben, en el segundo subsuelo del Banco Nacional, dos pasillos a la izquierda y uno a la derecha, Sector Valores, el más iluminado por los tubos fluorescentes, imposible perderse si van a visitarme. Allí somos todos iguales, como clones, vemos el sol por folletos de colores o cuando vemos documentales en la tele, por la noche.

—*No me gusta! No me gusta que me describan de ese modo. Puede ser que sea un poco así, pero no me agrada parecer un vampiro a tus lectores. Lo único que falta es que duerma en el techo, boca abajo y con las alitas enrolladas. Dejate de joder, mirá para otro lado, escribí de las flores, del aire, de los trollos, que se yo, escribí de cualquier cosa pero si vas a escribir de mi persona que sea con más gracia, más poesía. Llévame a lugares bien, bien raros. Si yo se que podés. Hacelo hermano.*

—*Se hará lo que se pueda.*

—*Y con eso me basta. Dale, seguí, a ver a donde vamos...*

Y la puerta gigantesca del Tesoro se cierra automáticamente cada noche en el segundo más preciso que imagines y no quieras estar adentro, distraído, en ese instante porque por más que implores y protestes, te encierra con cerrojos, pasadores y cadenas de una forma tan hermética que se hace vacío en el interior, igual que en el espacio y hay quien dice que flotan los billetes y valores en el aire y al azar. Aun así; así y todo, un mosquito cualquiera juguetea cada noche a entrar y salir por esa puerta gigante en movimiento atezante y si lo hace, si logra escapar a la explosión sin gloria alguna de su cuerpo, es el rey de los mosquitos, el amo y señor de las mosquitas, por una noche.

—*Viste. Vamos mejor. Vos sos hijo del rigor.*

—*Callate que me desconcentro.*

Enero en Buenos Aires en la calle Reconquista. Dicen que el clima se está convirtiendo en subtropical. Están locos. Esto es igual a Yemen del Norte, se los digo yo que lo he visto en un documental el otro día, las placas se están moviendo y nos trasladan con ellas hacia Yemen. Sí señor. Y donde antes estaba Buenos Aires pronto estará la Base Marambio de la Antártida. Y yo creo que es todo por culpa de los chinos, porque son tantos, pero tantos, que el peso de sus cuerpos hace desbalancear el planeta, lo hace girar en forma excéntrica. Eso mueve las placas a su antojo y por eso nos vamos hacia Yemen y se forman tantos tsunamis y explotan los volcanes. Por los chinos.

Eso. Lo que más me embola de los chinos es que están recalentando el planisferio.

Pensando en estas cosas llegué al bar americano “La longaniza de Asturias”, a media cuadra de todos lados en mi mundo y le pedí al gallego el diario menos manoseado y lo de siempre: dos huevos duros y el plato del día sin pimentón y poca sal. Saludé con monosílabos a todos los parroquianos conocidos que se iban sumando y me sumergí en las noticias del día. Todo igual que ayer y que anteayer, peleas y frases conocidas, nada nuevo, página por página. Llegaron los huevos. Lo bueno de los huevos es que uno puede pelarlos sin dejar de leer el diario, sólo hace falta un brevísimo instante para ponerles sal. Eso es lo bueno de los huevos, por lo demás, son siempre iguales. Treinta años de comer los mismos huevos, por eso me dí la biaba en la pelambre, para cambiar un poco. Ser distinto.

Y entonces lo vi, era él, sonriendo y bronceado en una propaganda en colores de no sé donde. El huevo se me atragantó y me salvó el gallego con un vaso de agua. ¡Pero qué pedazo de turro!, miralo vos, es Alberto. ¿Y esa mina?, qué morocha, qué flaca infartante, madre mía. No cambió nada el guacho este desde la Escuela Nicasio Oroño.

¿Dónde mierda dice que está?, a ver... Bahía de San Salvador, Brasil. Cuatro días y cinco noches, cabañas en *Lagoa dos desejos, el precio lo arreglamos acá, ven con lo puesto, que es bastante.* Ahhh... yo me voy a la mierda. No te puedo creer. Pero cómo hizo para vivir así, es imposible. Es un sueño. Yo me voy sin decirle nada, me aparezco y le doy la sorpresa de su vida. ¡Soy Leandro, Leandro del Oroño, guacho turro!, así le voy a gritar desde la playa, porque acá dice que sólo desde la playa se accede a las cabañas. Ahora en el subte, cuando vuelva a casa, voy a pensar qué me hace falta. Voy a planear todo hasta el más mínimo detalle. Hasta el patito amarillo salvavidas me voy a llevar. Alberto... que alegrón te voy a dar. Yo me quedo a vivir allá, con vos y con las minas y iminga! al Banco Nacional, Sección Valores.

—¿Viste. Viste?, si te esforzás sos como un fórmula uno.

—¿Pero adónde querés ir vos?

—No, yo no, vos me llevás a Bahía. Yo te dejé boludear con el mosquito en el Tesoro y todo eso, ahora que me diste el dulce no me jodas. Vos me llevás con el minón ese que aparece en la propaganda.

—No estás preparado, no estás en forma. Alberto es camionero...

—Vos seguí, que yo me ocupó.

Cuando salí del Banco, ¡bah!, cuando repté por sus túneles hasta la superficie para ser más precisos, tomé la Avenida Corrientes hasta una librería que conozco especializada en textos raros, psicológicos, de auto ayuda, de yoga y todo eso. Busqué y rebusqué los libros viejos con olor a papel poroso y tinta seca y estornudé por el polvillo y de ansiedad. Acá está. Ya te tengo, me costó encontrarte pero sos la llave de mi viaje, mi tesoro. —¿Se lo envuelvo? Lo llevé así nomás para ir leyendo en la otra cueva igual de iluminada que la mía, la del subte. Me arrinconé y me puse el libro a dos centímetros de los anteojos “egipcios” porque el libro guacho estaba lleno de ilustraciones y me daba un poco de vergüenza. La señora que estaba pegada me miraba de reojo sorprendida y hacía gestos negativos. Era bárbaro el libro. Traté de tapar las letras del título en mayúscula pero resultaba imposible. “Las diez posiciones del amor de la Doctora Rottenberg”. Más alcahueta no podía ser la portada. ¡Pero qué maravilla ché! Son de goma estos tipos de las fotos, esto es un truco, no me jodan, es imposible. Pero mirá, acá dice que este libro te garantiza el éxito total en cualquier parte del planeta. Con esto y el patito seré el rey de los mosquitos.

—Leandro, la comida está en un tapper, yo estoy con la novela a full que hoy dan dos capítulos. Si te vas a dormir acordate las pastillas y dormite de costado, así no roncás tanto.

Qué mujer razonablemente amable era hace treinta años. Nos conocimos haciendo la cola en la DGI y empezamos a calcular la buena vida con dos sueldos estatales. No fue un matrimonio, fue un contrato, un arreglo de por vida. La palabra amor jamás figuró en el repertorio.

Tomé el libro y me fui al baño. Abrí la ducha pero no me metí en la bañadera, me quedé en calzoncillos estudiando la posición número uno. El tobillo derecho a la altura del ombligo, jodido, empezamos mal, a la altura de la rodilla izquierda se soltó la pierna derecha como un látigo y pegó contra la puerta.

—¡Leandro, están golpeando la puerta, atendé!

Intenté de nuevo y con dolor, mucho dolor, pude llevar el tobillo hasta el ombligo. Transpiraba. Ahora pasamos el brazo izquierdo por debajo de la rodilla derecha y con la mano hacemos señas de “Ven aquí...”. Fenómeno. ¿Qué más? El brazo derecho lo llevamos por delante del pecho, rodeamos el hombro y tocamos la espalda mientras continuamos haciendo señas con la mano izquierda (no olvidar). Me convertí en un nudo humano y ahora las gotas eran cobrizas. ¡Me estaba destiñendo!, me distraje un segundo y saltaron piernas y manos en el baño, el espejo, la mochila del inodoro y la puerta otra vez fueron atacadas por el hombre resorte en que me había convertido.

—¡Leandro, qué carajo hacés!

—Estoy cambiando un foquito con la doctora Rottenberg. Ya terminé.

—¿Qué cosa?

—¡Que ya está!

Y pasé a la posición número dos. Esta vez se aflojó el lavatorio de un codazo y otra vez los gritos de mi mujer. En la número tres se me rasgaron los calzoncillos. Pero yo seguí y seguí hasta la número diez donde molestaba un poco el tobillo izquierdo en la nuca y apenas se veían los deditos haciendo “ven aquí...”. Tanto putear contra los chinos y ahora parecía uno de ellos, pero contorsionista. Yo la rompo en Bahía.

—Vos, cuando querés, sos un fenómeno. Dale, dale, llevame al aeropuerto.

—Te falta la valija y la carta.

—Cierto ché. Escribí nomás.

Una valija sería más que suficiente, allá hace calor. La tintura del pelo no la llevo, me voy a rapar y listo. Los anteojos sí porque sí no, no veo un carajo. La cadenita violeta no porque enseguida sabrán que soy bancario. Las pastillas de la presión, las gotitas de los ojos, la pomada hemorroidal, el enjuague bucal, hilo

dental, hisopos para las orejas, alicate, lima de uñas, no, mejor no llevo lima que es medio maricón. La camisa marrón con paramacios, la gorrita verde del Club de Bochas Los Amigos, el pantalón rojo con el que gané el primer premio “Dancing Velez” con los Bee Gees, zoquetes, zapatos negros por si hay que salir de noche, el jogging completo de Boquita, tres camisetas de los Simpson, dos slip, los más chiquitos, las patas de rana, el patito, crema Sapolán, anteojos negros con marco de metal plateado (ahora se usan otra vez), el anillo de casado lo escondo en cualquier lado y el otro anillo, una imitación del que tenía Menem con una piedra negra, no lo llevo a ver si me lo chorean. Bueno listo. Las diez posiciones me las sé bien de memoria, ya saqué guita del cajero y averigüé que mañana a las ocho sale un vuelo directo hasta Bahía. Así que duermo un par de horas y me voy sin hacer ruido. Me escapé de la puerta del Tesoro. Chau. Abur. Hasta la vista baby.

Me desperté a las tres de la mañana y me deslicé de la cama despacito, advertí que mi mujer ni se enteró. Me vestí en silencio, como un gato, llevé la valija que tenía escondida en el secarropas hasta la puerta, pensé otra vez si me faltaba algo, no, estaba todo bien.

—Bueno, ya estoy listo, llevame al aeoropuerto.

—Falta la carta.

Cierto. No es de caballeros tomarse el buque así nomás sin ninguna explicación. Aunque sea una mentira, algo, algo hay que decir. Después de todo son treinta años, aunque sean de amistad, son treinta años. Así que tomé un papelito de colores, de esos cuadraditos y escribí: “Encantado conocerte. Chau. Leandro” y despacito, en puntas de pie me llegué hasta la cama matrimonio para dejar la cartita arriba del cuerpo totalmente cubierto de mi esposa. Me llamó la atención que no se moviera y pensé por un instante lo peor. Me acerqué más y ví que en su lugar había una almohada de dos plazas tapada hasta la oreja, destapé y me encontré con un sobre tamaño oficio con un título: “Leandro”: “Querido Leandro: recordarás a tu amigo Alberto, el camionero, el que me presentaste en el Partido Boca-River del año '94, bueno, lo vi en una propaganda en el diario y me contacté con él. Me encantó su propuesta de cambio de vida así que me voy para Bahía de San Salvador. Me quedaré a vivir allá. No te preocupes por nada porque he aprendido fantásticamente la danza del caño, así que dinero no me va a faltar. Te dejé dos salchichas y puré en la heladera. Calentalos. Un beso y hasta siempre”.

MARIPOSA

Crisálida, la mujer crisálida, durmió en su canastilla tantos años que hasta el tiempo la olvidó. Nadie notó el cambio pues nadie podía verla, pero Crisálida comenzó a pensar. A pensar en sí misma. A quererse.

Así, de a poco y apretada, amordazada como un amor inconfesable, fue limpiando lentamente su rostro de impurezas, humedad de tantas lluvias, el polvillo de los vientos, su tristeza.

Luego el cuerpo sin belleza fue alisado poco a poco por sus patas. Reemplazó sus provisiones de alimentos por ideas, sueños, por bellos pensamientos. Sus ojazos se tornaron más intensos y optó por cantar para sí misma para vencer la claustrofobia aparecida.

Crisálida luchó por su belleza y ya no pensó más en el tiempo vivido sin sentido. Tironeó hasta arrancar su abdomen tan grotesco y las patitas las dejó, no sin dolor, enganchadas en el mismo clavo de los calendarios transcurridos. Desgarró con gimnasia muy violenta su piel oscura, su cárcel envoltoria, y atacó a dentelladas la otra prisión, la más robusta, la verdadera puerta hacia su vida.

Emergió Crisálida temblando, sin aliento, casi sin cuerpo, dejando tras de sí a ella misma deformada. Advirtió encantada las alas enormes extendiéndose y la fuerza del viento sobre ellas. La besó el sol con dos destellos, tomó aire como un recién nacido, olvidó en un instante todo su pasado y se lanzó a volar por sobre el valle con otras como ella, las triunfantes. Bellas todas.

Bien por ella. Bien por ella.

DE LETRA SOMOS

Estaba haciendo tiempo en esa mesa breve entre la media hora pasada y la otra por venir, revolviendo segundos con café, mezclando azúcar con un poco de vida, tamborileando los dedos, pensando en nada, que, francamente, es mi manera normal de pensar. Sí, así estaba, pasando totalmente inadvertido al universo. Casi diría, inexistente. Aburrido, le pedí al parroquiano sentado en la mesa del costado derecho la revista que dejaba en la mesa, pues ya se iba. Un verdadero amasijo de papeles marrones pegados aquí y allá con la jalea que recubre las medialunas. Despegué tres páginas rompiendo un poco los bordes y en la última un artículo, firmado por no recuerdo quién, comenzó a llamar mi atención, que funciona como una cobra a quien el hindú le abre la tapa de la canastilla y lentamente, como bailando, trepa y trepa hasta mostrarse amenazadora y mortal. Decía así: “Hace unos meses dos biólogos dieron un paso importantísimo para redefinir por siempre a la literatura y casi nadie se enteró. Desde la asepsia espartana de su laboratorio en Boston, más precisamente en la Universidad de Harvard, los investigadores George Church y Sririam Kosuki se rieron de lo imposible: lograron almacenar un libro completo en una molécula de ADN humana, codificación mediante. Como quien hace presión y consigue introducir en un hueco de su hacinada biblioteca una novela después de leerla, ellos insertaron 53.500 palabras y 11 imágenes en la oscuridad de un espacio ridículamente pequeño y compacto, allí donde descansa el secreto de la vida, donde mora en silencio la información genética necesaria para construir un organismo humano”.

“El libro en cuestión: *REGÉNESIS: CÓMO LA BILOGÍA SINTÉTICA VA A REINVENTAR A LA NATURALEZA Y A NOSOTROS MISMOS*. Este texto abrió caminos inesperados pues antes de lo que pensamos nuestros cuerpos podrían convertirse en bibliotecas perfectas y nuestras células serían sus estantes. Tal vez el libro de papel muera y también los e-books, pero las ficciones que nos hipnotizan vivirán en nosotros. Nos habremos transformado entonces en libros con piernas. La literatura, al fin triunfante, se habrá hecho carne”. Fin de la cita.

De pronto el universo empezó a interesarme un poco más. Releí la nota que seguía con la posibilidad de acesión a los Premios Nobel de estos dos sujetos y la réplica de la misma experiencia en Europa (con los mismos métodos científicos, ocultos y arcanos) incorporando en una molécula de ADN todos los sonetos de Shakespeare y en otra la célebre pieza oratoria “Yo tengo un sueño” de Martin Luther King. Asombroso.

No sé por qué pensé inmediatamente en Spock, aquel personaje extraterrestre que acompañaba al capitán Kirk en el viaje interminable a las estrellas y que era consultado en forma permanente por los miembros del puente de mando de la nave “Enterprise”, pues sabía con exactitud todo, absolutamente todos los aspectos científicos de la expedición, matemática, física, química, cálculos complejísimo de distancias estelares, de órbitas y masas, de radiaciones y cuántas cosas más, y que sin embargo no podía entender los procesos de relaciones humanas simples, como el amor o el humor. Buen tipo Spock. Me encantaban sus orejas puntiagudas.

La cobra que habita en mí, ávida de misterios, ya estaba totalmente erguida y el viejo molino de ideas que mora en mi cerebro chasqueó fuerte, desparramando trozos de herrumbre entre tanto engranaje, y funcionó como siempre lo hace cuando los vientos de la fantasía son casi vendavales rotando sus aspas. O sea, un pasito más acá de la locura.

Y así estaba, pensando en estas cosas tan importantes, cuando una señora de edad incierta con enormes cantidades de maquillaje en su rostro, me pidió permiso para compartir mi mesa. Quiero dejar aclarado que esto sólo me pasa en mis relatos, que nunca sé si son reales o ficticios, gracias a Dios. Bueno, creo que fue Zorba “el griego” quien dijo que nunca se le dice no a una dama y ésta era idéntica a “Bubulina”, uno de sus tantos amores. Así que se acomodó, dejó en la silla de al lado su abrigo de terciopelo verde con botones rojos y su sombrero de plumas de aves exóticas, algo impropio para un ambiente como el de San Martín de los Andes, mi hermoso pueblo, y me espetó:

—Vi lo que usted leía. De hecho estoy hace diez horas tomando té, tres mesas más allá, esperando que alguien lea ese artículo con detenimiento e interés. Sólo usted lo ha hecho y convengamos que es de una trascendencia monumental. Al común de la gente le interesa más algún poema inextricable de Paul Auster, o un cuento-relato de Forn, o alguna crítica literaria inundada de retruécanos y lugares comunes. He visto cómo pasaban de largo esas importantes páginas pegadas de melaza alegremente, sin advertir lo que está ocurriendo en realidad.

—Perdón, ¿qué está ocurriendo?

—El cambio. Verá, hay algo que no dice el artículo y es que ese experimento sólo se hace con mujeres. Con el ADN femenino, más precisamente, pues descubrieron que las moléculas de las damas son muchísimo más fuertes y resistentes que las masculinas, que son flojitas y sensibleras. Así, muchas de nosotras hemos sido inoculadas con dosis masivas de literatura de todo tipo y nos han desparramado por el mundo a modo de experimento, para ver cómo interactuamos con los demás seres humanos normales.

—Pero qué interesante, aunque francamente sus conceptos me ofenden un poquito. Ya que está, ¿puede refrescarme el Martín Fierro?

—Cómo no. Aquí va.

Dijo todo sin parar en unos tres minutos más o menos. Capté bastante bien “Aquí me pongo a cantar”, pero después fue imposible por la velocidad de las palabras que salían de su boca.

—Asombroso, —le dije—. La felicito. No le voy a pedir Borges, ni Sábato, ni Mujica Láinez, ni Bioy Casares, porque descuento que los sabe de memoria, perdón, de molécula.

—Es lo básico.

—Bárbaro. Y textos en otros idiomas, ¿también sabe?

—Todos. Absolutamente todos. Lenguas vivas y muertas, brahmánicas, griegas, semíticas, latinas, orientales, incásicas, mayas, aztecas, egipcias, celtas, germánicas, lo que a usted se le ocurra, ¿quiere escuchar algo en particular?

—Sí, por supuesto, me encantaría escuchar aquellos hermosos tres tomos de la *Historia de Las Cruzadas* de Harold Lamb, más precisamente el inicio del tercer capítulo del segundo tomo: aquel encuentro entre esos dos guerreros enormes que fueron Saladino por el lado musulmán y Ricardo Corazón de León, cruzado cristiano, en las escaramuzas previas a la gigantesca batalla por la ciudad de Acre. (Con esto la agarré, pensé, seguro que esta molécula se la llevó a marzo, o mejor, previa.)

—A sus órdenes, caballero, —dijo la dama con una sonrisa picarona—. Capítulo Tercero. El Encuentro. Al-Nasir Salah ad-Din Yusuf ibn Ayyub era el nombre completo del famoso Saladino, rey de reyes, señor de todas las batallas, hijo del rey Ayyub, nacido en Tikrit, siervo de Alá y seguidor de las enseñanzas de Mahoma, su profeta... Ricardo bajó de su nave roja vestido para el combate pero aún convaleciente por las fiebres que prevalecieron sobre él en el océano, y viendo Saladino que su adversario no montaba corcel con que guerrear, mandó a tres palafreneros con una docena de hermosos caballos de su propiedad, sillas de montar y arneses, para que la dignidad de su oponente no se viera ensombrecida por la adversa pobreza de recursos. Montó Ricardo un semental oscuro y saludó, espada en alto, aún en las arenas de la playa, a Salahad-Din que lo miraba sonriente desde la cima de la duna mayor, como deseándole suerte. Con Acre al frente... Y así, de este modo, concluye el capítulo que usted me pidió.

—Bueno, me deja perplejo, sin palabras, (de hecho son todas suyas). La felicito de todo corazón.

—Gracias. ¿Pero qué puede decirme de la interacción? ¿Acaso no le dan ganas de invitarme a tomar un café, a indagar sobre mi vida privada, sobre mis gustos? ¿Esa admiración por mis capacidades no le crea algo parecido al amor, no le seducen mis moléculas repletas de letras, no se mueve confundida la aguja del amperímetro de su libido ante esta demostración abecedaria?

Me quedé mudo. La cobra erguida empequeñeció de pronto hasta casi convertirse en lombriz y se metió solita en el cesto. El molino de viento se me trabó de pronto. La verdad, nunca había sido abordado por un androide literario. Las damas son todas hermosas, pero ésta tenía los pómulos muy hinchados porque las moléculas románticas y de literatura escandalosa se le agruparon en esa zona de la cara donde reina el rubor femenino. También noté que sus pantorrillas y tobillos estaban a punto de explotar, seguramente por el peso específico de la Enciclopedia Británica. Otros detalles anatómicos me los reservo por respeto, aunque debo mencionar que asomaban aquí y allá por debajo de su piel las curvaturas de las letras “m” y “o”, salientes de la “e” y de la “t” y salpicaduras externas, como pecas, de los puntos de la “i”. Un encanto.

—Señora, usted me conmueve, pero habrá notado que hasta su llegada estaba absorto en la más absoluta nada, en el vacío intelectual más improductivo, en el aburrimiento que precede en mí (pues me conozco desde hace años) al salto intelectual, al giro existencial que seguramente me ocupará por varios días de escritura. No quisiera ser descortés pero quisiera volver a ese estado, si no le molesta.

—Bien, lo entiendo. Me iré con mis moléculas a otra parte. De hecho me iré dentro suyo, a su interior, pues no soy más que un producto de su imaginación. Ha sido un gusto, pero le diré que el terciopelo, los enormes botones y las plumas de mi sombrero son ho-rrri-bles, y del maquillaje hablaremos en otro momento, preferiblemente con su psicólogo. Hasta pronto.

Y desapareció. Se esfumó como el tiempo que pasa mezclado con café.

Pude enfocar al rato, y con gran esfuerzo, al mozo que casi gritaba:

—¡Don Alberto, qué distraídos andamos hoy! Hace diez minutos que lo estoy zamarreando... ¿le traigo más café y otra revista literaria? Entre nosotros, viejo pícaro (guiño un ojo), ¿quién era la dama de las plumas?

PUENTE DE COLORES

Palistrambos, triscamucas, pismintelas, masacinos y fartopios son las flores que me dibujó la niñita Delfina con sus crayones. Me indicó claramente cuál era cada una, todas muy distintas, y el olor que se percibía acercando la nariz a cada especie, y no se equivocaba con los nombres ni con las pronunciaciones de las “r”. Las “s” finales sonaban absolutamente puras por entre sus dientes de leche. Reconozco que el olor de las pismintelas era extraordinario, un olor rojo intenso, y que la flor más bella era una de las tantas triscamucas pintada con aromas de color violeta. Y juntó de la montaña que está adherida a la cabaña en que vivimos, hojitas, palitos y piedritas, que pegó prolijamente repartidas entre esas flores de colorida fragancia.

—Es para vos, abuelo. ¿Te gusta?

—Me encanta, bellísima, me encanta. Pero ahora andá con tu mamá que estoy leyendo.

—¿Me contás lo que leés abuelo?

—Es algo un poco triste, y además no entenderías.

—¿Me leés?, dale abu.

Ahora que lo pienso, creo que comencé a leerle para que se aburriera y se fuera a la cocina a tomar la leche: *Plaza Almagro, escrito por Washington Cucurto. Esos niños que ven ahí, son mis hijos/ es el destino de todo hombre que se vayan/ la vida no es joda, te saca todo/ personas dispuestas a escharbar el asfalto con las uñas/ lo peor es ser urbano/ hoy no moriré, me moriré mañana...*, y así seguí hasta terminar, mirando de reojo al diablito cada tanto para ver si se aburría. Pero no. Se mantuvo en silencio hasta el final y observé que poco a poco sus brazos bajaron el dibujo perfumado, los crayones y los tesoros sobrantes que juntó en el jardín, montaña arriba. Depositó todo con bestial dulzura en la mesita, arriba de las cosas que leo y escribo (icuidado niña!) y me encaró.

—Es triste.

—Yo te avisé.

—Yo quiero ayudarlos a esos niños y a ese papá.

—Delfina. Delfinita. Es un cuento, estas personas están metidas en una hoja de papel, como tus palus...

—Palistrambos.

—Eso. Como tus flores. No pueden salir de allí. Están como pegadas.

—Sí. Pero son tristes y yo no quiero que estén tristes, así que los iré a buscar y jugarán conmigo en mi montaña y tiraremos piedritas al arroyo y correremos con los perros y los voy a pintar con mis colores.

En el diario *La mañana de Neuquén* del pasado domingo se describía a cuatro páginas el increíble acontecimiento del Lago Lolog (fotografías incluídas). El punto final de un intenso arco iris se apoyaba en Playa Bonita, el resto del efecto lumínico se perdía hacia el Este, con rumbo incierto y desde allá, quién sabe desde dónde, de qué plazas o ciudades de seres humanos cementados, llegaban resbalando sobre él, bulliciosos, riendo a carcajadas, centenares y miles de niños liderados por una niñita muy pequeña, casi inexistente, con sus manitas repletas de crayones.

CUALQUIERA SE EQUIVOCA

Como ustedes saben soy uno de los delegados de mi provincia en el Sindicato Nacional de Camioneros y encargado de tocar el bombo, uno entre cientos de ellos, con una pequeña manguera de goma rellena con eslabones de cadena de acero para hacer vibrar sonoramente el parche. Y los cráneos, de ser necesario. Es decir, un ejemplo clásico de la bifuncionalidad de los objetos domésticos.

La marcha estaba programada para las diez de la mañana y las columnas principales de manifestantes serían tres: Paseo Colón, Diagonal Norte y Diagonal Sur, para coincidir en Plaza de Mayo alrededor del medio día y reafirmar nuestra solidaridad con los compañeros despedidos en Sudáfrica, más precisamente de las minas diamantíferas de Johannesburgo, por ese invento absurdo de la patronal por la desaparición de gemas, luego encontradas en los termos de café de los compañeros camioneros. Una verdadera injusticia. Ya no saben qué inventar los dueños del capital. Por eso convocamos a una magnífica marcha reivindicatoria levantando las banderas del libre tránsito sin inspecciones de ningún tipo en los camiones de las minas de diamantes. Si los muchachos sudafricanos luego querían hacer alguna donación a nuestro sindicato no sería rechazada. Se aceptaban gemas.

Pero la ciudad está llena de reclamos y justo ese día, frente al Consulado de Sri Lanka que está en pleno centro de Buenos Aires, un grupo de unos once ciudadanos tamiles, ricamente ataviados con prendas refulgentes de vivísimos colores, con sahumeros encendidos y haciendo sonar pequeños platillos dorados atrapados entre los dedos pulgar y anular de cada mano, entonaban cánticos en su idioma drávido con tono suave y delicado. Portaban un par de carteles en alfabeto brahmí, absolutamente indescifrable, aun para ellos, reclamando el uso intensivo de pasta dental en su país para el mejoramiento del diálogo entre los ciudadanos, totalmente cortado desde hace décadas por el deterioro bucal. Eran odontólogos tamiles y estaban realizando manifestaciones en todas partes del mundo en este sentido. Compensaban su escaso número con la atracción de sus atuendos brillantes, turbantes rematados con plumas de aves exóticas, botas blancas muy delicadas terminadas en punta hacia arriba, un punto rojo fosforescente en medio de su frente y regalando a los paseantes pequeños almanaques con ilustraciones del kama-sutra definitivamente atrevidas. Esto último era muy convocante. Estaban siempre sonrientes e inclinaban la cabeza en forma constante en señal de respeto y como no sabían hablar el castellano decían siempre lo mismo a la gente que les preguntaba algo: “si Sahib, si Sahib”.

El Consulado mantenía las puertas y ventanas cerradas, como debe ser en todo diálogo fructífero entre partes. Además el personal diplomático odiaba la pasta dental.

Todo perfecto. Una mañana soleada como pocas adornaba a los once tamiles con destellos de sol bien argentino en la Diagonal Sur.

¡Pero que lindo es el color verde que engalana las banderas de mi sindicato! Era toda verde mi columna de algo más de treinta mil compañeros, las camperas, las gorras, los envases de cartón de vino blanco, las gomeras, los chistes. Tuve que gritarles a algunos desubicados que gritaban ¡queremos las gemas! por iliberen sin penas!, que no significa nada pero que por lo menos ocultaba nuestras verdaderas intenciones. Y así, plenamente motivados por esta noble y justa causa encaramos la Diagonal Sur.

Yo iba al frente con mi bombo remarcando los acentos de los tambores redoblantes que iban a mi lado. De repente se me iban un poco de ritmo los compañeros y derivaban en murga o cuartetera y yo los volvía al monocorde bum-bum sindicalista con gruesos insultos. Son duros de cabeza los muchachos, pero buenas personas.

De pronto los vimos, multicolores, algunos con anteojos, sonrientes, con aritos y plumitas y sahumeros y haciendo “ting-ting-ting” con unos platitos entre los dedos. Nos quedamos boquiabiertos en la delantera de delegados, tratando de empujar para atrás, frenar un poco la masa camionera y no llevarnos puestos a los travestis. Después de todo son seres humanos.

El Cholo, delegado de Villa Dolores me gritó, ¡Beto, son de la Side, están disfrazados para disimular, seguro que nos están filmando con cámaras escondidas en esos anteojos enormes! Lo escucharon todos al Cholo y ahí nomás tomamos contacto con los agentes encubiertos que siempre sonrientes gritaban “Si Sahib, si Sahib”. Los pusimos por delante nuestro y a los empujones los fuimos llevando para la plaza onda trofeo.

Curioso, una columna camionera que en lugar de tener una guardia pretoriana al frente lucía unos flaquitos multicolores haciendo un ruidito “ting-ting” acompañando los tambores. “Todos tenemos un gay dentro nuestro”. Seguro que eso van a decir los canas. Yo lo único que espero es que esto no esté saliendo por la tele porque el jefe nos mata.

Las vallas estaban bien puestas y soldadas en Plaza de Mayo. Esos barrotes mudos que tanto hablan

recibieron gentilmente la humanidad de los odontólogos tameses un poco aplastados por sus nuevos amigos camioneros.

—¡Acá tienen a sus espías!, les gritó el Cholo a los policías que miraban confundidos la escena desde atrás de la protección metálica. Los tameses trataban de sonreír a los policías con los anteojos descolocados y los turbantes ladeados. El comisario a cargo del operativo llamó por *handy* a alguien. Desde el segundo piso de Casa de Gobierno se abrió un costadito pequeño de una cortina blanca y alguien observó la escena.

—¡Sargento Primero López!

—¡Ordene mi Mayor!

—Avisé a la Guardia que esta gente trajo refuerzos. Para mí que son talibanes. Camioneros talibanes. Son re-jodidos estos tipos, López. Son de Al Qaeda, mejor avise a los bomberos.

—Perdón mi mayor, ¿para qué a los bomberos?

—Lopez, López, ¿no vio la película de Las Torres Gemelas?, sin bomberos no hay película López. Capaz que quieren voltear el edificio de la AFIP para que la gente no pague más impuestos. ¡Pero qué manga de turros estos beduinos! ¡Nos dejan sin guita justo ahora que entramos en planta permanente, López! Es inaceptable.

El choque de fuerzas en la Plaza de Mayo fue inevitable. De un lado las tres columnas de compañeros, terriblemente motivados por el tema de las gemas y del otro veintiséis dotaciones de bomberos con sus trajes especiales, palas, palancas y mangueras de agua pero sin agua porque usaron los picos de metal con otros fines. En el medio, aturdidos, confundidos, los odontólogos tameses, sonriendo a quien pudiera verlos con las manos juntas en forma de plegaria (a lo mejor a esa altura ya estaban rezando). Fue un amasijo humano multicolor y de cuando en cuando saltaban por entre la muchedumbre lienzos de brillantísimos colores, pares de anteojos, cascos dorados de bomberos, un bombo verde enorme arrojado hacia delante, plumas de palomas distraídas, pochoclos y una guía telefónica del Gran Buenos Aires que salió de no sé donde.

Todos presos. Los orientales también.

A nosotros nos liberaron porque agotamos los víveres del penal enseguida del hambre que nos dio el ejercicio. Los agentes de la Side quedaron enjaulados. Mejor, así aprenden a no estar espiando lo que no deben.

De Sudáfrica nos mandaron piedras preciosas... falsas. Dicen que las verdaderas se quedaron en la Aduana. Ya no se puede confiar en nadie.

Unos días después y gracias a la intervención del Colegio de Odontólogos Argentinos fueron liberados los ciudadanos de Sri Lanka y se les proporcionó ambulancias para dirigirse al aeropuerto porque estaban bastante averiados.

Fueron despedidos efusivamente por dos caballeros muy altos y blancos representantes de las pastas dentales Kolynos y Odol, tamaño familiar, y otro señor muy, pero muy bajito que dijo representar a Noc-10.

Yo creo que estos muchachos tameses algún día volverán porque se deben haber llevado el mejor recuerdo de estas tierras. Por el clima, digo.

ESPAÑA QUEDA TAN LEJOS

Cuando yo era niño, que no hace tanto, cuanto más cincuenta años, los teléfonos eran de baquelita negra con un disco al centro para marcar los números y un feo cable forrado en tela salía por detrás hasta un enchufe en la pared cubierto por una placa redonda y negra, para variar. Y es cierto, aquella época era un poco en blanco y negro. Me cuesta recordar colores excepto algunos aquí y allá, al azar. Por eso el tablero y las piezas de ajedrez frente a nosotros no desentonaban en absoluto, blancos y negros, ¿acaso existía algún otro color digno?, para nada, los autos eran blancos o negros, los zapatos, las medias, los guardapolvos, los pizarrones, el asfalto, todo. Y los grises, por supuesto, elegantísimos y como mucho algunos tonos pastel derivados del blanco y una minúscula porción, mínima digo, de algún color serio, colonial y si era monacal, mejor.

Con mi padre jugábamos la segunda partida después del almuerzo y aunque tenía doce años me defendía bastante bien, pero, debo reconocerlo, su famoso ataque con los alfiles me resultaba devastador, diagonales veloces que causaban estragos pues esas piezas salían como de la nada, agazapadas, silenciosas en el fondo del tablero pero letales como el corte de una espada samurai. Y allá estaba yo, tratando de salvar una torre moribunda, cuando sonó el teléfono estrepitosamente (¡pero que campanilla molesta tenían esos aparatos!) y fui a atenderlo.

—Es para vos papá. Miguel, de larga distancia.

Papi se levantó cansino, despacio, y apagó su cigarrillo. Me dio la sensación que todo el calor del mes de enero en Buenos Aires vino tras él en esos pocos metros recorridos hasta llegar al aparato.

—Hola.

Los gritos que se escuchaban desde el auricular, aun a dos metros de distancia, hablaban a las claras de un profundo malestar por parte de Miguel. Gritaba como un loco.

Todo había comenzado un mes antes.

Miguel era primo hermano de mi padre. Un pariente jodido que, unos años atrás, cuando yo tenía seis, le había jugado una mala pasada a mi viejo, un engaño de tipo digamos, dinerario, que los distanció por otros seis años hasta que el tío de ambos, un hombre aplomado, prestigioso y guardián del honor de toda la familia, tocó el timbre de casa. Mi padre lo hizo pasar a la sala y yo escuché todo desde la cocina.

—Mirá sobrino, tu primo está en la mala y hay que actuar rápidamente. Necesito que me des una mano. Yo sé que ustedes tuvieron una diferencia y que no se hablan hace seis años pero, y esto es lo importante, tiene nuestro mismo apellido y no podemos permitir que vaya preso. Ya te habrás enterado por la radio el despelote que hay con toda esa gente agolpada en las puertas de la inmobiliaria. Están furiosos y los abogados de algunos de ellos ya iniciaron acciones penales. La Policía Federal (lo sé por un comisario amigo) tiene orden de apresarlos no bien lo encuentren. Sí, ya sé lo que vas a decirme, que se embrome por estafador, pero es tan hijo de un hermano mío como vos y tengo que salvarlo.

—Bueno, tío, contá conmigo. ¿Qué hay que hacer?

—Hay que sacarlo del país. Acá lo van a linchar en la cárcel si va preso y eso si llega hasta el penal porque hay policías damnificados también. Hay que exportarlo hoy mismo. A Miguel lo tengo escondido en la quinta, lo traigo aquí a tu casa, lo disfrazamos y lo llevamos a Ezeiza para que tome el vuelo de la noche a Madrid. Un amigo me dio un pasaporte de una hermana fallecida que usaba anteojos, lo hacemos pasar y una vez que está en el avión todo termina. Lo haremos por la familia sobrino. Por el honor. Sería un escándalo que lo atraparan. El moco que se mandó es gigantesco.

—Me parece bien. Traelo.

Aquella tarde trajeron a Miguel. Entró al departamento desconfiado, como si fuera una trampa. Al ver a mi viejo le abrazó fuerte y sinceramente. No esperaba tanta generosidad, tanto desprendimiento, tanta piedad. Al fin y al cabo, la familia es la familia, debe haber pensado Miguel.

Se vé que estaba muy nervioso porque tomó un whisky y enseguida otro más. Estaba transpirado y feo. Bueno, no era un Adonis precisamente, petisito, calvo, ojos saltones detrás de los enormes anteojos y sonrisa falsa. Un clásico delincuentón, como quien dice. Ya tenían todo preparado. No tenían mucho tiempo. Entre mi viejo y su tío lo empezaron a vestir de mujer. Zapatos de tacones bajos de una tía abuela, un vestido floreado amplio y cerrado hasta el cuello, medias gruesas color piel, de las que usaban las señoras mayores para esconder las várices, guantes tres cuartos de color rosa que no pegaban mucho con el vestido violeta, una cartera gastada de cuero negro y maquillaje, mucho maquillaje que le puso mi madre. Arriba, para la pelada, una peluca importada de Miami, bien espesa, alta y rubia que terminaba enseguida de las orejas, con

los pelos hacia arriba, como las senefas de un techo. Estaba precioso Miguel. Lástima esos enormes anteojos con marco de Carey, sinó parecía mi profesora de matemáticas.

—Miguel: ¿tenés plata para llevar?, preguntó el tío viejo.

—¡Uy!, me olvidaba. Primo, hacéme un favor, andá a mi casa y decile a mi mujer que te dé los dólares que tengo escondidos. Ella sabe donde están.

—Voy enseguida.

Mientras esperaban a mi padre, tío y sobrino se tomaron otra copa y ultimaron los detalles para que Miguel pasara desapercibido por Migraciones. No tenía que hablar ni mirar a los ojos a los oficiales, debía estar tranquilo, relajado, como una señora mayor lo estaría. Una vez sentado en el avión se quedaría quietito hasta que estuviera en vuelo, luego iría al baño a maquillarse de nuevo y quitarse el olor de las axilas con bicarbonato. También acomodaría la peluca. Nada de alcohol. No debía dormir ni un minuto durante las veintiséis horas de vuelo. Atento, siempre atento a todo.

—Y usás el baño de damas, no te olvides. Cuando llegues a Madrid, pasás de la misma forma. No mires para nada la ventanilla de Interpol porque ya estarás en sus planillas y tendrán tu foto así que calzate bien la peluca y sacate los lentes por un rato. Enseguida te mandás a la ciudad, vas a un hotelito cualquiera, te cambiás la ropa y empezás una nueva vida como puedas. Decí que sos un exiliado peronista que queda bien. En realidad sos un exiliado. Económico, digamos, pero exiliado al fin. Y allá portate bien. No andés jodiendo gente Miguelito, mirá que no te quedan países después de este.

—No, tío.

—Tené en cuenta que no vas a poder volver por mucho, mucho tiempo. Quizás nunca. Dejaste mucha gente herida sobrino. Esto no prescribe nunca más, es como la excomunió, ¿me entendés?

—Sí, tío.

Mi viejo abrió la puerta con sus llaves. Traía una caja de zapatos bajo el brazo. Se la dio a Miguel que enseguida la abrió y contó los billetes. Eran de a veinte y de a diez dólares (por eso tanta gente lo busca, pensé, si cada damnificado puso un billete no alcanza la cancha de River para juntarlos a todos).

—Me mandó diez mil.

—Sí. Dice tu mujer que te lleva los once mil restantes dentro de treinta días, cuando ella viaje, por las dudas que te agarren, viste. Si querés llamala por teléfono.

—¡No! Ni loco. A ver si la policía me detecta. Está bien así. No hay nada que hacerle, las mujeres piensan en todo. Mi mujer es bárbara, me ha acompañado en todo tío.

—Sí. Por eso mismo es mejor que ella también se vaya lo antes posible, más que tu mujer es tu cómplice Miguel, dijo el anciano.

Y allá se fueron mi padre, el tío patriarca y Miguel, taconeando torcido, acomodándose la peluca y estirándose el vestido por el corredor ya en penumbras. Subieron al Chevrolet negro mi papá y el tío, los dos en el asiento delantero y ambos con sus elegantes sombreros puestos. A Miguel lo escondieron en el enorme baúl, cerraron la tapa con llave, y arrancaron para Ezeiza. Ya se escuchaban algunas sirenas policiales por aquí y por allá.

Y Miguel pasó Aduana y Migraciones de Argentina y de España sin problemas. En esa época no había computadores ni Internet. Las cosas eran más sencillas con planillas y tildes, pero claro, el mundo estaba repleto de “Miguelitos”, era un costo que había que pagar por tanto romanticismo.

Treinta días después viajó su mujer-cómplice y lo encontró en Madrid.

—¡Reverendo turro!, ¡Hijo de mala madre! ¡Me cagaste once mil dólares!, ¡mi mujer dice que te dio toda la guita!, ¡veintiún mil te dio!, ¡yo te mato, te mato! ¿me entendiste?

—Pero Miguel, Miguelito, yo sólo me cobré lo que me debías de hace seis años, ¿te acordás?.

—¡¡¡Pero si eran tres mil trescientos dólares!!!...

—Sí, pero los intereses y el daño moral, y la multa claro, todo eso sin contar los servicios que te hice Miguelito...

—¡No me digas Miguelito!, ¡además se escucha mal!

¿Qué multa?

—La multa por ser un garca Miguel. Mirá, es larga distancia y España queda tan lejos, además hay otra gente esperando hablar, hay una sola línea con Europa. Hagamos una cosa, lo charlamos personalmente cuando vengas, ¿te parece?

—¡Pero si vos sabés que no puedo volver! ¡Guacho de mierda!

—Ese es tu problema Miguelito, no el mío.

Los insultos, los gritos desaforados, la histeria, la furia sonaron agudos por el audífono hasta que la operadora extinguió el llamado lentamente, muy escandalizada, pues estaba escuchando todo. La voz de Miguel se fue perdiendo como el grito de alguien que cae por un precipicio. Para siempre.

Mi viejo volvió a sentarse muy sereno frente al tablero, prendió un cigarrillo rubio sin filtro, me sonrió pícaramente y dijo: no hay nada que hacerle, los alfiles nunca fallan. ¿Quién mueve, ché?

LA AGENCIA

Miré por enésima vez el pedacito de periódico, sección clasificados, arrugado y ya medio desteñido de tanto manosearlo. Sin duda alguna estaba frente al edificio de la calle Perú que coincidía con la numeración indicada. Una edificación igual a tantas otras en esa porción de Buenos Aires, gris a rabiarse, solemne en sus pórticos y ventanas, sólida en su mensaje oculto, algo así como “*lo que aquí se hable, ame u odie, aquí se queda*”, un círculo más en la obra del Dante, un soldado de cemento en línea perfecta con los otros ocultando vidas, callando todas las voces, impertérrito y casi eterno.

El ascensor “Otis” lucía una pintura negra tan intensa que no se por qué me hizo pensar en Gabón o Somalia, pero fue sólo un instante, porque con una capacidad para tres personas y siendo yo el único ocupante, arrancó de golpe hacia arriba, hacia el quinto piso, dejándome ver por sus cuatro paredes de varillas de acero soldadas en rombos le escalera de mármol con sus escalones un poco afinados por el uso de tantos años, puertas muy sólidas y todas iguales en penumbras de palieres angostos de los departamentos silenciosos y al frente, cada pocos segundos y con un mismo sonido, el perfil de las losas de cemento que dividían piso por piso.

Paró ese artefacto en seco moviendo mi cuerpo un poco de arriba abajo y abrí las dos puertas tijera cerrándolas con convicción porque el cartelito indicaba que se cerraran bien las puertas. Sin duda el desgaste de los escalones era producto de la desobediencia general del público a esta sugerencia.

Otra vez miré mi papelito: quinto “E”. Aquel de allá, ese es. El timbre era antiguo, no podía ser de otro modo, un botón de baquelita negro enmarcado en un bulbo de bronce bien lustrado con decoraciones florales muy agradables al tacto. La finura de las cosas antiguas, la obsesión por los detalles y abalorios, el adorno necesario en cada pieza, en las personas, en las letras y hasta en las armas, objetos que se usan para dar muerte adornados con expresiones del espíritu, un contrasentido inexplicable de la mente humana y al tiempo, su propia belleza.

Toqué una vez, brevemente, pero ese pezón indecoroso sonó como la campana de un ring de boxeo. La puerta del quinto “A” se entreabrió unos centímetros dejando ver medio rostro largo y ojeroso sujeto a un cigarrillo y detrás suyo, parte de una mesa de juego de paño verde, con dos personas visibles y las manos con naipes y anillos de otras invisibles, copas, humo y ruidos de fichas. Cerró de golpe con malhumor. Mi puerta aún no se abría, pero, de pronto lo hizo hasta el punto en que lo permitía la cadena dorada de protección. Ese hombre me esperaba, me miró un instante con gesto serio, volvió a cerrar, un ruido metálico me indicó que destrabó la puerta por dentro y ahora sí, me invitó a pasar cerrando con la misma operación cadenera.

—Buen día, por acá, tome asiento por favor.

—Gracias.

—De nada. ¿Quiere un café?

—Bueno, gracias.

—Ya se lo traigo.

La habitación era una pequeña oficina y aun en la semi penumbra se vislumbraba austeridad. Las persianas de metal gris oscuro estaban casi cerradas por completo y una única lámpara de escaso voltaje, con tulipa verde oscuro, iluminaba los pocos papeles en blanco colocados sobre el escritorio sin adornos y un lápiz. De pronto me sentí en Esparta.

—Su café. ¿Azúcar?

—Sí, una cucharada por favor.

—Bien por usted, me gusta la gente que no hace caso a las pavadas que dicen sobre el azúcar.

—Sí, se dicen tantas tonterías...

—Lo que no es una tontería es por lo que usted vino aquí, ¿verdad?

—Bueno (me atraganté un poco y tosí), es que no estoy muy seguro del contenido del aviso del diario.

—Pero si es simple. Aquí solucionamos, para gente como usted claro, los problemas de nueros y yernos no deseados, esas personas que tanta angustia nos traen, esos seres que mortifican a nuestros hijos tan queridos y que afortunadamente tienen la suerte de contar con nuestra organización para modificar y reestablecer el orden necesario para que todo sea como antes con nuestros amados hijos.

—¿Y cómo lo hacen?

—Bueno, tenemos dos etapas claramente definidas. En una primera etapa, la llamamos Uno Romano (I), tomamos contacto con el indeseable muy formalmente. Lo invitamos a reflexionar acerca de la infelicidad que causa a nuestro contratante, de lo beneficioso que sería para todos un cambio en su actitud, de lo bueno que sería parecerse en todo a la persona que nos requiere y de los maravillosos beneficios de comportarse como le indicará la persona que nos contacta. Le mostramos videos de familias felices bajo la tutela de los

suegros (tenemos muchos de Alaska viviendo en iglúes), le demostramos matemáticamente los beneficios financieros de una actitud sumisa, casi le diría japonesa hacia sus suegros, le asistimos con nuestro gabinete psicológico, en el cambio de su personalidad y todo en un ambiente musical, agradable, con sahumerios y el ruido del agua cayendo por una cascadita, artificial claro, situada al fondo del gabinete de convicciones. Un verdadero “Spa” inductivo, le aseguro. Luego quitamos todo recuerdo del tratamiento mediante hipnosis profunda, dejando que el mensaje se mantenga intacto e interactúe con su psiquis profunda convirtiéndolo en una persona agradable, amable y respetuosa.

—¡Qué interesante!, pero supongamos que la persona que me incomoda...

—El indeseable, seamos precisos en el lenguaje por favor.

—Sí, el indeseable, tiene razón. Bueno, como decía supongamos que no cambia, que se mantiene en sus trece, que me sigue disgustando pues mortifica a mis seres queridos, ¿qué se hace?

—Pasamos a la etapa dos con números romanos (II).

—¿Y en qué consiste?

—Pues los hacemos tender a cero.

—¿Cómo dice?

—Cero.

—Sí, esa parte la entendí, ¿pero cómo los hacen tender a cero?

—Caballero, caballero, no querrá usted que yo entre en detalles ¿no?

—Bueno, la verdad que sí.

—Le puedo decir únicamente que no les duele en absoluto.

—¿Qué cosa no les duele?

—Volver a cero. Vea, dependiendo del objetivo indeseado puede ser un pequeño pinchazo, imperceptible, le aseguro, porque utilizamos casi siempre dardos con veneno “curare”. A lo sumo, en caso de verdadera necesidad, se utiliza una breve cachiporra lo que ocasiona una ligerísima sensación de mareo, nada más. Pero no se confunda, nada que ver con la violencia diaria que vemos en las calles todos los días. Nosotros usamos el estilo “casual”, como una ropa de buena marca y lo hacemos con delicadeza y rapidez, como al pasar, ¿vio? Nuestros antecesores, porque usted sabrá que nuestra agencia es muy antigua, utilizaban otros métodos, efectivos sí, pero muy, digamos, contundentes, como por ejemplo dejar caer un piano o una caja fuerte desde un piso alto o abrir la tapa del alcantarillado público al paso del objetivo. No. Ahora somos absolutamente sutiles y utilizamos materiales importados para la etapa II.

—¿De dónde?

—De China, lamentablemente. Ahora son líderes mundiales en provisión de elementos para agencias como la nuestra. Antes venían de Alemania y eran de una calidad excelente pero ahora los elementos duran solo una vez, aunque claro, con una vez alcanza.

—Y después de esa...etapa, ¿yo seré feliz?

—Sí. Le aseguro que usted será feliz. Volverá a escribir, a leer, a pescar y a dormir muy contento. Se sentirá como un salvador del planeta, un reconstructor de las relaciones humanas, un padre completo para sus hijos e hijas. Un ser humano perfecto. Sólo que deberá estar preparado para lo otro.

—¿Qué otro?

—La infelicidad de sus hijos. Lo que usted quiso solucionar no se arregla de este modo, al contrario, sus hijos recordarán lo mejor de aquel objetivo molesto, olvidarán por completo los aspectos que a usted lo han inducido a venir a verme, es más, dirán que esa persona era casi perfecta y que los dioses fueron injustos en llevársela tan joven. Sus hijos caerán en la melancolía y usted, con su secreto a cuestas, descubrirá tarde, muy tarde, que era mejor que las cosas siguieran su curso y no haberse entrometido.

—Es difícil porque esas personas sí que se entrometen en la mía.

—Sí, lo sé, pero vea amigo, le daré un consejo, hay dos tipos de problemas en la vida: aquellos que no tienen solución —y entonces para qué preocuparse— y los que se arreglan solos dentro del cajón de un escritorio. Es más, todos los problemas, menos uno, claro, pertenecen a este tipo. De tal modo que meta este problema en un cajón y vuelva a abrirlo en unos meses, verá que está resuelto como por arte de magia.

—Ese consejo, de ser cierto, va en contra de su negocio.

—No es así. Estamos para esto, damos opciones, hacemos pensar a nuestros eventuales clientes.

—Me convenció. Voy a meter mi problema en un cajón de mi escritorio.

—Es lo mejor que puede hacer. Debo recordarle que usted fue yerno alguna vez y debe haber despertado las mismas inquietudes.

—Claro, ahora que lo dice, es cierto...

—Y a su suegra le dí el mismo consejo. Una persona realmente encantadora.

—¡No me diga! ¡A mi suegra! ¿A esa vieja insoportable? ¿Y qué pasó?, ¿abrió el cajón?, ¿se siente mejor?

—Es posible, pero, y esto queda estrictamente entre nosotros, algo le dijo a mi secretaria que encontró el cajón exactamente igual a como lo había cerrado hace años y solicitó iniciar con usted la etapa II lo antes posible.

TOTAL QUÉ

Te describo lo que siento: desconcierto,

Es que no puedo entender,
a mi edad y ya entendiendo,
no me asuste la valla que voy viendo,
debería, temeroso, sentarme a rezar,
en el medio del desierto,
o hacerme monje budista y poder ver
lo que, misterioso, está oculto de la vista,
tendría que dejarme de joder, ser abuelito,
(no hay cosa que más odie que ese mote),
dejar de cargar las baterías, ser buenito,
supervisar la entrada de valores,
en el segundo subsuelo del Banco Nacional,
jugar a las bochas en la plaza, andar en bote.
Bueno, te lo digo: no cuenten conmigo en esa vaina,
porque voy hasta el final disfrazado de torpedo,
y no me señales con el dedo, que me iré de pie,
y con sombrero.

NO TE HALLO

Y bueno Viejo, es hora que hablemos mano a mano, porque ya llevo consumido el ochenta por ciento de mi vida, quizá algo menos, ojalá, y la verdad es que ando medio disgustado. Vos sabés muy bien como yo he sido, tratando de andar bien he tenido mis caídas y la verdad, de cada una de ellas me sacaste tirándome los pelos para arriba hasta hacerme llorar por unos días. Te estoy más que agradecido, bien lo sabes.

Te he rezado con fuerza y convicción Te he pedido perdón por mis pecados. Te he suplicado por las personas sin ayuda y Te reconozco como Rey de la Creación.

Hasta ahora vamos bien ¿verdad Viejo?, no te he ofendido, así que no te enojés si te digo lo que viene.

Resulta que te escribo más que nada, confundido, entre paréntesis no sé a que Correo ir con esta carta, espero me lo informes. Como decía, desorientado, porque verás, desde hace unos meses que trabajo unos días por semana en Bariloche y, entre otras cosas, tengo que andar recorriendo las zonas más humildes, las más lejanas, las de casas de cartón tan inapropiadas para las duras nevadas del invierno, niños vagando por las calles polvorientas (y ahora con cenizas del volcán) sin abrigo suficiente y vaya a saber uno con qué comida en sus pancitas y desde cuándo, jóvenes en bandas bebiendo cerveza esperando la noche para descargar sus almas en violencia, negocios con rejas en sus puertas, aceros en los ojos de las gentes y desencanto en sus pupilas.

Ocorre Viejo que te me estás durmiendo con mi pueblo, que son tus hijos, al menos eso dices y aquí viene la confusión de la que hablaba, yo también soy padre y soy abuelo y me ocupo de cada uno hasta donde más yo pueda, no me hago el distraído, voy haciendo lo que puedo. Yo no soy el dueño de planetas y galaxias, no tengo ni una estrella ahorrada y los soles se me pasan tan rápido que no me da la vida para hacer todo lo que debo, no he tenido un infinito como cuna ni puedo andar saltando a voluntad de universo en universo, no puedo torcer el tiempo ni la luz, ni mucho menos hacer algún pequeño milagrito, no, nada de eso, que te es propio y de tu esencia.

Y entonces, Mi Señor, ¿por dónde andas?, porque aquí, en El Alto, no te hallo. He ido preguntando aquí y allá si te habían visto descendiendo las montañas con panes y con truchas para decir algún sermón, o si alguien fue consolado por vos mismo con tus manos y palabras o si hubo algún milagro conocido acá en El Alto últimamente, y se me ríen, Mi Señor, eso me ofende.

No te hallo y te busco en todas partes. No encuentro explicación a este abandono. Yo sé que tu universo es gigantesco y que sólo un mago puede estar en todos lados todo el tiempo, pero Viejo, acá hay miles y miles de hijos tuyos que te llaman y yo te imploro una vez más para que me des una mano con mi gente, que solo yo no puedo, porque por más que cuente mis cuentos a unos niños e historias de ánimo y consejos a los jóvenes que encuentro, por más que ayude a quienes pueda y les bese sus mejillas, son tantos, pero tantos, que necesito de una voz mucho más potente por lo pronto, para que todos me escuchen y cosas para dar y dar a los que no las tengan y me quites el sueño por las noches para duplicar la vida que me queda y poder darla también de alguna forma.

Que no sé quien te ha mandado a tener siete mil millones de hijos solamente en este mundo, menudo lío.

¿Dónde estás, Mi Señor, que no te hallo últimamente. Viejo, ¿dónde estás? Te estoy llamando y es urgente.

MEDITANDO

En uno de mis numerosos viajes al Asia Mayor, que es más grande y antigua que la Menor, visité la ciudad de Maskandar, cuna de los principales y más famosos gurúes hinduistas y budistas. El viaje es carísimo y la estadía ni hablar. Por eso es que opté por la alternativa china, que está ahí nomás, cruzando la frontera del Nepal, y ofrecen lo mismo pero mucho más barato. Bueno, casi lo mismo. A mí me interesaba mucho el tema de la meditación porque había visto por televisión la cantidad de gente que se reunió para aplaudir a un señor barbado y de ojitos pícaros que dijo venir de la India. Yo, que conozco el mundo, que he ido hasta Bahía de San Salvador y tuve que quedarme a vivir, obligado por la adversidad del clima, unos tres años más o menos, les puedo asegurar que este Mata Hari masculino tiene todo el aspecto de provenir del barrio de contrabandistas pegado al puerto de Manaos, en el Matto Grosso Central. Y entonces me dije: esta es una bella forma de recaudar divisas, debo capacitarme.

Y así viajé hasta esa zona gris del mapamundi donde no ingresan más que aquellos individuos con intenciones dudosas y ocultas, es más, así debe constar en el formulario que se completa de puño y letra en el rubro "Motivos de su visita" en el único puesto aduanero. Son automáticamente descartados los turistas inocentes y los que aspiran a hacer negocios lícitos. A cambio del reloj pulsera pude conseguir los servicios de una mula rellena de huesos que me bajó, a cuestras y rezongando, hasta el primer pueblo, ya en la China milenaria.

Es ahí donde conocí al maestro Chang-Tung, un experto en meditación trascendental que me inició en las prácticas tántricas, y otras no tanto, que han influido definitivamente en mi vida y que me han convertido en una persona absolutamente distinta. El hecho de que ChangTung haya sido encarcelado por esa tontería del robo al Banco Internacional en Bombay no tiene nada que ver con sus enseñanzas, porque es bastante inocente de los hechos que se le imputan y cree absolutamente en la justicia. En esto tiene un parecido notable con algunos personajes políticos de mi país, o sea, me sentí como en casa.

El curso comenzaba con un día de meditación y luego cuatro años de estudio de "artes varias". Las principales materias de estudio eran: "Estudio minucioso de objetivos (I, II y III)", "Armamento espiritual y otros (I a IV)", "Cómo convencer a un comisario" y "Cien excusas para un juez", además de cursos cortos como: "Mi cómplice soy yo y mi cómplice", "Toma todo y lárgate", "No te demores contando", "El cargo de conciencia, ese estorbo evitable" y otros como "Los cien mejores cabarets del mundo", "Cómo invertir en paraísos fiscales" y "Anatomía de las mujeres otomanas (I a IV)".

Ese primer y único día de meditación fue inolvidable; no se daba más de un día por una cuestión de presupuesto. Es que en la China milenaria son muy aborrativos, casi amarretitos. Comenzaba con el primer canto de un gallo cualquiera, el que se escuchara, normalmente a eso de las dos de la madrugada. El canto del gallo terminaba normalmente en una deformación cacofónica de ahogo porque, convengamos, es sumamente molesto el canto de un gallo a esa hora, aun para los chinos milenarios.

Es el momento de vestirse adecuadamente. Cuando vayan recuerden: uno debe ponerse las telas provistas en forma de túnicas dejando libres los hombros, dejar los zapatos, pues se anda descalzo aunque haga frío, y apagar la vela al dejar el dormitorio pues ha habido incendios. Por los valores personales no se preocupen, total igual desaparecen en cualquier momento. En el pasillo encontrarán a los otros individuos que han pasado por la Aduana, no se preocupen por las apariencias, son todas bellas personas y las armas y cuchillos fueron retirados por el personal de seguridad previamente. Y así, en fila india, irán yendo por un pasillo en penumbras recitando un monocorde tantra en tono musical bajo, adormecedor, hasta llegar a un recinto circular. El recinto de la meditación.

Ya estaba yo medio atontado por los sahumeros, el sueño y los cánticos, listo para entrar en trance imitando al maestro Chang-Tung que lucía como un Buda al frente nuestro, cuando uno de mis compañeros, el que estaba detrás mío, me pegó un chicle en el pelo y nos agarramos a las piñas.

Como una hora le llevó al pobre maestro restaurar el clima de silencio y paz. Se escuchó otro gallo seguido de un breve golpe de hacha. Silencio otra vez. Se ve que los demás gallos se miraron entre ellos, dubitativos. Cantar o no cantar, es tu problema hermano, pensé.

Ya estábamos casi todos en trance, la paz interior era absoluta en cada uno de nosotros, la felicidad plena nos invadió lo que duró, casi nada, porque algún desubicado dejó flotar un gas metano proveniente de su yo interior verdaderamente insoportable y el maestro dijo: "¡Ah, bueno, pero si son una manga de asquerosos!" Listo. Se terminó la meditación.

Ese fue mi primer día en el templo de Chang-Tung. Tuve que cortarme el pelo para sacarme el chicle, y como me quedó horrible, me rapé toda la cabeza. Ahora parecía un monje. Me encantó ser monje.

Cuatro años de estudios intensivos para ser una persona útil no es un desperdicio de tiempo. Es una inversión. Lo único discutible es el concepto de utilidad, pero eso es materia opinable. Uno sale del templo con las armas necesarias para enfrentar la vida. Armas con balas, claro, y con una amplitud mental inclusiva, amena con la naturaleza, sabedora de que los bienes terrenales nos pertenecen a todos por igual, los dólares, las alhajas, las señoras, en fin, una cosmovisión como quien dice.

Y así, nutrido de estas profundas enseñanzas, volví a mi ciudad y construí mi propio templito a dos cuadras

de la Casa de Gobierno. Nunca imaginé tanto éxito. Hasta estoy registrado como monotributista, un verdadero honor y punto de arranque para cosas positivas.

En fin, los dejo porque me espera mi avión privado en Aeroparque. Un simple vuelo a Bahamas para hacer un depósito. Chau. ¡Grande Chang-Tung!

¡VACACIONES!

Mi hermana la menor se casó felizmente y por propia voluntad con mi cuñado hace muchos, muchos años y, con el paso del tiempo, he aprendido a quererlo y valorarlo en todo su patrimonio. Y no sólo yo, todos mis hermanos han caído en la cuenta de la conveniencia de contar con una enorme casona en la Costa Atlántica durante los meses estivales. Recientemente construida por mi cuñado, nosotros la consideramos como lo que es, algo así como un bien de familia, como quien comparte un helado en enero o una taza de chocolate en julio entre todos los niños en el prado, algo natural entre todos los seres humanos de buenos valores y sólida educación.

Es decir, otros seres humanos.

El hecho fue que para remontarnos psicológicamente a épocas de nuestra infancia, mi hermana convenció a mi cuñado, no sé cómo, para que todos los hermanos fuésemos con nuestros afectos (hijos y nietos) a pasar unos días, todos juntos, a aquel magnífico petit-hotel marino edificado con tanto esmero. ¡Qué bella idea!, ¡qué desprendimiento! Me digo a mí mismo que jamás debemos perder la esperanza en el ser humano y su enorme nobleza. Gestos así elevan la estatura moral de las personas o, en algunos casos verdaderamente excepcionales, inducen a la demencia precoz.

Y entonces fuimos apareciendo en su casa playera, de a una, las familias que constituyen nuestro clan. Un clan de primates, acota mi mujer, pero no le hagan caso, siempre emite juicios apresurados.

Cayó primero José Luis, con su señora y sus cuatro hijas casadas que a su vez llevaron a sus maridos y a todos los nietos, claro está. Poca gente, no más de dieciséis. Luego apareció Gustavo, que es cantante coral en su pueblo. Parecía que había venido con el coro, pues se veían numerosos. Quince en total. Justo ese día de enero llegué yo, Alberto, el mayor, con todos los míos, que no son pocos, algo más de veintidós con la simpática característica de mis nietitos: ser absolutamente intolerables.

Nos recibieron en la puerta blanquísima de la casa con caras al tono. Yo pensé siempre que la expresión de alegría en el rostro de una persona era la sonrisa, nunca imaginé que la felicidad desencajara de esa forma la mandíbula de mi cuñado. De hecho tuvieron que llevarlo al sanatorio local inmediatamente para volver a colocar el maxilar en su sitio correcto, para una buena masticación, dijeron los médicos, pero me parece que nunca quedó igual. “Ahora vira un poco al sur”, dice él. Es que se ha hecho muy marinero con tanta playa. Y así sumamos cincuenta almas hasta que apareció mi hermana Ana y nos fuimos a sesenta y seis, más o menos. Todos con nuestras mascotas: cuatro perros, dos gatos, ocho hámsteres y una araña muy venenosa en un frasco, propiedad de unos de los nietitos, a la que dejamos en uno de los autos, por precaución.

Fueron sesenta y ocho días inolvidables.

Por suerte para todos, mi cuñado, en un exceso de previsión, hizo construir esa enorme casa en tres plantas. Las dos inferiores para invitados y la superior, la más coqueta y tranquila, amplia y silenciosa, con una vista al mar increíble, era suya y de su mujer, mi hermana como he dicho, en forma exclusiva.

Fue el lugar que más nos gustó a todos para instalarnos masivamente.

Ahí noté por primera vez la bondad e inocencia absolutas de mi cuñado. Se fue caminando lentamente, con los ojos extraviados, hasta el mar, y comenzó a introducirse con prisa, como para llegar caminando al África. Lo sacaron los bañeros a los tirones pero él volvía a meterse a la mar, tozudamente, pronunciando incoherencias. Al final hubo que sacarlo medio ahogado, y para darle respiración boca a boca el profesional de salvataje tuvo que torcer en ángulo obtuso su mandíbula para que coincidiera con la del socorrido, aunque este es un detalle menor que no hace al caso. Yo creo que hizo lo que hizo para hacernos más lugar, para que estuviéramos más cómodos. Al final lo convencimos de que no hacía falta semejante desprendimiento y le hicimos un lugar en el garaje, silencioso y fresco. El único problema fue que la araña se había escapado y eso le causaba un poco de aprehensión por las noches. Sin embargo éramos tantos, pero tantos acompañándolo, que no sintió ningún temor.

Como todos los hermanos provenimos de una familia humilde, la posibilidad de sacar mercaderías sin costo del supermercado de la esquina, por cuenta de mi cuñado, nos encantó. Jamones crudos españoles, quesos sofisticados, vinos añejos, regalos para los niños, electrodomésticos, un plasma para cada uno, son algunas de las cositas que sacamos como un souvenir. José Luis y Gustavo se llevaron además una heladera cada uno. Como yo ya tengo una en casa me llevé una caja registradora que me sirve para hacer cuentas.

Un tema sensible fue la pintura. Uno es respetuoso de los colores que otros han elegido para su propia casa, pero, como ya he dicho, ésta se convirtió en una casa comunitaria excepto el sector de garaje, que con absoluta justicia era de uso privado de mi cuñado. De tal modo que también sacamos pinturas a su nombre y cada cual ambientó lo suyo para mejorar su paz espiritual. Incluidos los niños. Así que todo comenzó a parecerse a nuestros respectivos barrios: grafitis, las banderas de nuestros clubes de fútbol, y pintura libre, tipo murales, para una mejor expresión de nuestro yo interior. Todo tan bonito. Recordarlo me pone melancólico.

Así fueron pasando los días. En la playa todos nos portamos muy bien porque la cumbia tumbera a todo volumen le encantó a todo el balneario y mis hermanos prepararon todos los días choripanes usando de parrilla el tacho de la basura, que era de metal (qué ingeniosos son mis hermanos).

Y llegó el día de la despedida, que fue abundante en gritos y bocinazos, muchos se fueron en micros porque no cabíamos en los autos que, además, llevaban en el portaequipajes esas heladeras enormes y un mostrador de acero inoxidable que salió de no sé dónde a último momento.

Lo que es el destino. Justo ese día, cuando mi cuñado advirtió que nos íbamos, asomó su cabeza por la ventanita de su habitáculo. Lucía una barba crecida y ojos enrojecidos. Con una sonrisa enigmática nos espiaba desde la ventanita del garaje. De pronto la araña que nadie encontraba lo picó en el dedo gordo del pie.

Murió la araña. Nos explicaron los médicos que por algún motivo que desconocemos él tenía en su interior más veneno que ella. Qué notable.

CASCABELES

He colocado cascabeles prendidos del alambre de púas que protege en algo mi trinchera. De ese modo puedo advertir si otros seres umbríos como yo vienen por mí. A cualquier hora, detenida mi mente en un recuerdo o descansando acunada en pesadillas, pueden sonar los cascabeles.

Tintinean, luego tañen y atruenan y mi otro yo, aquel que ya conozco, violento como pocos, sin ninguna humanidad o con tanto de ella, apresta su fusil y bayoneta. Castañetean mis dientes, cascabeles sin encanto.

Aquel soy yo, ahí me ven ustedes, roñoso, ensangrentado, quitando las lagañas de mis ojos, aturcido por el miedo, expectante, deseando convertirme en minúsculo badajo de la esferita más cercana. Desaparecer.

Otra madrugada siniestra. Sin gritos, sin suspiros, sin compasiones. Otra vez la ordalía del odio y las vidas que se van en silencio y con dolor, porque morir se duele. ¿Qué matarife lucró con tanta sangre? ¿A quién debo devolverle mi locura?

Fue una parte de mi vida.

Hoy, tanto más viejo, para que mi gato no mate los pollitos del vecino, lo adorné con un collar de cascabeles que les permiten escucharlo y escapar. Y he puesto muchos más, miles de ellos, rodeando lo que queda de mi vida. Los he colocado entre sonrisas y caricias, disfrazados entre los mejores sentimientos, escondidos en las páginas de libros, en las comas de estrofas de poesías, en frases con humor, en optimismo, en besos. He puesto cascabeles tan celosos que resuenan al menor atisbo de sombras de violencia. He sembrado cascabeles con los años. Aprendí a hacerlo.

Así puedo vivir, dándome, aún con mis recuerdos.

Cada tanto, a las pérdidas, retintinea inocente algún cascabel en las fronteras –¿escuchan?– y me despierto alerta, corazón en mano.

POR UN GATO

Un gato se murió de madrugada,
un gato simple, gris y rantifuso,
iy qué me tiene que importar a mí su falta!
si hay gatos para hacer una ensalada,
y encima éste era un intruso,
un colado a quien nadie le dio el alta,
el gato de mis nietos, que está de nada en nada.

Si no fuera porque lloran esos críos,
te dejaba en el olvido, te colgaba
un cartel de “perdido en el vacío”,
te ponía en un trapecio en una nube,
que te lleve el viento puelche a tu gatada,
agitador de sentimientos, gato insolente,
morirte así, sin avisar, tan de repente,
enojarse hasta la muerte, una pavada,
gato cruel, gato indolente.

Por algo es que no me gustan los gatitos.

Vamos a hacer una cosa que no hago,
un arreglo, un pacto, algo privado,
vos usá alguna de las vidas que te quedan
y aparecé de vuelta en la playa, allá en el lago,
deciles a los niños que una gata te puso revirado,
no les digas la verdad, que no se duelan.

Si vos cumplís, y te lo pido, te prometo
que me van a encantar todos los gatos del planeta,
y mirá que me cuesta decirte lo que digo
te juro gato que a la ley felina me someto,
que me crezcan cuatro patas y una cola de cometa,
y si pedís que te siga hasta la nada, allá te sigo.

Pero vamos a aclarar una cosita, casi nada,
me devuelves cada lágrima perdida, cada lamento,
de esos niños que creyeron que eras bueno,
y me quitas el rojo de sus ojos,
y me pones otra vez esa mirada sin acentos,
y te esfuerzas en no perderme ni un momento,
en la tarea que te doy pues si no voy como un trueno
y te busco y te encuentro y te bajo de una oreja,
gato ladino y molesto, gato piojento.

Y vayamos terminando nuestra charla tan amable,
con un detalle menor, algo simple, un mano a mano,
si se cumple lo pactado y en felino me confundo,
quiero ser algo distinto, quiero ser un enorme tigre sable,
pero bueno, no uno malo, mejor aún, vegetariano,
para vivir cuidando a todos los niños de este mundo.

Que es enorme lo que doy por lo que pido,
te lo digo gato, te lo pido.

EL SILBATO

Señor te estoy llamando, ven de prisa.
Escucha mi voz cuando te llamo.
Salmo 1-9 Directorio Franciscano. España.

Sí, ya te escuché, pero ahora estoy comiendo, y después, duermo la siesta.
*Sexta línea cuneiforme. Código de Ammurabi.
Asiria.*

Aquella mañana lluviosa todos los alumnos del Nuevo Colegio Austro-Húngaro de Bariloche fueron a vivir a su héroe, el profesor de gimnasia y apnea, Helmut Zum Groos.

Estaba recién llegado del centro de Europa y había sido especialmente contratado por la institución por sus méritos y antecedentes, entre los que se encontraba ser Campeón Europeo de Supervivencia en alta montaña. Además aguantaba más de un minuto bajo las aguas heladas sin respirar.

Helmut era un ícono ario. Carecía absolutamente de mocos, acné, pié de atleta, olores sudoríparos o gases molestos. Al sonreír de cara al sol, breves destellos surgían de sus blanquísimos dientes, como finos rayos láser. Sus proporciones eran perfectas y todos sus órganos estaban en una misma línea e idénticos entre sí: orejas, ojos, cejas, brazos y piernas. Algo verdaderamente raro y, para no quebrar esa notable armonía, la naturaleza en un alarde digamos, geométrico, lo dotó de dos testículos exactos y en línea, lo que lo distinguía claramente de los demás seres humanos y del mundo de los mamíferos en general.

Pero Helmut no era perfecto. Bueno, en realidad nadie lo es, en él la soberbia, la frialdad más absoluta, la petulancia y la escasez de buenos sentimientos se hicieron un festín permanente. El disfraz funcionaba a la perfección casi para todo el mundo.

Bueno, como decía, el amigo Helmut, presionado por sus admiradores, buscó alguna proeza que no se hubiese realizado en la zona y se decidió por la travesía del río Los Alerces, desde su nacimiento en la cascada hasta su desembocadura en el Lago. Estudió mapas y planos con curvas de nivel por las alturas, comparó notas de viajeros y por fin determinó que su viaje sería de cuatro días en el kayak que usaba en todas las competencias alpinas. Un kayak de color rojo. Muy lindo el kayak.

Antes de la partida tuvo que hacer los trámites de rutina en Gendarmería. Y ahí se armó la discusión con el Capitán Miguel Gómez Del Río. Resulta que el capitán anotó todo con bastante parsimonia, datos personales completos, recorrido previsto (sonrisa del capitán y gesto negativo), equipamiento (otra sonrisa) y por fin le dijo: —le falta lo principal.

—¡Ah! ¡Iawol! ¿Qué cosa faltan?

—El silbato.

—Yo no usa silbaten, contestó con altivez.

El Capitán Gomez Del Río ya estaba llegando tarde al partido de pelota paleta en el Club del Casino de Oficiales. Le contestó categórico y con mal humor: —Usted se pone al cuello el material provisto, o sea el silbato reglamentario que le dará el Sargento Ayudante Corvalán y se lo saca y entrega al mismo, en idéntico estado de conservación, cuando vuelva. ¿Está claro señor?

—Yo usa, pero no entiendo...

—Vea joven, acá, en la Argentina, muchas cosas se entienden recién al final y otras, nunca. Bueno, dentro de cuatro días la embarcación del destacamento del Lago lo irá a buscar a la desembocadura del río. Si usted no aparece lo salimos a buscar. En ese caso recibiremos apoyo del Club Andino Bariloche, son gente muy experimentada. Que tenga buena suerte mi amigo. Firme acá.

Fin del trámite.

Al grito de: ¡Helmut! ¡Hurra! ¡Fuerza!, mezclados con el himno austro-húngaro cuyas letras invitan a combatir a Napoleón, los alumnos empujaban de a poquito el kayak repleto de equipamiento hasta el borde del tormentoso río. Las maestras empujaban en realidad el cuerpo de remero con risitas históricas. Bote rojo, ropas rojas, casco rojo, Helmut más bien parecía el Barón Rojo, el famoso piloto de la Primera Guerra Mundial.

Bote al agua. Un instante de inmovilidad y luego, como el proyectil de una cerbatana el río lo escondió en el bosque. Ese inicio no fue muy elegante porque el profesor parecía un muñeco de trapo sacudido por un gigante. Pero fue un instante nomás. Luego, el ruido ensordecedor de la cascada detrás de todos los presentes opacó al silencio hasta su total inexistencia creando una despedida hidrófona apropiada.

Helmut luchaba como un demente en el torbellino. A pico y pala como quien dice. Este río no era lo que él esperaba, no señor. Esto era un infierno y la verdad que, vestido todo de rojo, no desentonaba. Una neurona traviesa le descargó el recuerdo del Capitán sonriendo y negando con la cabeza, pero fue un instante nomás. El primer salto de agua podía escucharse entre todo el bombardeo líquido.

Aquello no era un salto. Eso era una broma. No podía ser. Esto parecía el Niágara. La zambullida fue como un choque de automóvil. Le salvó su entrenamiento en apnea porque el kayak, preso en algunas rocas sumergidas, lo retenía por la cintura. Logró soltarse y ascendió para ver con desesperación como se iban flotando río abajo los pertrechos de supervivencia que llevaba en el botecito. Pero él también boyaba a toda velocidad girando y dando manotazos. El casco rojo le pesaba y se lo quitó. Mala idea, porque el enorme peñasco en medio del río lo esperaba sonriente. Aún en medio del griterío hídrico se escuchó claramente el encuentro de Helmut y su roca.

Inconsciente, quedó pegado a ella como una lapa, con brazos y piernas extendidos y casi congelados. Después de unos instantes, sacó fuerzas de su interior germano, midió las distancias a ambas orillas, se decidió por una, no importa cual, y con música de Wagner en su oídos, arremetió contra la naturaleza.

Llegó como un perro mojado, babeante, con el orgullo herido, a algún punto en una orilla cualquiera. Me gusta eso. Lo importante es llegar siendo uno mismo. No importa lo que dejes de tu propia existencia en el camino.

Se sentó muy dolorido y se hizo un ovillo temblando como el hilo de un barrilete. La verdad que daba lástima. Poco a poco fue tomando conciencia de su situación desesperante. El río le llevó todo y lo dejó helado. Encima llovía. En fin, aún conservaba las botas, las ropas de verano puestas y su cuchillo de supervivencia enganchado al cinturón y por supuesto esa inutilidad de silbato colgando del cuello. Sacó del interior del mango desenroscable un hilo de pescar y dos anzuelos. No había otra cosa porque la yesca, la linternita y la brújula las había puesto en la mochila, para mayor seguridad. Gritó un insulto muy grueso en su idioma recordando ingratamente a sus ancestros.

Hay muchas maneras de descender la escala de la autoestima. Helmut lo estaba haciendo como un avión jet de combate en picada. Es probable que la suerte lo hubiese abandonado, es cierto, pero esto ya se estaba pareciendo a una película de terror.

Mientras tiraba sin mucha convicción el escuálido anzuelo al pozón, un tábano insistente se posó sobre la herida mas grande del antebrazo con las peores intenciones. Incrédulo, en Europa no existen bichos así, observó como el animalito le chupaba la sangre. Lo mató con la mano izquierda. El bicho era tan grande que cuando cayó al piso hizo un ruidito sordo. Si no fuera por la enorme escasez de buen humor, Helmut hubiese sonreído.

Después de casi dos horas y ocho tábanos muertos abandonó su intento de pesca. Evidentemente aquí los peces eran muy desconfiados, poco colaboradores, desagradecidos y decididamente sin ningún espíritu de cuerpo. Francamente una “merden” de peces “argentinién”. Pero el hambre apretaba y así, en cuclillas como estaba, miró de reojo los cuerpos gordos de los tábanos.

Ya por el quinto bicho el gusto no fue tan feo. Las alitas nomás se ponían medio duras de tragar, el resto era pasable. Ocho al hilo, como quien dice y, para bajar el almuerzo, nada mejor que esas frutitas de rosa mosqueta que aparentemente se ven muy sabrosas. Como veinte se comió.

No hay nada que hacerle. Los que saben, saben. Y este tipo era experto en supervivencia.

La noche en la montaña, silenciosa y fría, luz de miles de estrellas que creaban claroscuros en el bosque dignos del mejor pintor impresionista, un lugar y momento único en el universo sólo roto, aquí y allá por el rugir de la sonora diarrea de Helmut. El hombre era un orificio humano. El hombre estaba perdiendo vida.

A la mañana, aún con toda su luz, le costó encontrar a Helmut. Recostado contra ese ciprés tenía un cierto parecido con Robinson Crusoe. Flaco, demacrado, ojeroso, se puso de pie, miró el sol, este, oeste, estoy por acá, más o menos el lago es pará allá, por el río no puedo ir, entonces el camino mas corto es por el bosque. Allá voy.

—¿Y Yo no voy contigo?

—No te necesito. ¿No ves acaso que no te he rezado, que no te llamé ni una vez? Yo puedo solo. Gracias.

La montaña lo recibió con los brazos abiertos. La primer rodada fue dolorosa y lacerante. Ahí perdió su cuchillo y una bota, ambos se fueron burlones al torrente espumoso en el fondo del barranco. Decidió que sería mejor caminar parejo, sin botas. Tiró la otra. La sensatez lo estaba abandonando y no hay nada como una buena caminata entre un monte de cañas colihues para recuperarla. Encima descalzo. Fascinante.

Ya casi de noche, lo que quedaba de Helmut salió ensangrentado de esa mar de filos. Hambriento, totalmente deshidratado, afiebrado y tembloroso debía enfrentar una nueva oscuridad y frío intensos. Pero bueno, lo hizo, aunque esta vez, a intervalos, tímidamente, rezó un poquito.

Y salió un sol y luego otro. Y otro sol se llevó sus ropas raídas y una nueva noche le trajo un manto de locura. El amanecer, con enorme compasión, entibió un poco ese esqueleto que deambulaba en círculos hablando en voz alta a alguien que no se veía. Por fin, el hombre se sentó arriba de una piedra redonda y lloró sin lágrimas, por falta de fluidos. A tal punto había llegado.

Algo le pesaba en el cuello. Quiso arrancarlo de un tirón pero la soguita era fuerte. Más de media mañana le llevó desatar el nudito entre risitas bobas y medias palabras a alguien ausente. Por fin lo hizo. El silbato era del tipo marino, un cañito de unos seis centímetros remataba en una bola acerada agujereada. Sopló y un sonido agudo y musical inundó el mundo. Una nota mágica y única se elevó danzante y, con ella, los más bellos pensamientos de Helmut hacia Dios.

Y así estuvo quien sabe cuánto tiempo. Las siestas a veces son inexplicablemente largas en el cielo.

Los gendarmes ya daban por perdido al individuo. Por insistencia del Capitán Gómez del Río, después de ocho días de búsqueda, se hizo una última incursión junto con los rescatistas del Club Andino Bariloche. Al atardecer el cabo Matías Sandoval escuchó un soplido, bueno, él dijo que eso escuchó, porque la verdad que nadie escuchó nada. Fueron hacia allá y lo vieron. Era como un encantador de serpientes, desnudo, pero sin la serpiente, con un silbato que debería sonar pero que apenas suspiraba. Lo que quedaba de un hombre, hablaba sin emitir sonidos, mirando para arriba y exhalando lo que le quedaba de vida por ese cañito

plateado.

Y se llevaron eso que parecía un ser humano al Hospital de Bariloche. Nadie daba una moneda por su vida pero se fue recuperando y lo inexplicable es que se la pasaba meta tocar el silbato, hasta que empezó a molestar a los otros enfermos y se lo llevaron al Colegio Austro Hungaro, más precisamente al sótano de la institución. Ahí terminó de sanar y volvió a dar clases de gimnasia.

Todas las tardes, antes de la Oración, otro Helmut suena el silbato con nuevas y hermosas notas aprendidas que se elevan al cielo llamando y la montaña calla y se adormece satisfecha.

CONEJOS

*Para mi mamá,
que está en el cielo.*

Hace muchos, muchos años, las señoras usaban vestidos largos y sombreros anchos con plumas, los hombres andaban siempre de corbata y de chaleco y los niños, como ahora, podían hablar con las cosas y las flores. Y también con los conejos.

En Francia, que es un país muy, muy lejano, hay montañas tan altas que no se les ve la punta y están apoyadas en valles y praderas donde cae tanta nieve en el invierno que les llega hasta la panza a todos los árboles del bosque. Hace tanto frío, que hasta el silencio se congela y la luna de noche, apenas sale, se pone una bufanda alrededor de sus orejas y no de su cuello, que no tiene, obvio. Y bueno, en uno de esos valles, el de Clermont, estaba el pueblito de mi abuela, chiquito, con casas de ventanas pequeñas y techos de paja. De cada chimenea salía humo todo el día calentando las casas y a la gente de adentro que come guisos, pan con queso y hablan en francés.

Por ese valle, hacia ese pueblo y más allá, hasta muy lejos, pasaban las vías del tren. La locomotora, que se llamaba *Brigitte*, era a vapor y muy pesada, con caldera pintada de rojo intenso y chimenea de un color azul muy bello, el azul Francia. Quedaba hermosa con el humo blanco resoplando hacia el cielo con firmeza y las ruedas gigantes de hierro pintadas de amarillo. Adelante y arriba un enorme farol iluminaba el camino para no tenerle miedo a la oscuridad ni a las tormentas. Detrás de esa poderosa máquina estaban enganchados los vagones donde iban los niños y las gentes. Un vagón era el comedor, con mesas y sillas impecables y mozos con moñito negro en sus cuellos, que servían comidas todo el día, café y helados. Era, de lejos, el vagón más visitado. Luego dos vagones más con sillones y amplias ventanillas para mirar hacia fuera, rápido o despacio, según fuera *Brigitte* trepando una montaña, haciendo mucha fuerza y resoplando su canción de vapor o bajando velozmente al otro valle, como yendo en patineta que hacía que los niños gritaran *joojaaajoo* de la emoción y el vértigo. Por último, al final, los dos vagones dormitorio, con camas de sábanas blancas, frazadas calentitas y almohadas de plumas. Cada compartimiento tenía su baño y un lavatorio para lavarse los dientes e irse a dormir hasta el sol del otro día.

Y todo eso lo empujaba *Brigitte* con fuerza y resolución, como empujan las mamás y las abuelas sin que nos demos cuenta, y todos en el tren estaban tan felices que nunca se querían bajar, aun, cuando al final, llegaron a París. Los niños siempre le dejaban con un beso y ella sonreía.

Era de todas y por lejos la mejor locomotora del mundo y además era buena y protectora.

Todos saben que en el valle de Clermont está el bosque más espeso de Francia y que en él viven los más blancos y hermosos conejos jamás vistos, y justo por ese lugar, jugando a las escondidas entre los árboles enormes, corrían las vías del tren. Los conejos jugaban siempre a ser locomotoras y vagones en las vías sin nadie. Imitaban a *Brigitte* haciendo ruidos raros, soplando aire entre los dos dientes delanteros y pataleando fuerte en la nieve, como haciendo fuerza. Dos noches por semana, la del lunes y la del jueves, todos los conejos del valle de Clermont se juntaban a comer bellotas esperando el paso del tren y se ganaba un premio el que primero alcanzara a ver un rayo de luz del enorme farol o aquel que escuchara el silbato agudo y profundo con que *Brigitte* anunciaba su entrada al valle. Ella saludaba así a los conejos y éstos, a su paso, saltaban de alegría, saludando con sus patitas delanteras y tirando bellotas al aire, como papel picado en una fiesta. Dos veces por semana, una vez de ida, hasta París y la otra de vuelta hasta la Costa Azul, siempre de noche, repetían el ritual máquina y conejos. No importaba el frío ni la nieve, nada ni nadie podía romper esa amistad tan íntima y hermosa.

Ese lunes, cuando la luz del farol se adelantó a los ruidos de engranajes y vapores, los conejos advirtieron algo raro. La luz no era tan intensa, la magia era menor de lo esperado y cuando por fin *Brigitte* se detuvo en mitad del bosque, resoplando del esfuerzo, los conejos se fueron acercando preocupados a la enorme locomotora y la rodearon por completo.

—¿Qué te pasa *Brigitte*, por qué no continúas arrastrando los vagones, acaso no ves que has parado en un feo lugar pues es todo cuesta arriba?, dijo el Rey de los conejos.

—¡Ay Rey!, he venido tan rápido y contenta, tan pero tan distraída con los cantos de los niños, que se me ha caído un tornillo sin darme cuenta y sin él no pueden moverse las ruedas que hacen fuerza, las que están pintadas de amarillo.

—Bueno, mañana buscaremos tu pieza perdida y podrás continuar.

—No puedo Rey, tengo que permanecer despierta y encendida porque de eso depende la calefacción de todos los vagones y los fogoneros sólo tienen leña y agua por unas horas pues esperábamos llegar al pueblo para reabastecernos. La noche es fría Rey y si se apaga mi caldera todos los pasajeros, niños y grandes, van a sufrir mucho. Debo continuar de alguna forma.

—Pues te empujaremos hasta el final del valle y desde allí, cuesta abajo, te dejas ir hasta el pueblo, ahí te ayudarán.

—Lo dices fácil, Rey, te lo agradezco, pero soy muy pesada y con todos los vagones detrás será imposible, es mucho peso.

—Ya veremos, ya veremos.

Y el Rey blanco y con pompón del bosque de Clermont reunió a todos los conejos y les dijo: —*Cada uno de ustedes irá a buscar a sus hermanos y a sus tíos y éstos a su vez, traerán a sus amigos y a los hermanos de los amigos, padres, tíos y sobrinos y ellos llamarán a todos los conejos que conozcan y no importará que sean grandes o pequeños, todos vendrán pues yo, el Rey, los llamo para ayudar a Brigitte.*

Todo el valle se fue llenando de conejos, tantos, pero tantos conejos que algunos debían subirse a las ramas de los árboles pues ya no cabían uno junto al otro. Y llegaban más y más y pronto fue la mar de conejos y los niños miraban asombrados desde las ventanas del tren detenido cómo los conejos iban colocando una gruesa soga que les dieron los maquinistas, enganchándola a la parte delantera de *Brigitte*. Los niños les tiraron chocolates a los conejos para que tuvieran más fuerza y los conejos les tiraron bellotas a los niños para que jugaran.

Y esa noche la luna frunció el ceño asombrada. Allá debajo veía un tren detenido en medio de un bosque nevado y delante de él, tirando de una cuerda, todos los conejos de los nueve cantones de Clermont, incluidos los ariscos conejos del pequeño cantón de Montferrand, empeñados en llevar esa mole pesadísima hasta la parte superior del valle. Imposible, jamás lo lograrán, pensó la luna.

La fila de conejos tomados de la soga delante de *Brigitte*, se perdía de vista más allá de la lomada que debían remontar. Conejos grandes y fuertes dirigían la operación con gritos blancos de conejos; conejas con sus crías también colaboraban trayendo bellotas y agua para toda esa enorme multitud; conejos viejos, algunos con muletas, aconsejaban los mejores puntos de amarre a la locomotora y escarbaban los rieles buscando puntos fijos de tracción; los conejos jóvenes andaban de un lado para el otro, excitados, haciéndose los forzudos delante de las conejitas de ojos rojos que los miraban con admiración. Y a una orden del Rey, que no era el más fuerte sino el más sabio de todos los conejos, se pusieron en formación y con sus patitas delanteras tomaron la cuerda dura de escarcha y la pasaron por sobre sus hombros.

La luna se rió y las estrellas la escucharon. La retaron porque no se puede uno burlar del esfuerzo que hacen los demás. Eso está mal.

Y sonó el silbato de *Brigitte* de tal manera que cayeron copos de nieve de los árboles y haciendo un esfuerzo enorme puso toda su energía en el farol que iluminó como un pequeño sol, para envidia de la luna y alegría de las estrellas. El Rey gritó: ¡Ahora! Y la cuerda se tensó. ¡Fuerza! ¡Vamos mis conejos! Nada. *Brigitte* estaba como clavada a las vías. Los maquinistas se sacaron la gorra azul y haciendo gestos negativos con la cabeza se dijeron que era una locura, que nunca lo lograrían.

—¡Conejos de Clermont!, ¡conejos de La Francia!, ahora lo haremos. ¡A tirar con el alma por *Brigitte*!, dijo el Rey. ¡Allez, allez, mon petit lapin! ¡Pour Clermont! ¡Pour La France!

Y al siguiente tirón todos los conejos forzudos mostraron sus dientes por el esfuerzo y las conejitas les gritaban llenas de júbilo a los jóvenes para que jalaran con más fuerza e, increíblemente, el tren comenzó a moverse. Lenta, muy lentamente, los miles y miles de conejos fueron llevando a *Brigitte*, sus vagones y pasajeros hasta la cima del valle. La luna hizo un silencio envidioso cuando, en un último esfuerzo, los animalitos empujaron todo el tren los metros finales y luego la pendiente cuesta abajo hizo el resto del trabajo, hasta llegar al pueblito de mi abuela, donde le pusieron a la máquina la pieza que perdió quién sabe dónde y pudo continuar su viaje a París.

Y así, *Brigitte*, cuando pasa por el valle de Clermont lo hace sonando todo el tiempo su silbato alegremente, saludando a todos los conejos y a su Rey, y desde los vagones los niños arrojan chocolates a los conejos y todos se saludan y se mandan besos, tan felices.

Y colorín colorado, este cuento ha terminado. Ahora hijitos, un beso y a dormir.

TESTIGO

—¡No doctor!, ino le crea nada!, lo que ella está diciendo son puras mentiras y mire bien, ¡por Dios!, sus lágrimas son totalmente falsas. Observe bien sus ojos doctor, usted es un profesional, no puede dejarse engañar así, mire los pedacitos de cebolla adheridos al párpado izquierdo y al lagrimal derecho. Huela el aire jefe, dígame si no hay olor a ensalada mixta. Si cualquiera se da cuenta de que acá hay gato encerrado. Y usted que la mira embobado porque la viuda está fenomenal y que si no fuera por el muerto que ocupa media cama... ¡Concéntrese en su trabajo doctor!, usted es un galeno que ha hecho el juramento hipocrático de ayudar a todos. Eso doctor, incluye al finado. Lo que le pido es que advierta que el pote de crema nutricional está vacío, ése, el amarillo, justo detrás suyo y que los labios del occiso lucen plenamente humectados, vigorosamente lubricados, repletos de vitaminas A y D con aloe vera.

Es que ese hombre, el pobre Alberto, no murió de muerte súbita como usted está escribiendo doctor. Vamos, le pido que piense, yo sé que usted no es policía pero tampoco es un tonto. Si todo está a la vista, hombre. Haga un esfuerzo.

—¡Bien preguntado tordo!, justo eso: si roncaba mucho el finadito (ahora seguro se da cuenta). Pero claro que roncaba, no le crea a esa mujer que pone cara de nada. Roncaba como una bestia y mire que yo soy de fierro, estoy como para aguantar cualquier cosa, pero era insuperable. No se me ocurre otro adjetivo, aunque también le cabe insoportable. Ahora, de ahí a ahogar a un compañero adyacente casi vitalicio, con crema “Natura, crema hidratante corporal”, pero de la importada, la más espesa, echando de una ida todo el contenido entre un resoplido huracanado y una aspiración volcánica del ahora inmóvil, hay un abismo ético. Ya sé, usted dirá, desde un punto de vista estrictamente profesional, que mal no le habrá hecho a sus interiores un lavaje tan costoso, dejando su esófago terso y joven, sin acné ni puntos negros, y sus pulmones sin esas feas estrías ni patas de gallo que acompañan el envejecimiento, pero yo insisto, porque lo vi todo, que este fue un “cremoso homicidio por insoportabilidad roncoral en ocasión de sueño”. Sí, a mi modo de ver así debería ser la carátula del expediente judicial contra la viuda. ¡Pero doctor, si no le metió el pote de plástico hasta el estómago porque no cabía!, que ganas no le faltaron a esa mujer, se lo aseguro. Yo en cierta forma la comprendo (espero que esto no me comprometa en una futura declaración judicial) pero a veces, no sé si decirlo, apagaba la estufa a gas del vendaval tormentoso que emitía y había que volver a repetir el encendido cada madrugada helada con papeles de diarios entorchados porque no andaba el encendedor de botón, nunca anduvo la verdad (eso pasa por comprar segundas marcas).

Pero bueno, ya veo que usted está firmando un papel absolutorio sin haber indagado mucho más y ella le sonríe, complacida y complaciente. Sonamos. Pobre Alberto. Era un buen tipo pero muy ruidoso. Es que la viuda lo aguantó treinta y cinco años. Es mucho. Son, déjeme ver, doce mil setecientos setenta y cinco noches sin poder dormir, porque en esto no hay feriados, es demasiado.

Pero suelte la mano de la dama, doctor. ¡Qué descaró!, con el humectado todavía tibio. En fin, veo que ya se va. Le pregunto algo, no se ofenda, un simple velador se lo pregunta: ¿usted ronca, doctor?

NO VOY A ESPERAR

No. No voy a esperar a que mueras,
para decirte estas cosas,
no voy a esperar,
ni pienses que espere,
para besarte la boca
y tocarte esos ojos tan bellos
con mis dedos pulgares
y tomarte la cara
con todas mis manos
y hablarte en voz baja
de aquellos lugares
que mejor recordamos.

No esperes que espere,
pues me va la vida en decirte estas cosas
te amo y te he amado
ni falta que hace que hable
que hablando y diciendo
se nos va la vida,
mejor la esperamos
doblando la esquina, donde sopla el viento
como dos amantes
y juntos le alzamos las manos
¡Que pare un instante!
y nos vamos con ella el tiempo que quede.

Que no voy a esperar ni un segundo
en fundirme contigo y ser
aire en tu aire
y sangre en la tuya.
Sólo voy a esperar terminar estos versos
y tomarte en la cocina
donde estás horneando
que te estoy oliendo,
porque esperar,
yo no espero
mejor voy corriendo gritando
que estamos viviendo.

EL GRITO

Puedo volver a aquellos días sin el más mínimo esfuerzo y en verdad lo hago frecuentemente. Me causa un gran placer hacerlo. Basta con cerrar los ojos y enseguida los recuerdos se precipitan en un alud de sonidos e imágenes.

Como ahora.

Amanecer en la selva misionera. No puedo ver la copa de los árboles ni lo que pasa más arriba de ellos, no soy pájaro, pero imagino que toda esta niebla que fluye lentamente debajo de mis pies debe formar allá arriba un cuadro surrealista de colores verdes, blancos y azulados inflados de luz. El silencio profundo del monte y la caótica danza de volutas vaporosas entre medio del follaje son el prelude del inicio del día. Un día más que te regala el Universo. Un día más para absorber todo lo que puedas de esta vida e incorporarlo firmemente a tu espíritu y llevarlo contigo por siempre a donde quiera que sea, pues lo demás, todo lo demás, hasta el aire, deberás devolver a su tiempo.

Aquí abajo, al pie de las plantas, la cosa es diferente. Hace frío y esta oscuro todavía. Un rayo de luz, pícaro, se ha colado entre la mar de hojas y se ha propuesto molestar al perro encandilándolo y éste alterna un ojo y otro sin mover ni un milímetro su cuerpo. Se escuchan toses a coro en nuestro campamento. Cuando se duerme casi a la intemperie y con semejante humedad, el despertar es inexorablemente expectorante.

—Somos entre siete y parece un batallón, dijo Carlos Dávalos, mi capataz y gran amigo.

Me reí del comentario. Los guaraníes tienen esa forma de abreviar los conceptos que hace pensar que en el idioma español sobran palabras.

Los *sobrados*¹ estaban instalados en semicírculo sobre el punto central de la cocina y de cada uno de ellos, somnolientos y ruidosos, iban saliendo los obrajeros, desperezándose y tropezando. Un *sapucaí* largo, bien gritado, saludando la mañana, fue respondido con otros dos, uno de ellos bellamente soplado al final, y algunos pájaros medio dormidos, sobresaltados, emprendieron vuelo. Enseguida las risas y las voces graves invitaron al desayuno.

Y sentados en círculo alrededor del fuego, logrado a fuerza de soplar brevemente los rescoldos del que se hiciera la noche anterior, contemplábamos con ojos llorosos por el humo, el burbujeo, dentro de la gran olla negra, del *caraya*² con huevos frescos. A su lado y medio inclinada, la pava con agua limpia de la vertiente cercana era la compañera obligada. El mate acompañó la comida, servida con buen *reviro*³ y el humor, que ya era bueno, se convirtió en exultante.

El idioma castellano, antes escaso, ahora desapareció por completo. Yo me reía con ellos por sus caras y gestos, por contagio. La verdad es que entendía poco y nada lo que hablaban. Seguí comiendo. Teníamos una hora por delante para alimentarnos y hablar. El monte estaba muy húmedo todavía. Los tractores resbalarían mucho. No se podía trabajar aún. Una hora por delante. Una de las horas que dejan huella.

El séptimo hombre era el padre de Carlos. Nunca supe su nombre. Le decían “el viejo”. Estaba de visita en el obraje, conviviendo por unos días con su hijo antes de volver a su Paraguay profundo, a su pequeño *rosado*⁴ rodeado de una selva casi impenetrable. El hombre no hablaba castellano pero era tan expresivo y de risa tan fácil que resultaba sencillo entenderle.

El viejo era un hombre curtido, eso se veía en su piel y en sus cicatrices y en la profundidad de su mirada que acompañaba con una sonrisa, con una mirada cómplice o con un rictus especial para cada cosa que contaba.

Carlos, a su lado, le cebaba los mates. Después de cada sorbo el viejo decía immm!, asintiendo con su cabeza. Se me hace que agradecía o que recordaba cosas agradables.

López el motosierrista, terminó su plato, comió dos cucharadas grandes de *reviro* y le tocó el mate. Le dijo algo en guaraní al viejo sin levantar la vista, con los ojos fijos en el fuego y éste contestó: immm! Ladeando la cabeza.

—Che, Carlos, ¿Qué le dijo López a tu viejo?, pregunté.

—Que contara lo del grito.

—¿Y que es eso?

—De eso no hay que hablar, Alberto. De eso no se habla, mismo.

Pero el viejo, viendo mi cara de curiosidad y adivinando lo que acababa de hablar con su hijo, dijo algunas palabras a Carlos y éste me las tradujo.

—Dice mi viejo que va a contar. Que va a contar para vos. Dice que va a contar porque sos joven y para que recuerdes. Eso dijo.

López le pasó el mate al viejo y éste lo tomó con ambas manos. Un sorbo pequeño preludeó la narración en sílabas y consonantes de distinto tono, un guaraní orgánico, hablado con todo el cuerpo, con pausas inesperadas e imitación de sonidos selváticos que consumaba con breves movimientos de manos y gestos de

su cabeza. Todos escuchamos al viejo en silencio. Todos lo hicimos, incluso el monte.

Carlos me hizo de intérprete, gracias a Dios.

El hombre del monte no tiene miedo, mismo.

La selva es su compañera. Ella le acompaña desde que es gurí o guaina si tiene la mala suerte, aunque guainas han de haber porque si no, seríamos muy pocos.

Un sapucaí⁵ brotó de no sé donde. Risas y toses y otra vuelta de mate.

El hombre no se va al monte sin precaución si sale a descubiertar. Se lleva sombrero ancho para la lluvia y si anda en pata, polaina de la rayada que confunde al yará. El hombre lleva tabaco y yesca para prender y lleva una virgen al cuello que le pueda proteger. Se come mucho temprano pues no se sabe después. El hombre lleva machete, si es del corneta⁶, mejor. Le lleva bien afilado con lima plana bien blanda y va con ella también. Lleva daga de dos filos, del largo de medio brazo, por si ve al yaguaré. Ahí se enfunda el machete y hay que hincarle el corazón, hay que aguantar la mordida que viene atrás del zarpazo. El hombre aguanta bien firme como su madre le enseña y después lava su sangre en el arroyo que encuentre. Si halla vibora verde, también le mata y la come. Y si hay abeja, mejor. Hace humo con la yesca ahuyentando el bicherío y corta de un machetazo un pedazo del panal, y corre con el regalo por la picada⁷ que encuentre. La miel le va empalagar, igual se la come toda porque es regalo del monte, no la debe rechazar.

El hombre no tiene miedo pero debe estar atento. Hay algo que vive adentro que no se puede explicar. La gente le llama "El grito".

Si el hombre está mariscando⁸ o cazando o cosa así y ve moverse allá arriba el incienso, el guatambú o la espina de corona o el palo blanco, mejor, si tuerce la cancharana una rama porque sí, o el palo rosa deshoja en un día a pleno sol, si a una grapia o a un timbó se les oye zumbar fuerte, el hombre ya se prepara, porque el grito anda manguinando⁹.

Y se apura con las cosas que no hay tiempo que perder. Corta con tajo limpio dos icipó¹⁰ no muy gruesos, bien verdes y sin hormiga. Y se lía por un palo de cedro o petiriby o puede ser un anchico, pero no de los matungos¹¹. Y el hombre abraza la planta y en dos vueltas de icipó se sujeta la cintura y se ata las muñecas del otro lado del rollo y así se queda atado como al vientre de su madre.

"El grito" llega de pronto y no hay que voltear la cabeza. Si se mira para atrás, ahí nomás te encuentra el miedo y el hombre pierde su fe. Suena fuerte el ramerío cuando se quiebra en lamentos y se clavan como lanzas en la carne de otras plantas. "El grito" es atronador y va buscando al cristiano mientras destroza la selva. Busca tu cuero y tu carne y si te encuentra te vuela. Si vos no estás bien atado te revuelca por las plantas y te va despedazando, te saca toda tu sangre y los brazos los retuerce, te estira toda tu piel, te descogota y te arranca de un tirón los dedos uno por uno, tus ojos se van con él. El grito te anda encontrando y le tenés que aguantar. Te aplasta contra la planta y arruga todo tu cuero, busca hacerte curubica¹², el hombre se dobla entero, se resbala, se le escapa la saliva y junta todo el aliento y abraza el árbol de nuevo. Una piedra lo bolea y otra le aplana el lomo. "El grito" tira de todo: bicho, planta, piedra y barro. Anda buscando tu vida. El hombre aguanta al malvado como machete clavado.

Y cuando el grito se vá, tan rápido como vino, el hombre no ha de manguiar. El hombre debe escapar.

Silencio general. El viejo también calló.

López, con voz muy grave dijo: —*va-eico*¹³ viejo. Lindo cuento para ir al monte, mismo. Hubo una risotada general. Yo permanecí mudo. Incrédulo. Y el viejo lo notó. El ruido del motor de los tractores me trajo de nuevo a este mundo.

Tiempo después, no más de diez días, llevábamos con Carlos a su papá, el viejo, a Colonia Esmeralda, a orillas del Paraná, para que tomara el barquito que lo cruzaría nuevamente al Paraguay.

Era un verano muy caluroso. Y decir muy caluroso en Misiones es como decir que los termómetros necesitan un anexo, un complemento, para no estallar. Y las tormentas eran proporcionales a los calores.

Ibamos por la ruta doce en mi vieja camioneta. Viajábamos despacio por el horneado medio día. Los tres en el único asiento parecíamos golondrinas en un alambrado. Ni hablábamos del calor. Hasta el mal humor se había evaporado.

Forestaciones de pinos por todos lados. La mar de pinos. Kilómetros de pinares prolijamente alineados. Un diseño colonial arboreo. Un mapa romano vegetal. La estructura del asedio a la selva virgen.

Algo llamó la atención de Carlos y me hizo detener el vehículo en la banquina.

—Pero, mirá Alberto, cómo construyen esa cancha de aviación.

Ciertamente. En medio de los pinares, como a doscientos metros nuestro, una prolija máquina había sacado todos los árboles dejando la tierra al descubierto en una extensión de algo más de quinientos metros de largo. Con Carlos nos internamos entre los pinos y caminamos hasta la pista.

Obviamente no era tal. No podía serlo. Si bien toda la vegetación había sido removida, los *tocos* habían

quedado cortados a distintas alturas pero todas inferiores al metro y medio. Todos tenían en común el desflechado final. Como fósforos de madera retorcidos y arrancada la parte superior de los mismos en forma brutal.

Y entonces recordé lo que había leído en el diario *El Territorio* dos días antes. El tornado en Colonia Wanda. El lugar en donde estábamos. Esto le comenté a Carlos y nos quedamos asombrados por la fuerza destructiva y monstruosa que devastó aquel lugar.

Volvimos caminando despacio, tomando agua y volteando la cabeza cada tanto para mirar el fenómeno. Llegamos a la camioneta y Carlos le habló en guaraní a su papá. Este le contestó furiosamente. Muy enojado.

—Ché, Carlos. ¿Qué te dijo tu viejo?

—Que no hay que mirar hacia atrás. Que eso fue “El grito”. Que nos vayamos rápido.

Y así lo hicimos. Huimos, en realidad.

[1](#) Cuatro postes y un techo a un ala inclinada que protegen del agua a un camastro armado con varas a medio metro del suelo. El techo y sus paredes son de láminas de chapa de madera de descarte de las laminadoras. La cuarta pared no existe. Ésta es la selva.

[2](#) Son los restos de la comida anterior que se enriquecen con lo que haya a mano: huevos, sopa, mandioca o la carne de caza.

[3](#) Gránulos de harina frita, salada y con huevos. Se come de una olla compartida con una única cuchara, acompañando los bocados de carayá.

[4](#) Es la pequeña porción de la selva que se limpia de árboles para construir una casita de madera y una huerta.

[5](#) Recorrer el monte.

[6](#) Es un machete de buen acero.

[7](#) Caminos para recorrer a pie.

[8](#) Cazar peces con lanza.

[9](#) Espiar furtivamente con ánimo de sorprender o atrapar.

[10](#) Liana delgada y flexible.

[11](#) Muy gruesos.

[12](#) Reducción de algo sólido a gránulos o polvo.

[13](#) Expresión de sorpresa, admiración y saludo.

UNA SIESTA EN OBERÁ

Pero que caluroso se pone Oberá a la hora de la siesta! Digan que los bichos también duermen, si no sería insoportable. Claro, el clima misionero es benigno para la flora pero lo que es para el humano no lo sé, me hace dudar. El cuerpo sufre mucho hasta que se habitúa a un “sauna” permanente. Normalmente este proceso de aclimatación dura entre veinte y treinta años, a veces más. El secreto está en no irse nunca de Misiones porque tomar un poco de aire fresco, de Córdoba por ejemplo, hace que el cuerpo se envíe y hay que reiniciar el tratamiento a la vuelta (otros veinte años). Por eso la gente misionera no sale de su tierra, porque, no es que no sea bueno salir, es que es malsano volver. Y volver hay que volver, pues esa tierra tira y tira por tu cordón umbilical hasta llevarte de vuelta. Si hasta yo, que me hice el pavo escapándole al calor y me vine para San Martín de los Andes a vivir, a veces tengo que retroceder en la ruta y retomar para el sur porque me distraigo. Es que solas las manos llevan tu auto derechito para el norte. Por eso hay que andar atento y que no te agarre la extrañera porque ahí nomás Misiones te tira del cordón y te lleva a sus brazos ardientes como a un bebé y te invita un tereré fresquito y te lava en sus arroyos tibios y te canta un chamamé bien lento en idioma guaraní suspirando humo de incienso, transpirando flores de palo rosa, bendiciéndote con lluvias que no cesan, como monzones latinos, hasta que el *payé* te hinca profundo y te convierte en un árbol más en la foresta y deja que tus raíces vayan profundo por su cuerpo colorado. Así es. Es de esa forma.

Ustedes me hacen hablar y me olvido lo que iba a decir. Estábamos en Oberá que nació siendo una Colonia polaca y como los polacos son gente muy entusiasta ahora es una ciudad polaca. La verdad que es difícil encontrar gente normal en Oberá. Son todos rubios y de ojos transparentes. Si hasta los bichos que son negros, allí son claritos, como albinos. Y la gente, para que no haya accidentes con los vehículos, pinta sus casas de todos los colores para que contrasten con las personas porque con los destellos del sol uno no los ve a los polacos de tan blancos que son. Son como fantasmas con sombrero de paja manejando sus tractores y en las reuniones al mediodía en la plaza parece que los cigarros se fuman solos, que las bicicletas andan porque algún titiritero, enorme y oculto, las sostiene, que los periódicos están enganchados en las ramitas de los pinos y que las bolsas de las compras de las polacas las lleva el aire caliente.

Por eso le pareció tan raro a Wladimiro Teresiuk lo que veía desde su camión municipal. Le dieron franco a las dos de la tarde para poder preparar a la novecita, con los demás empleados, el entarimado y demás cosas necesarias en el centro del pueblo, al costado de la plaza, para festejar el aniversario patrio. Era absolutamente imposible que él volviera a las dos de la tarde cualquier día porque su obligación era trabajar ocho horas corridas y para un polaco lo que debe ser, es.

Todos conocían el camión de Wladimiro porque tenía el escape mal puesto y hacía un ruido fuerte y único. Por eso no arreglaba el escape, porque era único. Era su signo de distinción. Pero si desde dos cuadras o más ya se escuchaba esa máquina regadora de calles y la gente contenta porque junto con el agua desparramaba frescor y todos sacaban las sillas afuera y se tomaba mate sin que ande volando tierra y con un grado menos de temperatura parecía que uno estaba en el polo, así daba gusto chamigo.

Cuando iba llegando a la casa, como a una cuadra, apenas terminaba la subida, vio su casita verde con las persianas cerradas para evitar el calorón del mediodía y de pronto, la ventana del baño, la que daba a la casa del vecino se abrió de golpe y salió algo como una pierna medio oscurona y una mano y enseguida otra pierna, también medio parda, y una cabeza morocha. De un salto salió el resto de lo inconcebible, como una oruga negra y peluda desde el centro de una avispa, y ya sin dudas parecía que era un hombre completamente desnudo, desconcertado, al que le tiraron desde adentro unas pilchas voladas y eso, lo que fuera fuese, salió corriendo para cualquier lado, menos por donde venían, estupefactos, con las bocas entreabiertas, Wladimiro y su camión.

El hecho es que el sombrío fantasma siestero se perdió en el monte que empezaba ahí nomás, a tres casas de distancia, con una velocidad deslumbrante. La persiana del baño se cerró desde adentro con un ruido seco.

Wladimiro paró el camión en la entrada de su casa y abrió despacio la puerta, como un autómatas con la boca entreabierta ¿serían ladrones? Su mujer dormía al parecer, todo estaba en orden, la casa olía como siempre. No hay caso, tuvo que haber soñado despierto, el calor a veces hace eso a las personas. Se fue despacio al baño, para no despertar a su esposa y ahí tampoco había nada raro excepto por el lavatorio que estaba colgado grotescamente. La fuerza que lo inclinó hizo palanca en las cañerías que quedaron expuestas como estiradas y cortadas y largaban agua de lo lindo formando un pequeño y exclusivo arco iris, como si fuera una bienvenida para Wladimiro, o algo así. Pero se estaba inundando el baño y eso lo despertó. Obviamente algo muy pesado se apoyó allí, justo debajo de la ventana que soñó que se abría. Algo hizo pie firme en el borde del lavatorio, desesperadamente firme.

—iiiErika!!! —dice que escucharon los vecinos despertándose sobresaltados. Tal fue el grito que los perros empezaron a ladrar, malhumorados, y dos o tres persianas se entreabrieron curiosas. Pero fue lo único. No se escuchó más nada y aunque varias orejas quedaron atentas como media hora, al final todos volvieron a sus camas debajo de los ventiladores de techo un poco decepcionados.

Y la tardecita se vino irremediabilmente amontonando más horas al día y no quedó más remedio que

hacer tereré en Oberá. Miles de mates grandes, recipientes de cuentos y rodajas de limón, albergue de chismes y yuyos medicinales, todo mezclado con yerba de las chacras vecinas y agua con hielo y jugo de naranjas en jarras transpiradas de risotadas y buen humor. Después se harían los últimos trabajos del día de tarefa, con la fresca.

Nadie supo nunca qué hablaron el Wladimiro y la Erika pero ciertamente todos los vieron salir a la puesta del sol bien bañaditos, sonrientes y de la manito como dos enamorados. Ella iba con la bolsa de las compras y él la miraba extasiado, como un bobo. Ella le devolvía las miradas con una sonrisa angelical. Era linda la Erika, linda gringa. Para mí que era mucha mujer para el pobre Wladimiro. Si hasta bailaron polkas toda la noche en la fiesta aniversario. Pero ¡ve!, así son las cosas nomás. Hasta donde yo sé siguen juntos y de lo más felices. El plomero que arregló el baño contó que tiene que haber sido una bestia el animal que hizo eso, pesadísimo, por lo menos ciento diez kilos calculó el profesional. ¡Ay! que grande... se repetían las gringas vecinas, y Anatoly, el verdulero, les decía que eran unas envidiosas, demasiado rubias y transparentes como para conquistar un “cherny” (criollo) tan robusto.

Y la historia se hizo cuento y el cuento se hizo misterio. Si hasta dos horas se puede hablar de lo que habrá conversado esa pareja en voz tan baja y créanme si les digo que he escuchado las cosas más disparatadas. No sé, ya me estoy convenciendo que por más limpio que esté el vidrio siempre habrá un pelito negro pegadito en algún lado y mucho, mucho más en Oberá.

KILÓMETRO 25

Pues te pueden haber contado muchas cosas en tu vida, algunas verdades, otras no tanto, y no sé cuál de ellas se habrá fijado para siempre en tu memoria. Quizás algunas de las más locas o las más graciosas o las verdaderamente tristes y, ahora que lo pienso, todo lo que pasó contiene esos tres elementos mágicos.

De tal modo que no esperes que te aburra con mi historia, pues yo no me aburrí viviéndola y no me pidas que te la cuente dos veces porque quizás me gane la ilusión de estar otra vez allá y desaparezca.

¡Pero qué bella es esta vida! ¡Qué hermosura!, si ya estoy llegando con mi guaina jovencita, mi polaquita hermosa, sentada bien pegadita a mí en la camioneta; ojos de luz, alma de luz, mi luz al fin.

Kilómetro 25, de Eldorado a Tobuna, Colonia Nueva Germania, serranía tropical, agua a borbotones que brota hasta de las piedras. Verde es todo, la selva, las capueras, las huertas, las praderas brillantes, los arroyos; el aire es verde, el cielo es verde, el sol es verde, la vida es verde, exuberante y explosivamente verde.

Y era la hora exacta. No me preguntes cuál, no usaba reloj, pero como no se ha vuelto a repetir jamás, fue la hora exacta. ¿Ves?

Pasamos el puentecito de lapacho negro que daba entrada a la propiedad, y los gansos, molestos, desde la charca que formaba el arroyito, nos gritaron de todo en su idioma. Nos llegamos al camino ancho que dividía la plantación de árboles de tung hasta llegar al yerbal. Prolijito y bien podado, era un reflejo vegetal del alma del gringo. Allá, sobre la colina, un cuadro bastante grande de tabaco Richmond y más acá una huerta cuidada con esmero. Paramos donde terminaban las mandiocas y comenzaba el maizal, en el playón enorme frente a la casona de Karl, el hombre más querido de la colonia. Una bella casa, una postal de la Baja Renania en medio del monte argentino.

El calor agobiante de la tarde se estaba espesando y de repente la lluvia verde nos refrescó el cuerpo. Corrimos hasta la galería y dejamos las botas en el piso de timbó seco y lustroso. Entramos en pata, como debe ser, y la Helga nos ofreció una toalla. Daba gusto el piso encerado y el orden y la limpieza que se respiraban. Entramos en la gigantesca cocina donde estaba la viuda vestida toda de negro. Una gringa redonda y maciza con sus años bien llevados, ojos claros medio llorosos por la pena y por el humo perfumado de leña de laurel y palo blanco, la voz firme, sin quiebres, aun en la pronunciación costosa de nuestro idioma español. Mateaba con las vecinas, todas gringas de su edad. Hablaban en alemán, salpicando, aquí y allá, algún término en español.

—Pero mirá, che tucán, la gente que se ha juntado en la chacra del gringo viejo —dijo el mono carayá.

—Y sí.

—Desde esta planta, en el capuerón, se ve lindo chamigo, y además no nos mojamos.

—No.

—Vos hablás medio mezquino, ¿no?

—Por el pico. Es muy largo.

—Vos sos un bicho arruinado, mismo. Puros colores y nada de comunicación social.

—Dejate de joder, mono, o le llamo a la víbora y te come.

Y le dimos el pésame a la viuda, sentido y de corazón. El gringo era un flor de tipo, un hombre de lo mejor: la chacra bien trabajada, bien tratada su mujer, amigo de sus amigos y de sus hijos aún más. Charlador y buen cuentero. No sé qué habrá hecho en la guerra, ni nunca se hablaba de eso. Por todo lo que dejó, pagó por demás su deuda, si es que alguna mantenía.

Y se juntó la gringada completa de la colonia. Todos medio apretados en el comedor, alrededor de la mesa firme que sostenía el cajón. La lluvia golpeaba ahora con fuerza de tambor en el techo de zinc y hacía un alboroto que invitaba a las copitas de ginebra que repartía la Helga, la hija mayor, en una bandeja de bronce con motivos de caza repujados. Muchas copitas. Muchísimas.

Pero eso sí que ni una palabra en cristiano. Puro alemán bien cerrado, por el idioma, claro, y por las copitas también. Al principio susurrado, fue aumentando en el volumen, todas voces masculinas, mujeres en la cocina. Salió una gringa por la puerta y sopló un ishshh! rotundo. Silencio instantáneo entre los dolientes; algunos arquearon las cejas hacia arriba, reconociendo el desliz.

—Digo yo. Me parece a mí o se huele a ginebra acá en el monte.

—Sí. Se huele, mono. Sale de la casa.

—Cuidado, no te emborraches, tucán. Mirá que chupás mucho aire con semejante pico.

—Ya mismo le llamo a la víbora.

Y se cayó la noche como a veces se cae el honor. Inesperadamente.

Se sirvieron chipás calentitas para hacer algo de basea la noche dolorosa por venir. Ahora sí que la lluvia y

el viento amenazaban convertirse en *un grito*, en un huracán endiablado. Un rayo cercano hizo que el mono *carayá* chillara varias veces en distintos tonos y otros contestaran monte adentro, del puro miedo nomás. Todos vieron cómo un viento apagó tres de las cuatro velas grandes que rodeaban al cajón. Günter, el carpintero, las prendió de nuevo, muy solemne, con un fósforo Ranchera crepitante y perfumado. Ahora sí. Todo en orden.

Pero los nervios dan sed y las chipás pedían a gritos ser regadas, así que en la cocina las gringas prepararon un buen *poncho-tó* en la palangana plateada.

—Más jugo de naranja y menos alcohol fino, que la gente tiene sed. Y métanle mucho hielo que el maridaje está esperando —dijo Erika, la hermana de la Helga.

Rico el *poncho-tó*. Me gustó. Mi guaina quedó en la cocina y yo, mucho más divertido con los cuentos de los gringos que con los lloros que se escuchaban a veces a través de la puerta blanca que daba a la cocina, fui recorriendo ese pedacito de mi vida con plena conciencia de estar vivo, disfrutando. No como el pobre Karl.

—*Pobrecita la viuda, mono. Mirá que quedar así, tan sola y triste...*

—*Pero chamigo, ¿ya te empedaste? Pobre el que se va. Pobre el que se muere. El que vive sale ganando siempre, sigue disfrutando la vida, ve salir el sol cada mañana, puede amar, reír, tomar mate y gastar plata. Vos pensás medio al revés, tucanito.*

—*Al yaguareté le voy a llamar, mono picarambú.*

A eso de la una de la mañana llegó del Club Alemán de Eldorado una camioneta carrozada, patinando y tocando bocina, con los músicos de la banda tradicional *Von uns lieber Pirai Guazú* (Nuestro querido Pirai Guazú). No pudieron esquivar el tramo de barro ñaú del final del mandiocal y el vehículo se enterró hasta la mitad. Salieron los cinco por la puerta de atrás medio tropezando y metiendo bulla. La verdad es que venían muy dolidos. De la camioneta sacaron los instrumentos y escondieron, cómplices, debajo de un *cachapé caú* lleno de flores, las cuatro botellas de coñac Tres Plumas. Vacías, desde luego.

Y entraron ruidosos. Son ruidosos los músicos dolidos. Dejaron los sombreros rojos con plumas verdes en el banco enorme de la galería y al costado las botas embarradas. El bombo se tocó solo al golpearse con el apoyabrazos y una gringa se asomó. ¡Shhhh! Risas entrecortadas contenidas en esa galería, del puro nervio, digo yo.

Entraron en pata, con los pantalones dorados remangados hasta la rodilla y los sacones verdes con botones relucientes abrochados hasta el cuello. Encima eran de invierno los trajes. El sudor es bueno para limpiar el cuerpo. Sí señor.

Saludaron a la viuda y se acercaron a Karl. Los cinco le tocaron la mano asintiendo con la cabeza y uno de ellos depositó un beso entre sus dedos y lo apoyó en la frente del amigo fallecido. Tres de ellos habían servido en el mismo regimiento, así me dijeron.

El *poncho-tó* se terminó pronto y la noche iba a ser larga, así que dos gringas fueron al sótano y trajeron cinco garrafas grandes de guindado. Siempre viene bien algo dulce. Y dulces fueron las melodías que brotaron del acordeón del más gordo de los músicos. Ahí nomás se prendió el clarinete, la trompeta y el trombón. El enorme tambor acompañaba como podía, pues lo suyo eran la pompa de los acordes nupciales y el vigor de las himnos germanos. Comenzaron con “Cuando vuelva” y siguieron con “Edelweiss” y “Valles del Rhin”; todos cantaron con voces trémulas y potentes. Las mujeres salieron de la cocina y cantaron con los hombres. Todos tomados de las manos. Primeras y segundas voces elevándose potentes impusieron respeto al monte y hasta la lluvia se contuvo por un rato, guardándose a silencio respetuoso. Pero si hasta Karl hubiera cantado, pero bueno, no podía porque era el homenajeado.

Y se lloró. Es increíble lo mucho que pueden hacer en nuestro corazón las notas musicales en el momento apropiado y el *poncho tó* y la ginebra y el guindado, claro.

Gotas de agua. Gotas de alcohol. Gotas de tiempo. ¿Acaso no es lo mismo? Vivimos la vida gota a gota y el secreto está en guardarlas en un frasquito para después regalarlas en canciones y cuentos.

—*¿Te gusta la música que se escucha, tucán?*

—*Por favor, no me tutee, mono. El hecho de que estemos juntos, en el mismo árbol, por una coyuntura climática, no le da derecho a inmediateces impropias.*

—*Pero, ¿le gusta o no, chamigo?*

—*Sí.*

—*Me parece que vamos a tener música hasta el amanecer. No vamos a poder dormir.*

—*¿Y para qué quiere dormir, mono?*

—*Así no tengo que ver tu cara de ojos con manija, tucán.*

—*Opaitema desgraciado, mono carayá-i.*

Y volvió la lluvia tibia con fuerza y resolución. Ni nada se escuchaba por fuera salvo el tamboril infernal del

goterío sobre el techo de chapa.

Un rayo y otro más despertaron definitivamente la sed de los dolientes. La mujerada preparó los vasos grandes, alineándolos en la mesa de la cocina, y sacó de la caja de zinc revestida con madera de cedro como tres docenas de botellas heladas de cerveza. Muchas quedaron de reserva medio trabadas por el hielo en barra traído la tarde anterior. La gente se abalanzó elegantemente y pronto se olvidaron los rayos y comenzaron los cuentos en voz baja, claro, para que la viuda descanse un ratito.

Kurt, el flaco solterón, trabajaba la chacra del fondo, la que está como quien va por la picada de Mayer hasta el arroyo Caacupé, todo ese lote le dio el fisco por veinte años hasta convertirlo en propiedad. Y ya iban más de diez y era una de las chacras más bellas y productivas. Tan productiva como la imaginación de su dueño. Kurt era un hombre creyente. Demasiado creyente.

Las velas prendidas alrededor del cajón, el calor, la lluvia, los rayos, la oscuridad, la ginebra y las otras cositas que tomó, lograron que Kurt escuchara los cuentos macabros de Günter con especial atención. Asentía muy serio ante la parte en que el muerto regresa a la chacra a tomar tereré por la sed que le da el infierno, y ni hablar de lo cierto que es que al fantasma de Uwe lo han visto de noche en todos los yerbales de la colonia, entre las plantas, tomando un *fuerte* y cantando. Dicen que viene por la viuda, que no se anda portando demasiado bien, mismo.

Pero a Kurt le impresionó muchísimo la historia verdadera de Otto, el molinero. Ahí sí que se juntaron todos a escuchar, porque era cierta, Otto ni nunca mentía. Así que echaron unos *schnapps* de ginebra al cuerpo, llenaron cada uno de nuevo su vaso de cerveza y se dispusieron a escuchar. Y Otto dijo: “A mí me pueden decir cualquier cosa, pero lo cierto es cierto y lo que es verdad, es verdad”. (Todos asentieron.) “Me pueden decir que el menor de los hijos de un colono murió aplastado por el tractor que se dio vuelta carnero para atrás porque en la estirada el rollo se trabó con un toco, y no me voy a ablandar”. (No, dijeron todos en voz susurrante.) “Me pueden contar cómo murió Albert, picado dos veces por la misma yarará, una vez en cada pierna, asfixiado hasta el verdor e igual voy a ir en el monte a trabajar mi chacra”. (Es cierto, sí.) “Y no me asustó *el sin cabeza* que me topé en el Moconá cuando obrajeaba para La Forestal”, (no, no se asustó), “pero lo peor que le puede pasar a un cristiano no es lo que dice el pastor en el templo todos los domingos del fuego del demonio y cosa así. No. Lo peor es que un muerto te esté mirando sin que te des cuenta, que te esté midiendo para llevarte a la tumba con él y que esté planeando agarrarte de las patas y meterte en el agujero bien agarradito, y que nadie te pueda soltar y que te echen tierra junto con él”. (¡Ohhh!, dijeron todos a coro y Kurt no podía cerrar la boca.) “Así me pasó una vez, cuando era joven, que un muerto como el que estamos velando me sujetó en un descuido justito al lado del pozo, pero pude zafar porque llevaba machete y en un *sapoité* le corté la mano fría y huesuda que me agarraba, y salí corriendo con esos dedos secos y medio verdosos apretando todavía por mi tobillo”.

A Kurt, pobre, se le salían los ojos de las órbitas. Estaba francamente aterrado. No tenía la menor gana de volver solo a su casa y, “algún día lo iba a tener que hacer”, pensó. Es que la idea de que un muerto desgraciado te ande tironeando para llevarte con él lo aterraba. Hacía tiempo que le rondaba esa idea porque Otto no era la primera vez que lo contaba, y entonces se andaba siempre con machete bien afilado, por las dudas. Cuando en su chacra iba a hacer un *rosado* nuevo, ganándole al monte, para plantar mandioca, cuando iba con la zapa a limpiar el yerbal, cuando preparaba humo para matar la hormiga que le comía los plantines de pino, cuando arribaba con un bastón invertido en la mano izquierda los pastos altos (no hay que meter la mano para que no te hinque el yarará) y los cortaba de un golpe seco medio sesgado con el machete de mango largo (para no acercar la otra mano y te sorprenda de puro pavote), cuando arreglaba las chapas del techo o le echaba gasoil al tractor “Hanomag” de color incierto, siempre iba con machete. Esa idea del muerto agarrador no le dejaba en paz.

Así fueron pasando el tiempo los varones. Asustándose. De las mujeres no sé porque estaban meta hablar en la cocina y no escuchaba mucho.

A eso de las cinco nos ganó la mañana. Lluvia y lluvia, nomás. Fue una suerte que el pozo bien profundo en el fondo de la chacra se pudo hacer la tarde anterior, con sol y casi cuarenta de temperatura. La autorización municipal ya estaba hecha. Karl descansaría en su tierra de tantos años.

Y desde la iglesia evangélica “Dios es”, la del kilómetro 30, se llegó el pastor en un auto negro, peludeando desde luego. Es que la tierra misionera, roja a rabiarse, tiene algo de jabón, es resbalosa, patinosa como ninguna cuando está mojada, y es pegajosa, chirle, hasta se pega al corazón en forma particular, se queda allí para siempre y se diluye en tu sangre durante toda tu vida y se esparce por tu cuerpo y se mete en tu memoria y, por fin, se desparrama en cuentos.

—¿Y, cómo va la cosa, tucán?

—.....

—Bueno, si no quiere hablar no hablemos.

—.....

—Pero después no venga a decirme que no le avisé.

—¿Qué cosa tiene que avisarme, mono?

—Que detrás de usted hay una negra y enorme víbora ñacandiná con la boca abierta lista para comérselo.

Apenas abrió la puerta, el pastor se dio cuenta de que había sido una noche difícil. Le ordenó en alemán a su ayudante que abriera todas las ventanas, aunque lloviera, y que dejara la puerta como estaba. Su grey estaba, cómo decirlo en términos pastorales, pues... volando con los ángeles. Ese era un buen comienzo para su homilía, porque les recordó a todos las bodas de Caná, donde Jesús convirtió el agua en vino: *Y si hizo vino por algo habrá sido, porque no hizo aceite ni otra cosa, hizo vino porque le gustaba el vino.* Tuvo que forzar un poquito la interpretación hermenéutica, pero al final cerró sus palabras casi con aplausos de los dolientes. La verdad, estuvo bárbaro el pastor. Todos festejaron sus palabras con una ronda de algo incoloro y casi mortífero servido de un botellón del aparador. El pastor se tomó dos vasitos por el esfuerzo bíblico.

Así fue la cosa, nomás. Ya estaba todo listo para la caminata final hasta el fondo de la chacra. La viuda se puso las botas de goma, no sin antes sacudirlas boca abajo por si le entró la araña, las mujeres hicieron lo mismo, pero antes fueron todas al baño porque iba a ser medio largo el tirón y es que los hombres pueden separarse e ir a la capuera un minuto, pero las mujeres, no. Los músicos lavaron sus caras en la galería, juntando el agua que caía del techo con las manos en cuenco, se calzaron los sombreros típicos, las botas, bajaron las bocamangas de sus pantalones dorados y se abrocharon hasta arriba las casacas verdes. Probaron a continuación la afinación de sus instrumentos y, curiosamente, de los tres de viento salieron expulsados algunos insectos instantáneamente etilizados, que quedaron desparramados por el piso. El gordo del acordeón estaba muy inspirado y no dejaba de probar varios acordes con energía, sonriendo en forma un poco impropia, hasta que sus compañeros le hicieron cesar la improvisación, recordándole que no estaba en el club. Enseguida quedó serio, asintiendo. El bombo dio un solo golpe. Más no hacía falta. El pastor y su ayudante, ya con los pómulos un poco más rubicundos, se calzaron las levitas negras, y en las cabezas, como todos los demás, los sombreros de paja de todos los días. En el caso del pastor, era blanco y muy elegante.

Todos recordaron al instante la cancioncita repetida mil veces en la tarea de la yerba mate:

*“Hoy pasé por el templo mayor,
en mi burro que es todo un encantooooo,
y lo vi al pastor y le dije,
ay qué lindo su sombrero blancooooo.”*

Se puede cantar a dos voces, con acento gringo, y suena precioso. El secreto está en sacar todo el aire en el oooo! final.

Los hombres estaban listos para llevar el cajón, turnándose por el camino, para que todos pudieran despedirlo bien.

Y bueno, apagaron las velas, no sea cosa que se arme un incendio cuando la gente no está, organizaron la delantera de la procesión con el cajón y seis gringos, la viuda, el pastor, la Helga y Erika enseguidita, la mujerada detrás, mi polaquita entre ellas, y en fila de a dos en dos todos los hombres de la colonia. Kurt iba último, lleno de alcohol y terror por los cuentos de la noche.

—¿Vio lo que le decía, tucán? Suerte que se voló a la otra rama y no le comió la víbora.

—Sí. Debo darle las gracias, mono.

—Eso para que vea que no soy ningún discriminero.

—Gracias de nuevo.

—De nada. ¿Ve toda esa gente allá abajo, tucán?

—Sí. Es un entierro.

—¡Ahhhh!.... Usted seguro que no se va a morir nunca.

—Me halagan sus palabras mono. ¿Por qué lo dice?

—Porque habría que hacer un pozo enorme para semejante pico.

Muchos fueron en pata, porque la lluvia verde que no cesaba había convertido el camino en una máquina succionadora de pasos. Iban serios. Muy serios. Kurt nomás, que medio se reía solo como un pavo, iba de un huellón al otro por no poderse mantener derecho y espía de reojo si no había algún muerto que le quisiera agarrar. La banda tocaba estridente una canción muy triste y eso le daba más miedo a Kurt, que se comía las uñas y temblaba un poquito con cada golpe de tambor.

Y llegamos.

Seria, muy seria la viuda. Gringa dura, se paró a unos diez metros del pozo, bajo su paraguas empapado, rodeada de la Helga, la Erika y todas las demás mujeres de la colonia. Despediría a su hombre sin llorar, de pie, pensando sólo en él, con firmeza, como hubiese querido Karl.

La banda se puso a un costado y cinco gringos cubrieron con sus paraguas a los músicos para que los instrumentos sonaran correctamente. Günter traía la manija de adelante del cajón y dirigió la operación hasta hacerlo descansar al frente del profundísimo hoyo. El pastor rezó en alemán por unos minutos, y al finalizar, la banda arremetió con un triste himno wagneriano. Ni siquiera esto conmovió a la viuda. Firme, estoica y, diría casi que con cara de furia, miraba hacia delante. Todos trataban de imitarla.

Y así fue que los hombres se reunieron alrededor del cajón, pasaron dos sogas muy gruesas por debajo y dos gringos fuertes en cada extremo de ellas lo fueron posicionando para bajarlo despacio. ¡Pero cómo llovía, chamigo!, eso era un lodazal de tierra removida y empapada, la maniobra era difícil y ya se oían los

resoplidos y las indicaciones en voz bastante alta. Kurt se acercó también, a ver en qué podía ayudar, cuando vio que la cosa se complicaba. Otto le pidió a Kurt que sostuviera el extremo que él sostenía mientras acomodaba mejor la puntera del cajón, junto a Günter, para que no raspaba demasiado al bajar, y Kurt agarró la sogas con un poco de aprehensión. No le gustaba estar tan cerca del muerto.

Es que eran muchas indicaciones al mismo tiempo, pienso yo.

Y lo que tiene que pasar, pasa. Otto, que alguna cosita de las que tomó le cayó pesada, se mareó un poquito y aflojó la puntera del cajón, que se fue contra la pared delantera con un golpe y eso les hizo aflojar las sogas a los otros ayudantes que trastabillaron por el cimbronazo y el suelo resbaladizo, y soltaron las sogas porque todo se iba para abajo con mucha velocidad y en forma desprolija. Pero con las sacudidas el cajón se abrió y apareció de vuelta el muerto sacando una mano afuera, como saludando mismo, resbalando para el fondo.

Lo que nunca nadie pudo explicar es por qué Kurt no soltó la sogas como todos los demás. En fin, allá se fue Kurt, patinando despacio y con cara de terror, agarrado de la sogas, mirando a la viuda como preguntando qué pasaba. Iba dejando unos huellones profundos con sus talones en el barro. Hasta que se acabó el barro y empezó el agujero. Todos recordamos a Kurt mirando aterrado, gritando, arañando el barro, su sombrero bamboleante y, por fin, sólo las marcas profundas de diez dedos y diez uñas resbalando despacio al costado del pozo. Y desapareció.

Estupor. La viuda se mantuvo incólume. Las acompañantes no pudieron reprimir la risa y se tapaban el rostro como podían. Se acercaron al borde del pozo el pastor y sus ayudantes, los miembros de la banda y todos los hombres, para ayudar a Kurt que estaba a los gritos y saltaba como un gato para salir de la tumba. ¡Cómo gritaba ese hombre! Pero ese pozo era hondo, muy hondo. En uno de los saltos, como para agarrar una mano, Kurt volvió a caer al fondo cenagoso, pero esta vez con tanta mala suerte que la mano del muerto le enroscó el tobillo.

—Yo no sabía que se gritaba tanto en un entierro, tucán.

—Yo tampoco, mono.

—¿Pero estará muerto el muerto, tucán?

—No lo sé, mono, pero, por lo que veo, hay vivos que van callados y muertos que están gritando.

—Usted es medio filósofo, tucán.

—Observador nomás, mono. Observador.

A alguien se le ocurrió por fin tirarle una de las sogas gruesas a Kurt y entre todos lo sacaron de un tirón. Apenas salió le empezó a dar golpes a los músicos, al pastor y a todos los demás gringos. Maldecía a los gritos y saltaba como un loco. Al final se lo llevaron entre cuatro por el mismo camino que vino y de vez en cuando se escuchaba un alarido de furia y terror.

Günter empezó a echar tierra y el cortejo se retiró. Sólo quedaron los hombres y la sonrisa se hizo carcajadas. Una hora larga de algarabía y voces fuertes. Mientras terminaban de palear tierra a algunos les daban espasmos de risa y se tiraban de espaldas agarrándose la panza. Los demás acompañaban con fuertes *sapucaí*.

—Y bueno, parece que vamos a tener que irnos, tucán.

—Sí. Ya está parando el agua.

—Medio raro todo, ¿no?

—Sí, pero ese hombre tuvo la más hermosa y alegre de las despedidas. Así es lindo, chamigo.

SAN JAIR

Fuimos varios los que salimos de Eldorado hacia Dionisio Cerqueira aquella mañana lluviosa. Jair había muerto. Era evidente que iba a morir joven porque esebrasilerito oscurón, rubio y de ojitos verdes se hizo dueño de los vicios, no de alguno de ellos, no, imaginen todos los vicios posibles y eso sólo sería una ínfima porción de su bagaje. Si hasta vinieron científicos de San Pablo al velorio para estudiar en detalle el cuerpo y ver hasta dónde puede el ser humano resistir tanta juerga, tanto alcohol y sustancias exóticas, cómo andar meses enteros sin dormir bailando desnudo entre señoritas, cómo hacer para cantar hasta caer desmayado, como recordar tantos versos ignotos, bellísimos y seducir con ellos, entre volutas de humo y vahos de alcohol, a todas las mujeres que lo escucharan. Era un misterio científico. Algo imposible, seguramente explicable con fórmulas de mecánica cuántica, sólo así.

Pero Jair era sobre todo un buen amigo, generoso sin dinero, generoso con su vida. Todos lo queríamos. Se nos fue a los veintiséis, demasiado aguantó, comentamos los que íbamos en el auto.

Llegamos a Cerqueira y notamos enseguida la cara de tristeza en los policías de la *Rodoviaria* en la frontera, los dos bares cerrados por duelo, la casa *As Meninas* con sus mujeres morenas en la puerta, llorando diluvios. El notario, dos tractoristas, el diariero, seis enfermeras, el guarda municipal con el alcalde y tantos más en fila india en la entrada de la casa de duelo. Nosotros nos unimos. Adentro se escuchaba cantar, estaban *zambando*, y pensándolo bien no podía ser de otro modo la despedida a Jair. El *zambá* era constante, repleto de voces, era un *zambá* sinfónico, contagioso, abrazador.

Nos fuimos acercando a un Jair circundado de velas y enjoyado en amuletos. Por un instante pensé que era una imprudencia poner fuego tan cerca del amigo, coleccionista de alcoholes, pudiera haber una explosión y adiós Dionisio Cerqueira. Nos quedaríamos sin cuerpo que velar, ni cantina, ni morenas. Un desastre.

Jair estaba en un ataúd fabricado especialmente pues los brazos, y esto es lo curioso, en lugar de estar piadosamente sobre su pecho, sostenían las manos por detrás de su cabeza, jocosamente en cruz, como tomando el sol del mediodía, y Jair, todos lo vimos, sonreía. Increíble.

Y así lo enterraron, riente y en ese cajón tan extraño en forma de cruz, pues no hubo modo de destrabarlo al pícaro. —Si parece un *Jesuzhiño meu Jair*, —dijo la mujer del boticario en voz muy baja.

El cura, cómplice del muerto en tantas juergas, no rezó una oración. Sólo miró a todos los reunidos y emocionadamente borracho dijo: —ishhh! ishhh!, *Jair se divertindo com Deus*.

Cosas de la frontera nomás.

DON FELIPE YARARÁ

Soy paulista, de Ribeirao Preto, mejor, ya cumplí los veintiséis y cargo mi buena faca y un revólver 38 con balas de calidad. Me voy para la Argentina. Bajo en micro por Londina y de allí hasta Cascavel. En Foz voy a hacer un alto para ver el Iguazú. Me han dicho que el agua cae con un ruido muy azul y que cerrando los ojos fuerte, fuerte, hasta que duelan, se perdonan los pecados como por arte de magia. Yo necesito esa agua para seguir adelante. El muerto del Matto Grosso no me deja descansar y ahora esta nueva contrata que yo iba a rechazar, no por el pago, que es bueno sino por lo peligroso, muchas cosas al azar. Saulo Piris es mi nombre, yo no sé si importará.

Don Felipe tenía obraje en Altos del Moconá, una selva bravía y gorda como anaconda de tanto tragarse gente. Hasta el silencio se pierde en Altos del Moconá y dicen que Dios le esquivo cuando anda revisando porque pierde sus poderes entre el inmenso follaje. Si hasta el sol va desconfiando por si le pillan los rayos los bichos de allá debajo. En ese lugar tan fiero, de aires como en un horno y lloveradas eternas, de animales que no existen o existen sólo una vez, de cuentos casi tan largos como diez pavas de mate, de mentiras tan enormes como *timbó* centenario, en ese lugar, decía, Don Felipe armó las casas y un pequeño aserradero con caldera de vapor traída desde Alemania. En realidad no hacía madera en rollos o aserrada, cortaba los *guatambú* o el *cedro* o el *loro negro*, el resto no se tocaba, se dejaba el monte intacto, y con ellos preparaba láminas tan delgadas y de tan fina textura que todos los entendidos trataban de hacer negocios con Felipe Yará. Y don Felipe bajaba cada tres meses del monte del Moconá hasta Eldorado, su pueblo, con varios camiones cargados con láminas de la selva. Se bajaba en caravana, ayudándose entre todos, el lodo rojo, el barro ñaú¹⁴, los precipicios y hasta los bandoleros que se cruzan del Brasil que te roban y te matan, los árboles que están caídos bloqueando la ruta en plena tormenta, los ríos que se desbordan, los puentes que no se ven por debajo de las aguas y hay que marcarlos a pie en medio la correntada, el calor en los motores, los cauchos que se cuarteán, las siestas que no se duermen, las barbas que no se afeitan, las noches que son de marcha, igualito que beduinos y se seguía de día, dormir, nunca, para qué, así bajaba Felipe, dos veces le acompañé. Y por fin llegaba al pueblo donde tenía su familia y mujer del Paraguay. Buena moza la mujer. Los dos eran paraguayos de cerca de *Caacupé* pero Felipe, orgulloso, sacó nacionalidad y andaba por todos lados mostrando su *papeleta*: “soy argentino *chamigo* para el Banco y sociedad y soy paraguayo de ley para todas las demás”. Porque si hay un vicio que tenía Don Felipe eran las mujeres, por eso le decían el yará, porque una vez que te pica te hace un hijo, y no respetaba nada de nada Don Felipe, ni edad ni estado civil ni belleza o falta de ella, nada, basta que sea mujer “ahí nomás te hinca el viejo picarambú” me contaba una polaca del kilómetro veintiocho. Jodido el vicio de Don Felipe porque trae muchos problemas. Muchísimos. Uno andaba por las chacras y viendo la gurisada enseguida se notaba el paso del yará. Los ojos como color vidrio de botella de tres cuartos, brillantes y acuosos y la sonrisa bien amplia mostrando dientes parejos y blancos como mandiocas después de un primer hervor. Uno acá y la otra allá, pero si están pegadas las chacras, cómo hizo el desgraciado?

Lo que pasa es que Felipe, ya pensándolo mejor, era un tipo bien plantado, aplomado y despacioso, de hablar lento en guaraní, acompañando con gestos, describiendo con las manos cada palabra empleada y cuando al fin terminaba rematando una oración, sonreía sin compasión a las guainas embobadas, mostrándole a todo el mundo su tesoro más valioso, su diente de oro macizo, delantero, atrevido, escandaloso, resaltando brutalmente entre el blancor de su boca. Remataban estos rasgos sus ojos verde botella y un bello sombrero negro, calado prolijamente, como el de un gaucho orillero, que jamás se lo sacaba, en público por lo menos.

Cuando llegaba Felipe empezaban los festejos que duraban varios días. Su mujer organizaba y había que consultarla en cada pequeña cosa, las comidas, los horarios, quién vendrá a cada hora, silencio si su hombre duerme, no se prenda ni un tractor y todos hablen despacio, los perros para las chacras y los gansos al arroyo, los hijos vengan después y traigan todos los nietos. Silencio, duerme mi hombre, don Felipe Yará.

Ni él mismo no sabía cuánta plata había juntado en su vida de trabajo. Era mucho, se veía por la gente y maquinaria, si hasta un propio contador le seguía a todos lados y hablaba con abogados y el Intendente del pueblo venía a matear con él. Y su gente lo adoraba y él ayudaba a todos. A la mujer no le importaba la romería en su casa de señoras de las chacras que aparecían de una en vez, con niños ojos de hojas que venían a saludar y les dejaba en privado por un rato nada más. Y vino la de la tienda y también la del hotel. Don Felipe: un caballero. Acariciaba los críos iluminando de oro desde su faro dental. Y su mujer tan contenta, amiga de las demás y charlaban todas juntas mateando amargo y *chipá*.

Yo digo que medio así debe haber sido el paraíso terrenal, sólo que los curas no lo cuentan de pura envidia nomás. Aunque he conocido un cura que salió escapado por una ventana tapada con la sotana a la hora de una siesta calurosa en Oberá, pero esa es otra historia.

Yo me vine por adentro, sin pasarme la frontera. En Foz me compré una mula y la cargué con mis cosas dejándome solamente la faca en el cinturón cubierta por la camisa. Dormí en varias fazendas de gente buena y humilde que hablaban en una mezcla de mi idioma y español. Nadie pregunta nada ni yo voy a contestar. Cachaza y acordeón gaucho es todo lo que hay que hablar. Así llegué hasta Cerqueira, Dionisio

de primer nombre, una madera hecha pueblo y enfrente, ya en la Argentina, don Bernardo de Irigoyen, un pueblo igual que Cerqueira. Era mucha policía y gendarmes argentinos, así que me fui escurriendo por la selva sin fronteras, me crucé por cualquier lado y buscando las picadas y el monte menos cerrado, me fui para el Moconá.

¿Hasta dónde se puede y no se puede? ¿Cuál es el límite de cada cosa? A veces ayuda la prudencia pero Felipe que era un maestro en estos temas, quizás porque era un hombre ya maduro o vaya uno a saberse por qué cometió un error fatal. Se enamoró. Ni nunca habrá que enamorarse si uno es picarambú, pero era una hermosa guaina de unos dieciséis años, tez oscura, ojos bien negros que se escapaban del rostro, la nariz inexistente y de su boca, ni hablar. Felipe se enamoró, repetía la mujerada desde el pueblo de Eldorado, Montecarlo, Puerto Rico y para arriba Puerto Wanda, Esmeralda e Iguazú. Que Felipe Yará la tiene medio encerrada en la parte más secreta de su obraje en Moconá, que ya no viene en el pueblo, que manda su capataz, que su mujer ya ni habla de hinchazón en la garganta, que lo extrañan en las chacras los niños de ojazos verdes y las señoras preguntan que dónde está Don Felipe, si bajó para Posadas o que fue lo que pasó.

Felipe estaba encantado con su nueva mujercita. Le hizo casita nueva, con las mejores maderas, bien lejos de los tractores y la caldera a vapor y también de los *mensú* que tanto lo idolatraban. Que nadie mire su guaina, esta mujer tiene dueño y es Felipe Yará.

Pasaron los meses y Felipe no volvió. Cambió su forma de ser, ahora iba desconfiando de todo a su alrededor y por eso andaba armado siempre y a toda hora, una Colt 38 llevaba por su cintura y ya nunca se reía y a veces hablaba solo, Felipe entró en la locura por culpa de esa guainita.

¡Pero si esto es todo igual!, no hay ningún cartel que indique adónde tengo que entrar, el planito que me dieron confunde más todavía. Allá parece que veo el Pino Paraná Gigante de entrada a la propiedad. Si, ese es, y ahí por el principal, con mucha huella pesada, voy hasta el lateral que se indica a mi derecha y espero a doscientos metros lo que haya que esperar, sin hacer ruido, escondido, la mula dejada atrás.

Y como todos los mediodías Felipe salió a buscar fruta fresquita al monte porque le haría bien a la futura mamá y al crío que iba a venir. Siempre igual *el yará*, bien firme el sombrero negro, el oropel de su diente y la pistola molesta raspándole la cintura, juntaba *manguruyú* y florcitas blancas y azules por un camino secreto, abandonado hace mucho en su enorme propiedad.

No sé si lo sorprendió el joven de veintiséis que salió de atrás del árbol *guayubira* ni si llamó su atención el enorme, 38 que colgaba de una mano. Yo creo que lo esperaba porque al primer disparo Don Felipe rió. Tiro y tiro allá en el monte y escuchó toda la gente y corrió por el camino. Lo llevaron a Felipe totalmente ensangrentado y trataron de sanarlo. Cinco agujeros, imposible. Y llorado, muy llorado, se fue con sombrero puesto, se fue para el más allá, Don Felipe Yará.

Viejo ladino, tenía un arma y mirá un poco los dos agujeros que me ha hecho y como estoy manchando de sangre a la mula, no sé si llego a Cerqueira. En la Rúa Mayor, al final, casita branca, familia Dos Santos Vieyra, allí me darán mi paga. Si llego pago una misa a Nuestro Señor de Bonfim.

La mula llegó chorreando con un joven horadado y desmayado. Lo bajaron entre tres de portugués bien cerrado, lo pusieron en la mesa y cerraron las cortinas, el primer tiro en la pierna casi la partió en dos, con una se iba a salvar pero el disparo en el pecho, al lado del corazón... —*Joao, trae caña Marinheiro, vamos necesitar.*

Los dos golpecitos en la puerta no alarmaron a nadie. Era lo esperado. Entró, miró el cuerpo casi inerte en la mesa de madera, ya teñida de rojo y sacó un rollo de billetes envueltos en una cinta negra.

—Lo pactado.

—Gracias.

—¿Se salvará?

—No.

—Bien, entonces dejo esto más para los familiares del joven.

La mujer de Don Felipe, la verdadera mujer, el anclaje de su vida, sacó de una bolsita un bello y pesado diente de oro, lo entregó y volvió para Eldorado en las sombras de la noche.

MONTE ADENTRO

Monte adentro, en la última planchada, donde termina el camino que hicimos tan prolijito con la topadora “Fiat 55-L”, ahí nos fuimos todos a esperar la madrugada. Divididos en dos grupos silenciosos ocupamos dos puntos cardinales, dos esquinas, dos mitades de la noche, alentando sin palabras, con un gesto, una sonrisa, apretando un antebrazo, palmeando un hombro. Nadie durmió, ni falta que hacía. Yo acompañé al misionero, primo hermano de Carlos Dávalos, a quien ustedes ya conocen como mi gran amigo y capataz.

Pero digo yo: quién se creía este Román para desafiar así al brasileño que, además de llevarle como diez años, porque seguro tenía como veintiséis, era sabido que andaba bien con los filos. Ni nunca tendría que haberle llevado al *capuerón*, de escondidas, a la guaina del *gaúcho Pirquinho*, porque era seguro que se enteraba, que alguien le iba a contar. Si en el monte se sabe todo, chamigo, y no me vengas con eso del amor, Román, pensaba yo, si esa brasileña era un infierno ardiente; te agarró por cinco horas que jamás olvidarás. Si hasta el tigre hizo un silencio respetuoso y el tucano miró para otro lado, conturbado. Pero cómo no se iba a saber, Román, si dejaste a esa mujer cantando todo el día en el obraje. No se deja así a las mujeres, tan felices, Román, fue demasiado. Y encima, por eso del amor que entró por tu cabeza, le aceptaste el invite al *gaúcho*. Vos estás loco Román. Sí, ya sé que no hay diferencia entre la pasión y el amor a tu edad, pero hay que ser más juicioso, más *caú* para algunas cosas. Yo, que soy tu patrón y tengo ocho años más que vos, te lo ordeno: olvidala y pedile perdón al brasileño, pero sé que no lo harás porque no hay río ni lloverada que apaguen el fuego que hay en tus ojos. Entonces que sea lo que deba ser, pues.

El alba no venía nunca. El alba amaba a Román, eso seguro, porque el alba es mujer, por eso no se aparecía. Pero no tuvo más remedio que anunciarse, empujada por el sol que la aupaba divertido de antemano por el lance. Y así comenzó esa mañana el ritual matinal de mil milenios en el monte: la humedad que se desprende del piso en forma de niebla espiralada enrula al cedro hasta su copa, oculta la base del timbó haciéndolo crecer desde la nada, mágicamente, y confunde *icipós* con helechos gigantes y orquídeas, todas las hojas goteando sin que llueva, como llorando la tierra, modos, al fin, que emplea el amanecer para competir en belleza con su eterna rival que lo persigue sin alcanzarlo jamás.

—*Patrón, patrón*, ni revolver no lleva —dijo uno de los acompañantes del brasileño, mirándome fijo. Yo le iba a contestar pero Carlos me dijo que con una pelea estaba bien, no más, que la ginebra hacía su efecto y no sé qué más. Pero es que a mí también me hacía efecto la ginebra y acaricié el mango de mi machete mirando al desgraciado ese. El fogón lo iluminaba mal pero le vi las ganas en los ojos saltones. La verdad es que estaba linda la noche para tajearse. Si total no duelen los tajos, otras cosas duelen, las del alma, eso no. Además todo lo cura un *sapucaí* bien gritado, o dos, si hace falta.

Y se apareció de repente una claridad mezquina como dudando de ser testigo de algo horrible. Nos pusimos de pie mirándonos entre todos. El brasileño se quitó la capa negra de fieltro y la camisa blanca, era musculoso el tipo, y Román hizo lo mismo pero para dar lástima nomás, porque tenía el pecho hundido y era más lampiño que un pescado, pero, mirándolo bien, tenía dos brazos poderosos, totalmente desproporcionados con su tronco. Carlos me dijo, en secreto y riendo un poco, que el tipo era así en todo.

Cada uno sacó su hacha de entre las arpilleras que nos hacían de asiento. Hachas largas y filosas, hachas de obraje, con mucho uso a cuestras, con mangos lustrosos de tanta piel acariciada. Aceros brillantes, bien cuidados, dignos, respetuosos. Así da gusto la cosa, bien de frente, sin miserias, sin engaños.

Se acercaron al centro lentamente, descalzos y con los pantalones arremangados hasta las rodillas, sin otro adorno más que un hacha. El amor y el odio estaban armados y listos frente a mí, allá, en esa última planchada, monte adentro.

—Puerqueza, vas a morir —dijo el brasileño en un español de frontera.

Román no dijo nada pero su antebrazo derecho se crispó e hinchó grotescamente apretando el centro del mango de su arma.

Pero miren un poco a lo que lleva el amor. Ahí lo tienen al Román, con dieciséis, que da su vida por una guaina que sabe que no es de él, y el otro igual, sabiendo que ya no le pertenece, que a lo mejor muere por algo que tampoco es suyo. Pero entonces, ¿de quién es la guaina?, ¿por qué pelean? Si hasta yo me iba a machetear con el indiscreto por una mirada, nomás. Pero miren un poco cómo somos. Locos. Somos locos. Pero qué lindo es ser humano.

Yo no sabía cómo se pelea con hacha. Es delicado. El hacha tiene dos *largores*, tomándola del centro del mango es uno y del extremo otro. Ambos se utilizan de acuerdo a cómo se plante el oponente. Nunca se toma con las dos manos porque la mano libre sirve para mantener el equilibrio en los esquivos. Puede hacerse desplazar rápidamente hacia delante en forma de martillo y sujetarla por el pomo del mango en su recorrido final. El hacha se toma por el centro para comenzar y se va probando la llegada con pequeños movimientos del derecho y del revés, pero siempre del lado del filo. Se buscan todas las partes del cuerpo del oponente que estén cerca, todas, cualquiera sirve.

Vamos encorvados, atentos, transpirando miedo, danzamos, bailamos como *capoeiristas* con nuestra hacha que no vemos pero que sabemos que está allí, bailamos con nuestros ancestros, nos falta el aire, adelante y atrás y una finta y un temblor. Nos va la vida.

Bailemos todos con Román y el *gaúcho*, que nada duele, que se ve lindo el universo desde el borde, que todos los colores son más fuertes y el más bello es el rojo de la sangre.

La pantorrilla izquierda de Román se desprendió de golpe, teñida del color de la *cancharana* y a un tiempo el costado dorsal del brasileño besó con dos labios carnales profundos el acero de Román. Cayeron juntos y dos nuevos hachazos, mal tirados, desde el piso, partieron un brazo y sus tendones en uno y un hombro se abrió a mirar la selva por vez primera en el otro.

Un *sapucaí* fortísimo y desesperado de alguno de nosotros terminó el combate. Los luchadores no gritaban de dolor, sólo temblaban. Pidieron ginebra y agua y se les dio en abundancia. Los envolvimos con las arpilleras juntando sus pedazos como pudimos. Yo había traído mi camioneta, así que los subimos junto con tres o cuatro más y nos fuimos rápido para el hospital de Eldorado. Los otros vinieron en el camión, más lento.

Cuando entramos a la ciudad ya vimos que los curiosos nos empezaban a seguir con sus camionetas. Es que andábamos perdiendo sangre por la puerta trasera de la caja del vehículo. Mucha sangre. Nos llegamos hasta la guardia y el guardián o como se llame casi se desmaya cuando levantó las lonetas. Ahí vinieron otros vestidos de blanco y se llevaron lo que quedaba del Román y del *gaúcho*.

Tuve problemas para explicar en la policía que los muchachos a mi cargo se cayeron de la punta de un *incienso*... que habían trepado con las hachas para sacar un panal de abejas... que se veía con rica miel. “Sí, señor comisario, fue así nomás la cosa, se lo juro”.

Los dos meses en la cárcel de *Piray Guazú* se me pasaron rápido, tanto como lo que tardaron en curar las heridas del Román y el *gaúcho*.

Pero miren un poco cómo es la vida. Decidieron, de común acuerdo, compartir a la brasileña. Hasta el día de hoy, me cuenta Carlos, van los tres a misa los domingos, cuando pueden, y tienen hijos, que vaya uno a saber de quién son, porque los dos trabajan juntos en otro obraje y vuelven cada quince días al *sobrado*. Y contentos los tipos, y esa brasileña suelta..., así son las cosas nomás en Misiones. Lo único que está clarito es la selva, la noche, el amanecer, el sol y la lluvia, que lo que es del hombre, Dios lo hizo apurado, en un *sapoité*, y se le quemó el *carayá*. Eso pienso, sí señor.

IMITACIONES

Charles Darwin, cuaderno de notas y dibujos en mano, desembarcó en Bahía de San Salvador en 1832 y la encontró encantadoramente selvática, repleta de bichitos rarísimos y un calorcito estimulante. Hizo infinidad de observaciones y apuntó todo meticulosamente. Eran apuntes secretos con los que otro inglés, Henry Bates, fascinado por las implicancias de esos hallazgos, partió presuroso a recorrer la Amazonía durante un tiempo, para verificarlos y ampliarlos. Una señorita brasileña lo convenció a su modo de quedarse algo más de tiempo, y Bates se lo tomó en serio. Estuvo once años recorriendo la foresta de mano de la dama que, ardiente como el clima, fue deteriorando la salud del caballero. Así y todo, entre tanto amor dado y recibido, Henry Bates se las arregló para reflexionar seriamente sobre el objetivo de su viaje: estudiar la evolución de las especies de acuerdo a las experiencias darwinianas y entonces, por insistencia de su exigente compañera, enfocó su atención en las mariposas. Fue así que descubrió lo que se conoce como “mimetismo batesiano” y que consiste en lo siguiente: algunas especies de mariposas se asemejan muchísimo, en los colores de sus alas, a los de otras familias de mariposas de la zona, sólo que estas últimas son mortalmente tóxicas, nocivas, incomedibles para las aves, lagartos y demás depredadores de mariposas, entonces las primeras, muy astutamente, se disfrazan para siempre con los colores de las otras, siendo que en realidad son bocados deliciosos y absolutamente comestibles. Vivísimas las maripositas.

Bates literalmente se tomó el buque sin siquiera despedirse de la bella e incansable nativa, pese a que le había prometido llevarla con él a Londres. Viajó lleno de dibujos en carbonilla, acuarelas y muchas hojas escritas con descripciones del misterio descubierto. Lo que no halló nunca fue el “cómo”, es decir, cómo hacían estos animalitos para lograr semejante hazaña.

Todos estos científicos son iguales, se dijo la dama en la playa mirando desaparecer las velas del navío en el horizonte nuboso. Pero su tristeza duró poco pues, a los dos meses, llegó a puerto un buque holandés y descendió desconcertado un joven naturalista alemán llamado Fritz Müller que ya traía información de las mariposas. Automáticamente fue raptado por la señorita selvática que le enseñó en cuatro noches y dos siestas todo lo aprendido por Bates, que no era poco, y entonces Fritz decidió quedarse por cuatro años. En ese tiempo y por simples indicaciones de la dama, descubrió el método de imitación, la fórmula secreta tan buscada. Surgió así, para los iniciados, el “mimetismo mülleriano”, que era la más completa investigación sobre imitaciones y mutaciones en mariposas, con la posibilidad de ser realizada en seres humanos a voluntad y por el tiempo que uno deseara. Los pocos ejemplares del libro fueron escondidos en los sótanos de la Biblioteca de la Universidad de Berlín, bajo las placas de granito rojo ruso, que si usted mira bien, son las que están al costado de las dos estatuas griegas de pórfido, imposible perderse. El acceso era permitido sólo a científicos destacados que, a su vez, leído el texto con velas y candiles, sonreían y desaparecían mágicamente.

El gobierno imperial y luego el Káiser prohibieron absolutamente su lectura, pues pronto se hizo evidente la aguda escasez de científicos destacados.

Allí permanecieron los textos hasta la llegada del nazismo, cuando las hordas arias los sacaron a la calle y les prendieron fuego, pues era impensable que alguien ajeno al club de los puros se mimetizara con ellos, engañándolos y debilitando la especie.

Todo se perdió. Tantos años de investigación de campo y exhaustivos esfuerzos amorosos convertidos en plasma ígneo. Ni siquiera se salvaron las notas subidas de tono, casi escandalosas, que Fritz había escrito a pie de página de su compañera bahiana. Una verdadera pena. En fin. Qué difícil y qué fácil es entender al ser humano.

Nuestro taller de literatura se desarrolla los días miércoles a las seis de la tarde en la Biblioteca Popular 4 de Febrero de San Martín de los Andes. Ese día fui más temprano porque estaba aturdido de tanto trabajar y el lugar es un espacio de paz y tranquilidad. De hecho, en la biblioteca, está prohibido pensar en voz alta, de tal modo que sólo por los ojos una persona advierte lo que le quieren decir los otros. Confieso que ha habido equívocos.

Tenía más de una hora por delante y me dediqué a recorrer con la vista los anaqueles y los títulos de cada libro, de paso los tocaba, acariciándolos. Uno por uno fui recordando cosas leídas hace mucho y otras que me prometí volver a leer. Todo estaba bien catalogado y los rótulos por tema lucían impecables.

Al fondo, un poco separados de la pared que tiene esa persistente humedad y puestos sobre una mesa, dormían unos cuantos libros esperando su encasillamiento. Un único cartel escrito a mano y pegado en el costado de la mesa con una chinche decía “Raros”. Y me fui como la mosca a la miel. Incliné la cabeza cuarenta y cinco grados para poder leer los títulos acostados. El tercero de la segunda pila, contando de arriba para abajo era de color blanco amarillento y estaba bastante desmejorado, con algún borde que parecía quemado someramente, lucía *Der Mimetismenvedie Mariposen* en enormes letras rojas y debajo los autores: Fritz Müller y Sonia Silveyra Souza. Berlín 1854. El impulso fue irresistible.

Lo atrapé y salí corriendo. Detrás de mí corría la bibliotecaria gritándome ¡bandolero!, ¡ladrón!, ¡escritor de cuarta! y otros insultos realmente vergonzantes, impropios de una profesional de las letras.

Ya en mi cabaña me escondí en el altillo y cada tanto espíaaba, montaña abajo, si llegaba la policía por el único camino serpenteante de acceso. Hubiera deseado que fuera invierno para que el hielo y la nieve impidieran que nadie me arrebatara mi tesoro, pero no era así. El sol de abril es muy fuerte a las cinco de la

tarde en mis montañas. Me acurruqué y comencé a leer ávidamente. Siempre he tenido facilidad para entender los idiomas nórdicos, germanos y eslavos y hablarlos con fluidez (de eso son testigos mis hermanos), de tal modo que no tuve ningún inconveniente en entender el meollo del misterio, explicado meticulosamente en las páginas 87 a 93 (les cuento para que cuando lo lean, vayan directo al grano). Y bien, siguiendo las precisas instrucciones, que me reservo por prudencia, recorrí el fantástico camino de la mimetización e imitación evolutiva.

El libro lo dejé en casa, está entre *Un Capitán de quince años* y *Robinson Crusoe*.

Les confieso que me encanta ser cóndor. Un beso a todos. Soy feliz.